

CONSTRUIR SOBRE LOS ESCOMBROS

COLECCIÓN
CIENCIAS
SOCIALES

POLÍTICA Y CULTURA EN LA
ARGENTINA POSCRISIS DEL 2001



Mauricio Schuttenberg y Julián Delgado

Compiladores

CONSTRUIR SOBRE LOS ESCOMBROS

**POLÍTICA Y CULTURA EN LA
ARGENTINA POSCRISIS DEL 2001**

Construir sobre los escombros : política y cultura en la Argentina poscrisis del 2001 / Mauricio Schuttenberg ... [et al.] ; compilado por Mauricio Schuttenberg ; Julián Delgado ; prólogo de Carolina González Velasco. - 1a ed. - Florencio Varela : Universidad Nacional Arturo Jauretche, 2018.

Libro digital, PDF - (Ciencias Sociales)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3679-31-5

1. Ciencias Sociales. 2. Neoliberalismo . 3. Crisis Económica. I. Schuttenberg, Mauricio II. Schuttenberg, Mauricio, comp. III. Delgado, Julián, comp. IV. González Velasco, Carolina, prolog. CDD 320.51



Universidad Nacional Arturo Jauretche

Rector: **Lic. Ernesto Fernando Villanueva**

Directora del Instituto de Estudios Iniciales: Dra. Carolina González Velasco

Vicedirectora: Prof. Mónica Inés Garbarini

Coordinación editorial: Gabriela Ruiz

Ilustración de tapa: Onaire Colectivo Gráfico (2014). Ciudad Furia (Guiso gráfico).

Maquetación: Editorial UNAJ

Correctora: Victoria Piñera

© 2018, UNAJ

Av. Calchaquí 6200 (CP1888)

Florencio Varela Buenos Aires, Argentina

Tel: +54 11 4275-6100

editorial@unaj.edu.ar

www.unaj.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Universidad Nacional Arturo Jauretche

CONSTRUIR SOBRE LOS ESCOMBROS

POLÍTICA Y CULTURA EN LA
ARGENTINA POSCRISIS DEL 2001

Mauricio Schuttenberg y Julián Delgado

Compiladores

Mariano Ameghino

Paula Nazarena Amaya

Carolina Bartalini

Julián Delgado

Rodrigo González Tizón

Daniela Losiggio

María Laura Nieto

Daniel Bernardo Szabón

Mauricio Schuttenberg

Autoras y autores

**COLECCIÓN
CIENCIAS
SOCIALES**

ÍNDICE

PRÓLOGO

Dra. Carolina González Velasco 9

INTRODUCCIÓN

Mauricio Schuttenberg

Julián Delgado..... 11

PRIMERA PARTE

La crisis del 2001 interpretada en tiempo presente 19

¿Se viene el estallido? El rock argentino frente a la crisis del 2001

Julián Delgado 21

Tradiciones y rupturas entre 2001. Una reflexión en torno a las tensiones del testimonio como performatividad estético-política en *Los rubios*, de Albertina Carri

Carolina C. Bartalini 37

El diseño gráfico en el ágora contemporánea: cultura de la resistencia y política en la crisis argentina del 2001

María Laura Nieto 55

SEGUNDA PARTE

Las repercusiones del 2001 en los años kirchneristas 75

Cuando la (in)seguridad se hace tapa. La articulación de un discurso “antipopulista” a partir del caso Blumberg del 2004

Mariano Ameghino 77

Prejuicios y aciertos sobre la estetización de la política pos-2001: de la iconoclasia kirchnerista (2003) a la noche mágica macrista (2015)

Daniela Losiggio 87

Políticas y decisiones de gestión pública para un modelo de Estado popular.
¿Qué ha pasado en la Argentina entre 2003 y 2015?
Paula Nazarena Amaya 103

¿Qué harían hoy nuestros compañeros detenidos-desaparecidos? La memoria
de la militancia pasada en las disputas políticas del presente luego de la crisis
del 2001: el caso de la Comisión de Homenaje a las Víctimas de El Vesubio y
Puente 12
Rodrigo González Tizón 125

TERCERA PARTE

Nuevas interpretaciones del 2001 a la luz del triunfo de Cambiemos..... 145

Ambivalencias del cambio. El legado del 2001 tras el triunfo de Macri
Daniel Bernardo Sazbón 147

La crisis no resuelta. Un análisis de las lecturas de Cambiemos en torno al
2001 y la historia
Mauricio Schuttenberg 169

SOBRE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS..... 195

PRÓLOGO

Dra. Carolina González Velasco

Directora del Instituto de Estudios Iniciales

Construir sobre los escombros. Política y Cultura en la Argentina poscrisis del 2001 es el resultado del trabajo individual y colectivo de un conjunto de docentes e investigadores de la Universidad Nacional Arturo Jauretche. En ese sentido, esta publicación se convierte en una herramienta privilegiada para intervenir, por un lado, en la discusión sobre la coyuntura y la perspectiva que tenemos a mediados de 2018, en tanto la crisis del 2001 aparece como prisma para indagar este presente. Por otro lado, para mostrar y de esa manera dar otra discusión –también de nuestro tiempo presente– sobre la función y/o la necesidad de las universidades públicas del Conurbano. Con ser frases de rigor en cualquier prólogo, cada una encierra algunas reflexiones particulares.

Decir que este libro es resultado de un trabajo implica reconocer el proceso de elaboración de estos materiales: investigación en archivos, lectura de bibliografía, escritura de textos y también la realización de una Jornada que –como se explica en la Introducción– permitió poner en común y enriquecer cada uno de los artículos. De esa manera, lo individual y lo colectivo han quedado entrelazados, dando relevancia al aporte personal de cada uno en un marco de pensamiento y discusión conjunta. Si la investigación colectiva fue la que contuvo las líneas particulares de trabajo es ahora esta publicación en su conjunto la que da las claves para entender cada uno de los temas aquí presentados.

Pero este libro es también un resultado material, ya que ha sido una decisión de los compiladores el construir este registro –un libro– para que pueda ser considerado, discutido, apropiado y puesto en circulación por quien así lo necesite. Se trata, de alguna manera, de visibilizar el camino recorrido y las conclusiones

obtenidas para compartirlas y así esperar las devoluciones que alimenten los procesos de construcción de conocimiento.

Visto desde el lado de los autores, ese trabajo da cuenta también del modo en que los docentes e investigadores de la UNAJ desarrollan su labor: interrelacionado la docencia, la investigación y la vinculación, formándose en unas y otras tareas y potenciándolas entre sí. Ese es el perfil docente que pretende la Universidad, entendiendo que es el funcionamiento articulado y equilibrado de esa tríada el que aporta sentido distinto a la docencia en la educación superior.

Por último, de un tiempo a esta parte los procesos políticos, económicos y culturales que configuran el presente de la Argentina parecen dialogar mano a mano con aquellos otros ocurridos a fines del siglo XX en nuestro país. De allí que la discusión de esa etapa, en sus diversas temporalidades y territorialidades, en sus distintos registros de análisis y en sus sentidos más profundos se vuelve un ejercicio ineludible para interpelar el presente e intervenir en la realidad. Este libro ofrece herramientas para ese ejercicio.

Y las ofrece en tanto producción realizada en y por una universidad pública del Conurbano, evidenciando de qué se trata el trabajo en estas Casas de Estudios. Si alguien preguntara para qué tantas universidades en el Conurbano, este libro podría ser parte de la respuesta: sirven, entre otras cosas, para generar conocimiento crítico sobre la realidad, que se pone a consideración de pares y de la comunidad toda, conocimiento que sirve a su vez para formar profesionales que puedan analizar e intervenir en su presente para transformarlo en pos de un futuro mejor.

INTRODUCCIÓN

Mauricio Schuttenberg (CONICET/UNAJ/UNLP)

Julián Delgado (CONICET/UNAJ/IDAES-UNSAM)

El sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos plantea que la teoría crítica de la modernidad debe transformarse en un “nuevo sentido común emancipador”. Ese pensamiento descolonial supone afrontar el trabajo intelectual como una doble excavación: por un lado, en la basura cultural que genera el canon de la modernidad occidental, con el objetivo de recuperar las tradiciones, alternativas y utopías expulsadas por el neocolonialismo; por el otro, en el propio neocolonialismo, para descubrir relaciones más igualitarias y recíprocas entre la cultura occidental hegemónica y otras culturas alternativas. Se trata, en otras palabras, de pensar la tarea del cientista social como una excavación motivada no tanto por un interés arqueológico, sino por el deseo de identificar, en medio de las ruinas, fragmentos epistemológicos, culturales, sociales y políticos que ayuden a repensar el presente con un horizonte crítico.

El libro que aquí presentamos, *Construir sobre los escombros. Política y cultura en la Argentina poscrisis del 2001*, expone los resultados del proyecto de investigación “Identidades, discursos, narrativas y prácticas políticas en la Argentina posneoliberal. Estudios de caso en el período pos-2001”, inscripto en el Instituto de Estudios Iniciales de la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Los avances de este proyecto fueron difundidos y discutidos en una jornada de investigación que, con el mismo nombre de esta compilación, realizamos el 29 de junio del 2017 en Florencio Varela.¹ Partimos de la hipótesis de que la crisis del 2001 no

1 Agradecemos a la Directora del Instituto de Estudios Iniciales, Dra. Carolina González Velasco, por el apoyo incondicional para la realización de esta jornada y de la presente publicación. Extendemos también el agradecimiento a la Dra. Andrea del Bono, al Dr. Nicolás Dip, al Dr. Martín Liut, al Dr. Martín Retamozo y al Dr. Nicolás Welshinger por su participación activa en la jornada y sus valiosos comentarios sobre los artículos que aquí se compilan.

solo reveló las trágicas secuelas del neoliberalismo, sino que fue y sigue siendo un punto de referencia inevitable para los distintos actores que intervinieron en la realidad nacional durante los últimos años. A veces de forma explícita, aunque muchas otras de un modo más tácito, los ecos de aquella gran fractura histórica repercuten aún en nuestros convulsionados días contemporáneos: la sociedad argentina construye sobre sus escombros.

A través de distintos enfoques teórico-metodológicos y estudios de casos, los nueve artículos que integran la obra proponen distintas indagaciones sobre las complejidades políticas y culturales de los años recientes en la Argentina. Leídos en conjunto, buscan contribuir al planteo de una agenda de temas y problemas de investigación en torno a la crisis del 2001. ¿Cuáles fueron las distintas temporalidades de ese “2001”? ¿En qué territorialidades, diferenciadas o vinculadas entre sí, se desplegó?; ¿Qué sentidos le fueron asignados a aquel estallido por distintos actores?, ¿Y a lo largo del tiempo? ¿Cómo fue representado política y artísticamente? ¿Cuál es la relación de algunos de los fenómenos sociales, culturales, políticos y económicos más destacados de los últimos años y aquel momento de crisis? ¿Es posible pensar nuestra actualidad como un futuro posible del 2001?

Como diversos autores han señalado, la crisis del 2001 constituyó un punto de inflexión en la historia más reciente de la Argentina. Los violentos acontecimientos que concluyeron con la renuncia del presidente Fernando de la Rúa representaron el colapso de un modelo neoliberal de valorización financiera que encontraba sus orígenes en la dictadura militar instaurada en el poder más de dos décadas atrás, el 24 de marzo de 1976. A través del terror y la censura, aquel gobierno de facto había sentado las bases para una organización económica y social que implicó la subordinación del trabajo al capital y se manifestó, con el pasar de los años y los gobiernos (ahora constitucionales), en una fuerte distribución regresiva del ingreso y en niveles de exclusión social sin precedentes históricos en el país. Fue ese incremento sostenido del nivel de explotación de los sectores del trabajo, favorecido por la constante expulsión de mano de obra del mercado laboral y el consecuente establecimiento de valores inéditos de subocupación y desocupación, el que condujo, a comienzos del nuevo milenio, al estallido social que puso en jaque la inestabilidad política e institucional.

Sin embargo, la puesta en cuestión de la hegemonía del bloque de poder permitió también que afloraran, entre las escombros del derrumbe, dos grandes reclamos colectivos: la democratización de la vida social y política y una distribución más equitativa de la riqueza. Las significaciones históricas de la crisis del 2001

no se redujeron, en tal sentido, a la demostración de los efectos nocivos del paradigma neoliberal. Repercutieron con especial intensidad, además, en el devenir económico, político y cultural de la sociedad argentina de los años posteriores. Desde mediados del 2002, pero fundamentalmente a partir de la asunción a la presidencia de Néstor Kirchner el 25 de mayo del 2003, una serie de demandas sociales antes solapadas encontraron diversos canales de expresión y respuesta. Esta nueva situación permitió una gradual recomposición de la autoridad estatal y, al menos en cierto sentido, del orden capitalista en su conjunto. Pero impulsó, asimismo, la reconfiguración y la rearticulación de los distintos actores y sujetos políticos, tanto en los espacios de “izquierda” como en los de “derecha”, desde una nueva perspectiva en la que la discusión sobre el rol del Estado en la economía, las condiciones para una sociedad más justa y el papel de los medios de comunicación (entre muchos otros temas) adquirió una nueva dimensión pública. La crisis del 2001 fue también, entonces, un momento fundante de lo político.

Los nueve artículos que aquí se compilan contribuyen, desde distintas perspectivas y a partir del análisis de objetos de estudio particulares, a repensar la crisis como un momento de apertura y de reconfiguración tanto a nivel sociocultural como político. Lejos de entender el estallido del 2001 como un hito solitario, es decir, como un punto único de quiebre, proponen estudiar la crisis como un fenómeno multidimensional. Se trata de eludir las miradas más deterministas que otorgan a los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre un valor explicativo absoluto para abordar, en cambio, la crisis como un proceso que involucró múltiples actores, experiencias, espacios y temporalidades.

Es justamente este último aspecto, el de las diferentes temporalidades de la crisis del 2001, el que organiza las tres partes de la compilación. En la primera de ellas, titulada “La crisis del 2001 interpretada en tiempo presente”, se reúnen tres artículos que problematizan la coyuntura del 2001. Ninguno de ellos se enfoca puntualmente, sin embargo, en los acontecimientos políticos de la época. El trabajo de Julián Delgado, “¿Se viene el estallido? El rock argentino frente a la crisis del 2001”, estudia las formas en que la escena rockera argentina atravesó y se posicionó frente a la agudización de la crisis socioeconómica y política de finales de los años 90 y sus reacciones inmediatas ante el estallido de diciembre del 2001. En tal sentido, el autor plantea que la crisis estuvo lejos de ser percibida como un proceso estructural que conmovía a la sociedad argentina en todas sus facetas y fue vivida, en cambio, por los músicos, oyentes y productores del rock local como un fenómeno externo que los afectaba “desde afuera”, pero que no los involucraba directamente. Desde la perspectiva de la historia del rock, queda en evidencia que la crisis del 2001 involucró diversos sentidos y temporalidades

y que se vio marcada también por procesos de orden transnacional, como la irrupción de internet.

El artículo de Carolina Bartalini, “Tradiciones y rupturas entre 2001. Una reflexión en torno a las tensiones del testimonio como performatividad estético-política en *Los rubios*, de Albertina Carri”, también indaga en los complejos vínculos entre cultura y política en la coyuntura del 2001, en este caso a partir del análisis de una producción cinematográfica. Se trata del documental *Los rubios*, estrenado en 2003, en el que la directora Albertina Carri reconstruye la vida y desaparición de sus padres durante la última dictadura cívico-militar desde un punto de vista profundamente personal, opuesto a la impronta militante que había marcado películas anteriores sobre el tema. El artículo muestra los vínculos entre la irrupción de esta nueva forma de representación sobre la violencia política del pasado reciente y la generación de descendientes de militantes secuestrados y desaparecidos, pero propone, además, pensar esas producciones en el marco de la crisis del 2001, entendida como un momento disruptivo en órdenes no solo políticos, sino también estéticos.

Este carácter rupturista también es detectado en el trabajo de María Laura Nieto, “El diseño gráfico en el ágora contemporánea: cultura de la resistencia y política en la crisis argentina del 2001”, que estudia cuatro afiches realizados por los cuatro colectivos gráficos: La Mutual Art-Gentina, Taller Popular de Serigrafía, Mujeres Públicas y Onaire. De acuerdo a la autora, esta novedosa producción, caracterizada por su exposición en la vía pública, debe ser pensada en el marco más amplio de movilización sociocultural generado a raíz la crisis económica y política. La selección de las producciones gráficas abarca un arco temporal que va de 1999 a 2009, pero que se redirecciona permanentemente hacia la crisis del 2001, demostrando la dialéctica entre el estallido coyuntural y una temporalidad más extendida.

La pregunta específica por las repercusiones del 2001 en los años kirchneristas reúne a los cuatro artículos que conforman la segunda parte de la compilación. En el primero de ellos, “Cuando la (in)seguridad se hace tapa. La articulación de un discurso ‘antipopulista’ a partir del caso Blumberg del 2004”, Mariano Ameghino propone problematizar la centralidad mediática y política del concepto de (in)seguridad en la sociedad argentina pos-2001. En ese sentido, plantea que el discurso sobre la (in)seguridad cobró una gran relevancia en 2004 ante el mediático caso de Axel Blumberg y que funcionó como un primer eje a través del cual el pensamiento conservador intentó estructurar una nueva cadena de significaciones que le permitiera construir una frontera discursiva con el populismo

naciente de aquellos años. Se trata de demostrar, en otras palabras, que fue luego de la crisis del 2001 que el concepto de (in)seguridad se reconfiguró y empezó a anudarse simbólicamente con una serie más larga de enunciados enfrentados al avance de las políticas “progresistas” del gobierno de Néstor Kirchner, y de indagar en el rol decisivo que los medios masivos de comunicación tuvieron en esta transformación.

Por su parte, el artículo de Daniela Losiggio, “Prejuicios y aciertos sobre la estetización de la política pos-2001: de la iconoclasia kirchnerista (2003) a la noche mágica macrista (2015)”, analiza las formas en que el Frente para la Victoria (FpV) y la Propuesta Republicana (PRO) afrontaron, respectivamente, las campañas presidencial y municipal del 2011. Si en ellas se cristalizaron con claridad dos modelos políticos muy disímiles, el trabajo plantea, no obstante, que ambos partidos echaron entonces mano de estrategias iconográficas cercanas: fundamentalmente, poniendo el acento en “individuos anónimos”. De esta posible comparación se desprenden, de acuerdo a la autora, algunas reflexiones sobre las transformaciones políticas pos-2001, así como también sobre el escenario más actual.

El trabajo de Paula Nazarena Amaya, “Políticas y decisiones de gestión pública para un modelo de Estado popular. ¿Qué ha pasado en la Argentina entre 2003 y 2015?”, propone repensar el complejo proceso de empoderamiento del Estado que implicó en la Argentina la implementación de políticas como la Asignación Universal por Hijo, el programa Conectar Igualdad y los planes PROCREAR y PROGRESAR, entre otras. Pensadas y elaboradas luego de la crisis del 2001, estas políticas trajeron consigo la discusión acerca de las capacidades reales que las organizaciones públicas presentan para hacer frente a distintas demandas sociales. En este contexto, sostiene la autora, cobraron fuerza tanto en el plano académico como de gestión interrogantes como: ¿qué administración pública hace falta para abordar los desafíos de los gobiernos populares en la región?, ¿qué cambios se han producido entre los años 2003-2015 en materia de gestión pública en la Argentina?

Cierra la segunda sección el artículo de Rodrigo González Tizón, “¿Qué harían hoy nuestros compañeros detenidos-desaparecidos? La memoria de la militancia pasada en las disputas políticas del presente luego de la crisis del 2001: el caso de la Comisión de Homenaje a las Víctimas de El Vesubio y Puente 12”, en el cual se indaga en las particularidades que asumió el relato de los sobrevivientes de dos centros clandestinos de detención luego de la crisis del 2001. El trabajo estudia cómo, en el terreno de la memoria, la asociación de la figura de los desapareci-

dos con la de “víctimas inocentes” fue entonces desplazada de la escena pública, estableciéndose en su lugar una rememoración del pasado reciente en la que la reivindicación del activismo político de las décadas de 1960 y 1970 ocupaba un lugar central. En este novedoso fortalecimiento de las llamadas “memorias militantes”, sostiene el autor, los sobrevivientes del terrorismo de Estado tuvieron un papel significativo.

Por último, los dos artículos que conforman la tercera parte de la compilación, titulada “Nuevas interpretaciones del 2001 a la luz del triunfo de Cambiemos”, parten de una misma hipótesis: el giro político operado en nuestro país a partir de las elecciones presidenciales del 2015 involucró no solo una rediscusión de los significados atribuidos a la crisis del 2001, sino, incluso, el reconocimiento de una temporalidad extendida de esa crisis, es decir, la posibilidad de pensarla como un proceso aún actual. En esta línea, el trabajo de Daniel Bernardo Szabón “Ambivalencias del cambio. El legado del 2001 tras el triunfo de Macri” analiza las interpretaciones de Ezequiel Adamovsky, Diego Sztulwark y Verónica Gago sobre el “fenómeno 2001”, desarrolladas en libros de reciente publicación. Estos intelectuales, plantea el autor, postulan distintas lecturas sobre la relación entre el estallido de comienzos de siglo y el escenario político del presente, pero parten en conjunto de la reivindicación de algunas de las banderas y reivindicaciones sociales y políticas de aquel entonces. El artículo revisa entonces las formas que adoptan estas tres caracterizaciones no tanto en el momento mismo de los hechos, sino más bien en la actualidad y busca dar cuenta de ese modo de hasta qué punto la coyuntura política contemporánea define nuevos contornos para la comprensión de la crisis del 2001.

Por su parte, el artículo de Mauricio Schuttenberg, “La crisis no resuelta. Un análisis de las lecturas de Cambiemos en torno al 2001 y la historia”, propone una reflexión sobre el triunfo del dispositivo cultural y discursivo de Cambiemos a partir del análisis de las representaciones del 2001 planteadas por el nuevo partido en el gobierno. El autor parte de la idea de que el panorama político argentino se modificó sustancialmente a partir del 2015 con la llegada al gobierno por la vía electoral de una fuerza política de derecha. Cambiemos, sostiene el autor, logró articular una serie de demandas dispersas en la superficie política y anudarlas detrás de un significativo vacío vinculado al cambio y a las buenas prácticas políticas. El trabajo demuestra que una interpretación específica sobre lo que habían significado las jornadas de lucha de diciembre del 2001 fue decisiva para el éxito de esa configuración discursiva.

Los complejos y tempestuosos tiempos políticos que atraviesa la Argentina nos convocan a la reflexión. Ante un panorama en el que muchos de los consensos que nuestra sociedad parecía haber establecido se desvanecen en el aire, emerge, por un lado, una suerte de derrotismo, como si el triunfo electoral de una propuesta volcada a la derecha del espectro político nos hubiera despertado de un hermoso sueño y ahora solo fuera posible ver oscuridad, egoísmo y una sociedad definitivamente conservadora, y, por otro lado, una explicación histórica de tipo pendular, que alimenta la esperanza de que el “giro a la derecha” represente únicamente un momento acotado que nos reconduciría luego al buen destino. Son dos posiciones explicativas que suponen un destino necesario del proceso histórico, y que esta compilación pretende explícitamente cuestionar. Sostenemos, en cambio, que el presente es siempre el producto de una articulación de fuerzas sociales en permanente disputa.

Es desde esta perspectiva que este libro sostiene que el estallido del 2001 no fue tan solo (o tanto) un cierre de una etapa de la historia argentina, sino también un decisivo punto de apertura (o reformulación): sobre los escombros de aquella violenta crisis, distintos y muchas veces novedosos actores construyeron algunas de las expresiones políticas y culturales que definen nuestro presente. Se trata de pensar el 2001, más que como un episodio cerrado, como un pasado que no pasa, que se reescribe constantemente. Dar cuenta de que la crisis, lejos de agotarse en sí misma, repercute de forma aún determinante en la actualidad.

En ese sentido, creemos que esta compilación puede ser pensada en relación a nuestro espacio académico de pertenencia, que es la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Este trabajo, que es el resultado de un esfuerzo colectivo de un grupo de docentes investigadores de esa institución pública, da cuenta, a su manera, del vertiginoso crecimiento que ha tenido la casa de estudios desde su nacimiento en 2009. Es nuestra expectativa que contribuya, también a su modo, a la democratización del conocimiento sobre la historia reciente argentina.

Primera P A R T E



LA CRISIS DEL 2001
INTERPRETADA
EN TIEMPO PRESENTE

¿SE VIENE EL ESTALLIDO? EL ROCK ARGENTINO FRENTE A LA CRISIS DEL 2001

Julián Delgado (CONICET/UNAJ/IDAES-UNSAM)

Introducción

El 22 de diciembre del 2001 Luis Alberto Spinetta iba a presentar en el estadio Obras Sanitarias de la ciudad de Buenos Aires su más reciente trabajo discográfico, *Silver Sorgo*. El recital sería filmado y grabado con el objetivo de editar un futuro álbum en vivo. Pero tan solo dos días antes del show, en el contexto de grave crisis social y violenta represión que condujo a la renuncia del Presidente de la Nación, la función tuvo que ser suspendida. “Yo me sentía totalmente desubicado, me parecía que no debía insistir en actuar por respeto a la gente que más sufre” (Spinetta citado en Fabregat, 2014), confesaría el músico en un comunicado publicado unos meses más tarde. El evento, no obstante, fue rápidamente reprogramado: apenas una semana más tarde, el 29 de diciembre, Spinetta subió al escenario. La crónica del diario *Clarín*, publicada dos días después, retrató el comienzo de su show:

Los maltratos hacia el público por parte del personal de seguridad —resaca de una pesadilla de estado de sitio—, las fallas en la organización que hicieron de la incomodidad de la gente un único lema, el calor sofocante del estadio Obras repleto, todo se olvida cuando Luis Alberto Spinetta desde un costado del escenario y con la sola compañía de su guitarra amanece con “Tonta luz” y “El enemigo” (“Contra todos los males de este mundo”, 2001).

Resultado de las políticas de exclusión neoliberales aplicadas en el país desde 1976, el colapso económico-social y político del 2001 suele ser considerado como

un momento de ruptura total en la historia argentina.¹ ¿Pero hasta qué punto puede generalizarse ese corte? Suspensión, desubicación, tregua: la microhistoria del recital de Spinetta en Obras sugiere insistentemente una metáfora en la que la crisis, más que un proceso histórico extendido y, por lo tanto, intrínseco a la escena musical rockera argentina, es experimentada por los propios protagonistas como un proceso económico, social y político que viene a afectar a esa escena “desde afuera”. La crisis, en otras palabras, postulada no como un fenómeno total que atraviesa todas las esferas de la vida social (y, entre ellas, la de la cultura y la música rock), sino como un fenómeno particular y exterior frente al cual el rock debe inevitablemente entablar una (conflictiva) relación.

La hipótesis principal de este trabajo es que la escena rockera argentina de comienzos del siglo XXI tuvo una historicidad propia que, aunque estrechamente vinculada al proceso histórico general, no se ajustó con exactitud a las fechas y los tiempos de la política institucional y económica. Contra la imagen a la vez memorialística e historiográfica que tiende a interpretar la crisis del 2001 como un acontecimiento completamente definitivo, se planteará que los músicos y los oyentes de rock estuvieron lejos de asociar el estallido socioeconómico y político con una crisis interna, es decir, de pensar esa crisis como un fenómeno que involucraba intrínsecamente al rock. Desde esta perspectiva, la reconstrucción de la historia del rock local permite repensar los distintos significados y las distintas temporalidades que configuraron la crisis argentina del 2001, a la vez que habilita una reflexión más vasta sobre los vínculos entre música y política.

¿Se viene el estallido?

Hacia finales de los años 90, no hacía falta ser un destacado analista político para percibir que la Argentina se encontraba sumida en una profunda crisis. Las políticas neoliberales aplicadas por el menemismo (y antes por la dictadura militar y durante buena parte del gobierno de Raúl Alfonsín) habían desencadenado para entonces un profundo proceso de desindustrialización y redistribución regresiva de la riqueza. Aunque el peso argentino todavía seguía teniendo el mismo valor que el dólar estadounidense, no quedaban muchas dudas de que la moneda corriente del país era otra: pobreza y desocupación.

1 No es la impronta decisiva de la crisis, sino el carácter general de la afirmación lo que se quiere discutir aquí. Para la idea del estallido del 2001 como un quiebre histórico véase, por ejemplo, Svampa (2011).

Editada en 1998 como parte del álbum *Libertinaje*, la canción “Se viene” se convirtió rápidamente en uno de los hits que catapultó a la banda Bersuit Vergarabat al éxito masivo. Sobre una base simple pero nerviosa de guitarra eléctrica a contratiempo, a la que se sumaban unos pocos sonidos percusivos que irrumpían un tanto aleatoriamente, el tema comenzaba directamente por el estribillo:

¡Se viene el estallido... /
Se viene el estallido... /
de tu gobierno/
de mi guitarra también!

Con el paso de los años, “Se viene” ha pasado a ser interpretado como un “tema premonitorio” (“Tema premonitorio”, 2003) de las revueltas populares del 2001. Sin embargo, es posible que esa lectura remita más a la reconstrucción memorialística de aquellos episodios que a la forma en que una gran parte de la sociedad argentina efectivamente comprendió y vivenció la coyuntura histórica de los meses previos al “estallido” de la crisis. Al fin y al cabo, revisada como expresión de la autopercepción que el propio universo rockero tenía de sí para entonces, la canción sonaba menos a un análisis estructural y revolucionario, y mucho más al tipo de queja generalizada y embroncada hacia los políticos que gobernaban el país que por entonces se repetía cada vez más asiduamente.²

“Se viene el estallido/de tu gobierno”: aunque podía ser escuchada como una amenaza de acción, la letra ponía sobre todo el peso en anunciar o apuntar un problema que era eminentemente ajeno. El gobierno a punto de estallar no era de quien cantaba, sino de otro: era “la dictadura del rey”, un régimen que hacía oídos sordos a la voluntad popular (que lógicamente no representaba) y cuya “fisura” el yo poético de la canción señalaba a distancia prudencial (acaso borracho o exhausto de saltar y de bailar, fisurado él también, pero de un modo evidentemente distinto, festivo y positivo).

Por supuesto, esa referencia a “tu gobierno” también podía ser interpretada como un mensaje dirigido a los oyentes de la banda, es decir, potencialmente, a

2 De acuerdo a sus propios autores, esa había sido de hecho la inspiración inicial de la canción: “Me acuerdo de que era el verano de 1997 y estábamos en Mar del Plata, tocando la guitarra para juntar unas monedas. Carlos Menem había ganado la reelección un par de años antes y Carlos Ruckauf, el vicepresidente, estaba firmándoles autógrafos a unos viejos en la Rambla. Entonces, con Albertito (Verenzuela, guitarrista de Bersuit) fuimos de atrás y espontáneamente a dos metros le cantábamos eso de ‘se viene el estallido, de mi guitarra, de tu gobierno, también’ ” (Gustavo Cordera citado en “Tema premonitorio”, 2003).

la sociedad en general. Para fines de los años 90, no obstante, era más probable que supusiera una convocatoria a pluralizar la voz que cantaba. Si la música de Bersuit representaba, como ha señalado Silvia Citro (2008), una carnavalización de la música rock y expresaba, tal como han estudiado Pablo Alabarces, Daniel Salerno, Malvina Silba y Carolina Spataro (2008), una “cultura del aguante”, “Se viene” convocaba, con su frase repetida y su ágil ritmo a contratiempo que invitaba a saltar y bailar, a un nosotros que se unificara, coreando en el recital, contra el destinatario poético de la canción: quienes gobernaban el país.

Desde ese punto de vista, la repercusión masiva de la canción de Bersuit Vergarabat también podría ser pensada como un producto de su capacidad para nombrar una tensión más que para resolverla. Las razones que hacen de una canción un hit son, aún en un mundo regido por las lógicas de la industria cultural, difíciles de determinar. No obstante, la gran mayoría de los autores y los estudios coinciden en que, al menos bajo los parámetros occidentales (en los que la estructura narrativa aristotélica tiene un peso central), uno de los elementos que fundamentan ese éxito es la creación de una expectativa.³ “Se viene el estallido/ se viene el estallido”: más allá de que contenía estrofas, el tema de Bersuit Vergarabat era, en lo fundamental, un estribillo que se repetía interminablemente, sosteniendo la tensión (o incluso incrementándola sin cesar). Una exaltación del anticipo antes que una convocatoria a la acción. O incluso un certero eslogan propagandístico.

Pero el “estallido” en sí, al menos en la canción, nunca ocurría, nunca se describía. A pesar de que el cantante y líder del grupo, Gustavo Cordera, aclarara que la banda se vestía con pijamas en sus shows (“en homenaje a los internos del Borda”) porque “somos el síntoma de un mundo enfermo”, todo indicaba que su canción estaba lejos de ser un diagnóstico autorreferencial y mucho más cerca de ser “la banda de sonido del descontento político” (Martelli y Schanton, 1999). En “Se viene”, el gobierno, el mundo de la política, era decididamente el otro. Su estallido, su derrota se anunciaba más como el producto de su corrupción interna (“se está pudriendo esta basura”) que de una sociedad que podía gritar (“se viene el estallido/ de mi garganta”), podía resistir (“gente poniendo huevos/ para salir de esta ruina”) y celebrar su diferencia en la música, pero cuyo rechazo a la política hacía que tampoco tuviera muy en claro qué hacer para cambiar las cosas. Desde esa perspectiva, era sin dudas una paradoja que el Partido Obrero hubiese elegido la canción para sus publicidades de campaña presidencial de 1999. “(¿O acaso demostraba que la organización revolucionaria entendía mejor de lo que le hubiese gustado admitir algunas de las lógicas del marketing político?)”.

3 Al respecto, véase por ejemplo el clásico de Meyer (2001).

Independientemente de las interpretaciones sobre su carácter premonitorio, entonces, la acalorada música de Bersuit Vergarabat funcionaba como un buen termómetro de la bronca popular. Y daba cuenta también de que el universo roquero, sin permanecer indiferente, reclamaba sin embargo para sí una autonomía con respecto al proceso de crisis político-institucional que comenzaba a desatarse. A fin de cuentas, “Se viene” guardaba también otra cara en la que el estallido resultaba más bien positivo y valioso. “Se viene el estallido/ de mi guitarra”, avisaba la canción, apelando a un código del rock and roll que, desde Jimi Hendrix incendiando su guitarra eléctrica o Pete Townshend destrozándola en el escenario, pasando por el punk y hasta los literalmente destructivos finales de show de Nirvana (que había visitado la Argentina en 1992), hacía del instrumento estallido un símbolo y una celebración de su rebeldía. La Argentina estaba al borde de un abismo, y eso era algo sin dudas negativo. Contradictoriamente o no, el rock también estaba a punto de estallar. Pero el pogo desatado simbolizaría una gran autocelebración: la confirmación de que para el rock todo seguía (como decía la canción del grupo Viejas Locas editada en 1999) “igual de bien”.

En síntesis, lejos de percibirse en crisis, es decir, lejos de pensar la inminente crisis por fuera de lo estrictamente político o lo inmediatamente económico como una crisis histórica que lo involucrara, el rock argentino se autorepresentaba pleno de vitalidad. Y, ciertamente, no faltaban evidencias a favor de aquella hipótesis. De forma sugestiva, el suplemento “Sí!” del diario *Clarín* advertía en su balance del año 2000 que, tal como había sucedido dos décadas atrás en el contexto de la guerra de Malvinas, el rock local parecía estar ganando nuevos bríos justamente en el momento en que el deterioro gubernamental (vinculado en este caso al cataclismo económico) se agudizaba. El repentino éxito de la nueva emisora radial FM Mega (98.3) podía incluso ser pensado, desde esta perspectiva particular, más como una prueba que como una explicación:

Era en abril... del 82 cuando de la cúpula del gobierno militar bajó la orden de difundir sólo música en castellano, como parte de una “ofensiva cultural” en plena Guerra de Malvinas. Era en abril... del 93 cuando el boom de la película *Tango Feroz* hizo recrudescer una retrospectiva de los comienzos del rock en castellano. Era en abril... del 00 cuando la FM Mega (98.3) llegó para ganar el aire con un eslogan más que claro: “Puro rock nacional”.

En un abrir y cerrar de orejas nos acostumbramos a escuchar en continuado a Virus, César Banana Pueyrredón, La Renga, Los Enanitos Verdes, Sandra Mihanovich... y todo lo que hay en el medio. Porque no hubo forma de zafar: colectivos, radios, comercios, el aire, todos en la misma y telúrica sintonía.

En simultáneo, Soda Stereo, Virus, Sumo y Los Fabulosos Cadillacs eran antologizados en la serie “Obras Cumbres” (los dos primeros, además con discos y recitales-tributo de bandas *underground*), mientras Rata Blanca, G.I.T, Alma y Vida y... ¡Sui Generis! pegaban la vuelta. Todo para convertir al rock nacional en un nuevo folclore, con ese tufillo conservador dando vueltas (...) (“Las que sabemos todos”, 2000).

En la enumeración faltaba, por lógicas razones cronológicas, la realización en febrero del 2001 del primer festival Cosquín Rock. Y, más en general, la vigencia de una escena que, como demostraría la programación de aquel evento encabezado por Los Piojos y Divididos y significativamente realizado en “el” escenario del folclore nacional (la Plaza Próspero Molina), tenía ya demasiados años bajo el ruedo como para pretender representar una renovación demasiado profunda.⁴

En cualquier caso, por lo menos desde la perspectiva de los propios protagonistas, nada parecía indicar que la fuerte estabilidad de aquel rock nacional que había alcanzado la masividad pública veinte años atrás fuera interpretada como una señal de alarma o la advertencia de una crisis interna. Esa condición funcionaba más bien afirmando una continuidad histórica que ni siquiera se vería conmovida cuando, en diciembre del 2001, el estallido tan anunciado tuvo finalmente lugar.”

2001: la música como un bálsamo

En su balance anual del año 2001, el “No”, suplemento de cultura joven del diario *Página 12*, ofrecía un repaso del reciente mes de diciembre:

Aunque se veía venir, nadie esperaba lo que pasó en las 72 horas que fueron del miércoles 19 al sábado 22. Luego de las restrictivas nuevas medidas económicas del ministro de Economía, Domingo Cavallo, y la sensación “esto

4 Las tres bandas principales de cada uno de los dos días de aquel Cosquín Rock 2001 fueron Los Piojos, Las Pelotas y Catupecu Machu (sábado 10 de febrero) y Divididos, Bersuit Vergarabat y El Otro Yo (domingo 11 de febrero). De todas ellas, Catupecu Machu era la de más reciente formación: habían comenzado a ensayar en 1994. Un día antes del comienzo del evento, el diario *La Nación* destacaba justamente que el festival “le otorga el merecido lugar entre los grandes al grupo que, el último año, logró afianzarse y cumplir con la promesa de convertirse en la gran cosa nueva: Catupecu Machu” (Ramos, 2001). Véase también la encuesta anual del suplemento “Sí!” del diario *Clarín* (“Los resultados”, 2000) para el año 2000, que daba como ganador de la categoría “Banda nacional”, a Divididos.

no se aguanta más”, la rebelión popular estalla por distintas vías. Unos, los que no tienen nada, salieron a pedir comida y terminaron llevándose todo lo que pudieron de donde pudieron. Otros, lo que todavía tienen algo, golpearon cacerolas, se juntaron en esquinas clave de Buenos Aires y marcharon hacia la Plaza de Mayo. El jueves 20, una sangrienta represión ordenada por el gobierno saliente, deja como saldo 28 muertos en toda la Argentina. Siete de ellos mueren en el centro porteño, todos jóvenes que no pasan de los 28 años. Por televisión o en la calle, se vieron escenas que parecían de la franja de Gaza o Kabul. Primero renuncia Cavallo, después De la Rúa y con él, todo el gobierno aliancista (¿Alian qué?) que había asumido el poder dos años y pico atrás. Hay presidente provisional, el misionero Ramón Puerta, y después presidente de una semana, el gobernador de San Luis Adolfo Rodríguez Saá (sí, el del consolador en el culo). Vuelven Grosso, Matilde Menéndez, Manzano y otros ilustres dirigentes patriotas. El viernes 28, un nuevo cacerolazo en toda la Capital, echa a Grosso. Eso no es todo: el domingo 30, renuncia Rodríguez Saá y un rato después, Puerta tampoco se hace cargo. Llega otro que ya nadie recuerda, y el camino para Duhalde presidente está abierto. ¡Qué lindo! (Casciero y Plotkin, 2002).

Frente a la crisis institucional que acababa de estallar, el “No” construía así una primera síntesis en la que, más allá de la “información dura”, podían entrecruzarse ya algunos elementos interpretativos específicos. “Se quemaron todos los gobiernos” se titulaba la nota que, en línea con el “Se viene” de Bersuit Vergarabat, definía al estallido al mismo tiempo con la fuerza de lo predecible y como un evento sorpresivo. La referencia al “no se aguanta más”(y aquí la enciclopedia rockera permitía remitirse al “no se banca más” que Serú Girán cantaba en su canción “La grasa de las capitales” de 1979) expresaba con claridad esa ambivalencia: en la descripción del suplemento, la sociedad en general, y la juventud en particular, habían aguantado, habían resistido todo lo posible; solo “las nuevas medidas económicas del ministro de Economía, Domingo Cavallo” habían terminado por desencadenarla largamente anunciada rebelión popular.

La sorpresa, en cualquier caso, no solo parecía estar vinculada al estallido social, sino muy especialmente a la violencia represiva ordenada por el gobierno de la Alianza. La afirmación de que “por televisión o en la calle, se vieron escenas que parecían de la franja de Gaza o Kabul” podía ser leída por eso en dos sentidos diferentes aunque no necesariamente opuestos. Por un lado, especialmente la referencia a la ciudad de Kabul, la capital de Afganistán, que estaba siendo brutalmente bombardeada por el ejército estadounidense luego de los ataques a las Torres Gemelas del 11 de septiembre del 2001, demostraba que, lejos de caracterizar

la crisis argentina como un evento totalmente nativo, sus propios protagonistas preferían en principio pensarla como parte de aquel nuevo milenio que parecía estar emergiendo como un momento histórico decisivo.⁵ Por otro lado, más que postular un escenario de guerra, la comparación con aquellas dos zonas bombardeadas venía a reforzar la distancia discursiva entre un “ellos” gubernamental y sangriento y un “nosotros” popular dentro del cual la juventud ocupaba un lugar protagónico más como mártir que como combatiente (y aquí resonaban, aun sin mención explícita, otros versos escritos por Charly García en 1982, todavía durante la dictadura militar: “No bombardeen Buenos Aires / no nos podemos defender”). La larga y despreciativa enumeración de presidentes provisionales y otros “ilustres dirigentes patriotas”, en la que no faltaba ni siquiera “otro que ya nadie recuerda”, acentuaba este distanciamiento, rematado en la ironía final, ese “¡Qué lindo!” que solo parecía poder ser pronunciado por alguien que se sintiera verdaderamente alejado de la crisis institucional, un mero espectador del desfile de políticos que no lo representaban.

Por cierto, eso no quería decir que los músicos y oyentes de rock hubiesen elegido mantenerse ajenos o indiferentes frente a la crisis en marcha. La decisión de Spinetta de suspender su show no había sido, de hecho, para nada aislada. A pesar del evidente fracaso del estado de sitio convocado por el presidente Fernando de la Rúa el 19 de diciembre, y a raíz de los acontecimientos que forzaron la renuncia del mandatario al día siguiente, la gran mayoría de las actividades artísticas programadas para aquella semana fueron suspendidas (“Se suspendieron las actividades artísticas”, 2000). Sin embargo, significativamente, en la síntesis anual del “No”, el diciembre del estallido no contenía ni una sola referencia a una banda o siquiera una canción de rock (exceptuando las meras insinuaciones ya destacadas). Y aunque las reacciones y respuestas frente a los sucesos de aquel diciembre del 2001 no fueron, claro está, unánimes, esa (¿llamativa?) ausencia expresaba la que, probablemente, se podría considerar como la interpretación general que la propia cultura rockera hacía de aquella convulsionada coyuntura histórica y el lugar que se autoasignaba al interior de esta.

Sin mucha retórica, el periodista Carlos Polimeni (2001) la planteaba en su balance de la música popular del año 2001 con un título elocuente: “¿Está todo bien, o todo como el orto?”. La sutil formulación, tomada de la letra de la canción

5 En ese sentido, aunque no estuviera en la nota, la preocupación por el Y2K y los cambios que suponía la difusión de internet (entre ellos, la “piratería digital”, que terminaría por destruir el negocio tradicional de la venta de discos) formaban parte de la agenda que tanto el suplemento *No* como el *Sí!* atendían por aquellos años.

“Positiva” de Érica García (uno de los hits radiales de aquel año 2001 que concluía), anticipaba de un modo un poco burdo pero, sin dudas preciso la contraposición que el autor quería resaltar:

Reseñar canciones populares que fueron importantes durante 2001 podría ser una fruslería o un acto de autismo, en un país en el estado de la Argentina de estas semanas. Sin embargo (...), debe entenderse este recorrido como un ejercicio de autodefensa. Fue Friedrich Nietzsche, tan mal leído tantas veces, el que acuñó la idea de que el arte, el ocio y el espectáculo no solucionan los problemas urgentes de una sociedad... pero a veces ayudan a soportarlos. La cultura como quitapenas y espanta fantasmas. Este no es, ni quiere ser, entonces, un resumen discográfico, en un año en que la industria está hecha trizas, pero en las disquerías sigue intentándose vender compactos a 20 pesos (o patacones, o dólares o, bonos provinciales o, en breve, argentinos). Es un recorrido por canciones que la gente escuchó en su casa, cantó, disfrutó por radio y bailó y que sobrevivirán, que es bastante más de lo que puede decirse de hechos que llenaron páginas y páginas de diarios y revistas.

En el escenario de profunda crisis, Polimeni definía a la música popular (o más precisamente, en vista de los quince artistas que mencionaba, al rock)⁶ en una oposición frontal con el mundo de la política y de la industria. La diferencia fundamental, por supuesto, estaba resuelta desde el título: aunque “afuera” (en el mundo de todos los días) estaba todo “como el orto”, “adentro” (en el ámbito estrictamente musical) seguía “todo bien”.⁷ No obstante, con astucia, el periodista se autorizaba en la figura de Nietzsche para desarrollar su argumento. Es que era justamente el romanticismo alemán del siglo XIX el movimiento que había contribuido a cristalizar la idea que Polimeni quería defender en aquel contexto de crisis: el arte y la cultura eran (o debían ser) un remanso o un refugio apartado de los “problemas urgentes”, una “autodefensa” de los terroríficos “fantasmas” de la realidad, un lugar para el espíritu alejado del cotidiano conflicto de la vida social y política.

En el mismo sentido, apuntaba el guitarrista y cantante David Lebón en una entrevista publicada por el mismo suplemento de espectáculos apenas un día

6 La selección de quince canciones hecha por Polimeni incluía, entre otros, a Charly García, León Gieco, Gustavo Cerati, Luis Alberto Spinetta y Los Fabulosos Cadillacs. La lista, que como se observa no se destacaba justamente por la renovación de protagonistas, podía leerse como otra evidencia del momento de bonanza que atravesaba el rock nacional.

7 La misma analogía fue utilizada por el suplemento *No* en su propio balance anual (Casciero y Plotkin, 2002b).

después. “En plena combustión social, la que provocó la postergación de sus dos shows en La Trastienda (que finalmente concretará mañana y el sábado)”, el ex Pescado Rabioso y Serú Giran era retratado por Pablo Plotkin (2001) como alguien que percibía “las detonaciones a la distancia, aislado en una cápsula de bienestar espiritual reforzada por el silencio de este hotel que parece construido en otra parte”. Las declaraciones del propio Lebón reforzaban esa imagen, pero aportaban además un nuevo matiz a la reivindicación autonomista de la música rock:

Estamos dando un vuelco hacia un lugar que va a ser pacífico, a pesar de que ahora todo es guerra. Y el arte hace falta. La venta de entradas para mis shows andan muy bien, pese a todo, lo cual me recuerda a la época de la guerra de Malvinas, cuando yo grabé *El tiempo es veloz*, que fue un disco que se vendió muy bien. Porque ahí había algo en lo que podías confiar. Y la música realmente es un bálsamo, te cambia el *feeling*. Lo que ocurre es que uno se pega al televisor y eso termina haciéndote mal. Yo me siento una flor de loto, que vive en el pantano, se alimenta de raíces podridas y sin embargo está bien arriba. A pesar del lío que hay, puedo mantener mi felicidad intacta. Mi felicidad y mi sufrimiento no tienen nada que ver con lo que está pasando (Plotkin, 2001).

Repitiendo la visión romántica planteada por Polimeni, Lebón postulaba una distancia total entre el universo de la política y el del rock. Sin embargo, era justamente ese contraste absoluto el que habilitaba la idea de que la música pudiera funcionar, al menos en cierta medida, como un “bálsamo”. Como Orfeo, quien amansaba a las fieras con su lira y su voz, el rock se erigía como una posible vía (¿acaso la única?) de reestablecer la armonía en medio del “pantano” del 2001. El testimonio de que, como decía otra de las notas de balance publicadas en aquellas semanas, “el ruido de cacerolas” no era “la única melodía” posible en aquel alborotado diciembre (Casciero, 2002).

La música como un refugio y la música como un bálsamo: en la oscilación entre esas dos posiciones, próximas mas no necesariamente idénticas, el universo roquero delimitaba su lugar en el contexto de la gran crisis argentina del 2001.⁸ Pero si bien el estallido popular era el inevitable “telón de fondo”, el evento que moti-

8 Era el mismo vaivén que expresaban la crónicas del show de Spinetta en Obras gracias al cual, al decir de un periodista, “todo se olvida[ba]” (“Contra todos los males de este mundo”, 2001) y en el que al mismo tiempo, según otro, “uno de los momentos claves de la noche” había sido “una poderosa versión de ‘PostCrucifixión’, que El Flaco dedicó a ‘todos los marginados y a los que murieron cagados a tiros de mierda’” (“Spinetta se tocó todo”, 2002).

vaba a los rockeros a expresarse (o incluso se los exigía), en aquella definición la idea de un corte histórico que involucrara directamente al rock como fenómeno musical y cultural no parecía formar parte del horizonte de posibilidades.

Muy por el contrario, lejos de habilitar algún tipo de replanteamiento, la coyuntura parecía haber venido a reforzar una profunda continuidad histórica. La sorpresa del estallido ratificaba una convicción. Era lo que señalaban de modo bastante explícito tanto David Lebón como, antes, aquella nota sobre la aparición de la radio FM Mega exactamente veinte años después de la guerra de Malvinas. Pero sobre todo era lo que evidenciaban el éxito de aquel nuevo medio de comunicación y, en líneas más generales, la completa vigencia del repertorio de artistas y canciones que esa radio programaba.⁹ Aquel rock nacional que se había popularizado a comienzos de la década del 80, es decir, en los años finales de la última dictadura militar, encontraba en los hechos de diciembre del 2001 una evidencia de su propia vitalidad histórica.

Conclusiones

Las encuestas anuales organizadas a fines del 2001 por los suplementos de cultura joven *Sí!* y *No* dieron como resultado a un mismo gran ganador: el grupo Babasónicos, que había editado aquel año su exitoso álbum *Jessico* (Schanton, 2002). Irónicamente, las declaraciones de sus integrantes fueron, frente al concierto de proclamas que reivindicaban la buena salud del rock nacional, unas de las pocas que sugirieron una lectura diferente:

[Entrevistador:] Fin del tema musical. Ahora es LA realidad 2001: 11 de septiembre, 20 de diciembre... Un año de episodios ciertamente "históricos". ¿Y?

Mariano: —Hay que tomar conciencia de que los hechos históricos pasan cada vez más rápido. La influencia de los medios es muy grande, también, en cómo lo vivís.

9 El contraste con la penosa situación de la industria discográfica acentuaba este efecto. "La música popular sacó fuerzas de la nada y tuvo un año artísticamente exitoso", señalaba el balance anual publicado por el diario *Página 12*. Y explicaba:

Cuando se piensa en el contexto social y económico de la Argentina durante 2001, sorprende que la cartelera de conciertos de música popular haya mantenido la oferta y el nivel de años más prósperos. Incluso es difícil trazar un paralelo con lo que ocurrió con la industria discográfica local, que debió apretar el cinturón —incluso más de lo aconsejable— para sobrevivir ante los embates de la piratería, la cesación de pagos de Musimundo y la lógica contracción del mercado ante tiempos de inestabilidad (Casciero, 2002).

Adrián: –Tiene que ver con una época de cambio de pensamiento, de terminar con cierta hipocresía que ya no se podía sostener... Es el fin de era, tiene que ver con tratar una concepción político-social. Nosotros siempre tratamos de apuntar a eso, a que la historia termine, siempre apuntamos a eso. No siempre estamos de acuerdo con el fin o con la violencia de esos hechos, pero los cambios bienvenidos sean.

Diego: –Vivíamos en una gran inercia, tal vez ahora empiecen a pasar cosas.

Adrián: –Van a tocarnos cambios de formato y eso lo vamos a vivir. También creo que está cambiando la función del artista como narrador de la realidad, o como interpretador de una realidad poética. Y denunciante, también. Todo está cambiando. El rock de ahora en adelante será distinto, y va a cambiar año tras año, y los que no puedan seguir ese ritmo van a terminar aplastados. Cambio de formato, cambio de actitud, cambio de representación, quizás los shows sean distintos... *Probablemente el rock deje de llamarse rock (Semán, 2006; Semán y Vila, 2008).*

La crisis socioeconómica e institucional del 2001 suele ser presentada como un momento bisagra de la historia argentina. Una crisis completa, con una única temporalidad y un único y gran sentido. Sin embargo, esta imagen totalizante tiende a ocluir la experiencia de múltiples sectores que atravesaron aquellos días, semanas y años de formas diversas.

Este trabajo se propuso demostrar que la crisis argentina del 2001 fue pensada y vivida por los músicos y los oyentes de rock como un fenómeno en cierto modo externo: esto es, una crisis económica y política que, por su gravedad, afectó “desde afuera” las condiciones de posibilidad del rock. La idea de que el mundo del rock fuera parte de esa crisis (que estuviera en crisis) no pareció tener por el contrario peso alguno en aquella coyuntura histórica. La posibilidad de que “el rock deje de llamarse rock” planteada por Adrián Dárgelos, líder de Babasónicos, en diciembre del 2001 fue, en ese sentido, una idea que nadie pareció recoger, al menos en el corto plazo.

¿Cuándo establecer, entonces, un corte en la periodización de la historia del rock argentino de comienzos del siglo XXI? Si bien no es el objeto de este trabajo responder esta pregunta, cabe hipotetizar que el evento que definió ese quiebre en la historia del rock nacional fue la tragedia de Cromañón, ocurrida el 30 de diciembre del 2004. No solo por las consecuencias directas que este episodio tuvo sobre el circuito de presentación, que afectaron, a su vez, las formas de producción y circulación de la música rock y su público, sino también porque fue entonces que la crisis del rock comenzó a ser interpretada (o incluso denunciada) por

diversos actores como parte de la crisis económica, política y sociocultural más amplia simbolizada en el 2001 (Semán, 2006; Semán y Vila, 2008).

No obstante, una periodización histórica del rock argentino tampoco puede desatender otros factores de orden transnacional, entre los cuales se destacan el desarrollo de la difusión digital de la música, la consiguiente crisis de la industria discográfica y la creciente accesibilidad de los medios de grabación musical. El impacto cultural de estas nuevas condiciones tecnológicas y económicas, que representaron la clausura de ciertas condiciones de producción, circulación y consumo y la apertura de nuevos horizontes para esas mismas actividades, impone pensar la crisis del rock en la Argentina no solo como una expresión de la coyuntura histórica local, sino como el resultado de transformaciones globales y de más largo aliento.

Referencias bibliográficas

Alabarces, P.; Salerno, D.; Silba, M. y Spataro, C. (2008). “Música popular y resistencia: los significados del rock y la cumbia”. En Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (comps.). *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.

Casciero, R. (3 de enero de 2002). “El ruido de cacerolas no fue la única melodía”. *Página 12*. Disponible: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/espectaculos/6-390-2002-01-03.html>>.

Casciero, R. y Plotkin, P. (3 de enero de 2002). “2001 - Nuestro Vietnam”. *Página 12*, suplemento “No”. Disponible: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/no/index-2002-01-05.html>>.

___ (3 de enero de 2002). “Se quemaron todos los gobiernos”. *Página 12*, suplemento “No”. Disponible: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/no/subnotas/55-38-2002-01-05.html>>.

Citro, S. (2008). “El rock como un ritual adolescente: trasgresión y realismo grotesco en los recitales de Bersuit”. En *Trans. Revista Transcultural de Música*, núm. 12, julio. Disponible: <<http://www.sibetrans.com/trans/articulo/88/el-rock-como-un-ritual-adolescente-trasgresion-yrealismo-grotesco-en-los-recitales-de-bersuit>>

“Contra todos los males de este mundo” (31 de diciembre del 2001). *Clarín*. Dispo-

- nible: <https://www.clarin.com/extrashow/males-mundo_0_SybMC7IgrFfx.html>.
- “El cielo y el infierno” (30 de diciembre del 2001). *Clarín*. Disponible: <https://www.clarin.com/extrashow/cielo-infierno_0_SJDbLNLIaFe.html>.
- Fabregat, E. (28 de diciembre de 2014). “La carta de Luis”. *Página 12*. Disponible: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-34369-2014-12-28.html>>.
- “Las que sabemos todos” (29 de diciembre de 2000). *Clarín*, suplemento “Sí!”. Disponible: <<http://edant.clarin.com/suplementos/si/2000/12/29/nota3.htm>>.
- “Los resultados” (29 de diciembre de 2000). *Clarín*, suplemento “Sí!”. Disponible: <<http://edant.clarin.com/suplementos/si/2000/12/29/nota2.htm>>.
- Martelli, E. y Schanton, P. (22 de octubre de 1999). “Somos el síntoma de un mundo enfermo”, *Clarín*, suplemento “Sí!”. Disponible: <http://edant.clarin.com/suplementos/si/99-10-22/nota_1.htm>.
- Meyer, L. (2001). *Emoción y significado en la música*. Madrid: Alianza.
- Pintos, E. (27 de diciembre del 2001). “Un plan concretado”. *Página 12*, suplemento “No”. Disponible: <<http://www.archivo.pagina12.com.ar/2001/suple/No/01-12/01-12-27/NOTA2.HTM>>.
- Plotkin, P. (27 de diciembre del 2001). “A pesar de que todo es guerra, la música puede ser un bálsamo”, *Página 12*. Disponible: <<http://www.archivo.pagina12.com.ar/2001/01-12/01-12-27/pag28.htm>>.
- Polimeni, C. (26 de diciembre del 2001). “¿Está todo bien, o todo como el orto?”. *Página 12*. Disponible: <<http://www.archivo.pagina12.com.ar/2001/01-12/01-12-26/pag25.htm>>.
- Ramos, S. (9 de febrero del 2001). “El rock copa Cosquín”. *La Nación*. Disponible: <<http://www.lanacion.com.ar/190723-el-rock-copa-cosquin>>.
- Schanton, P. (11 de enero de 2002). “Seguimos siendo un grupo de ruptura”, *Clarín*, suplemento “Sí”. Disponible: <<http://edant.clarin.com/suplementos/si/2002/01/11/3-00611.htm>>.
- “Se suspendieron las actividades artísticas”. (20 de diciembre de 2000). *La Nación*.

Disponible: <<http://www.lanacion.com.ar/360808-se-suspendieron-la-actividades-artisticas>>.

Semán, P. (2006). *Bajo Continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Buenos Aires: Gorla.

Semán, P. y Vila, P. (2008). “La música y los jóvenes de los sectores populares: más allá de las tribus”. En *Trans. Revista Transcultural de Música*, núm. 12, julio. Disponible: <https://www.sibetrans.com/trans/articulo/85/la-musica-y-los-jovenes-de-los-sectores-populares>

“Spinetta se tocó todo” (2 de enero de 2002). *Página 12*. Disponible: <https://www.pagina12.com.ar/diario/espectaculos/6-363-2002-01-02.html>.

Svampa, M. (2011). “Argentina, una década después”. En *Nueva Sociedad*, 235, septiembre-octubre. Disponible: <<http://maristellasvampa.net/archivos/ensayo55.pdf>>.

“Tema premonitorio” (17 de abril de 2003). *La Nación*. Disponible: <<http://www.lanacion.com.ar/489288-tema-premonitorio>>.

Vila, P. (1985). “Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil”. En Elizabeth Jelin (ed.). *Los movimientos sociales 1*, Buenos Aires: CEAL.

TRADICIONES Y RUPTURAS ENTRE 2001. UNA REFLEXIÓN EN TORNO A LAS TENSIONES DEL TESTIMONIO COMO PERFORMATIVIDAD ESTÉTICO-POLÍTICA EN LOS RUBIOS, DE ALBERTINA CARRI

Carolina C. Bartalini (UNAJ-CONICET-UNTREF)

Gente más joven va a aceptar con más facilidad la idea de que el testimonio y la denuncia son categorías artísticas por lo menos equivalentes y merecedoras de los mismos trabajos y esfuerzos que se le dedican a la ficción. [...] Evidentemente en el montaje, la compaginación, la selección, en el trabajo de investigación, se abren inmensas posibilidades artísticas (Walsh, 1994).

Introducción

Alrededor del año 2001, momento disruptivo de lo político y lo estético en términos de representación, emerge una serie de producciones filmicas, literarias y fotográficas de la generación de los hijos e hijas de militantes secuestrados y desaparecidos por la represión del Estado en la última dictadura cívico-militar, quienes logran articular el trabajo de la memoria con la exploración artística. Operando con una serie de materiales íntimos como elementos constitutivos y problemáticos para presentar y representar una historia personal y, a la vez, comunitaria, ponen en primer plano una dimensión especialmente significativa de los discursos sobre el pasado reciente: las voces de quienes han vivido la represión y la desaparición de sus padres, cuando todavía no habían nacido o eran muy

pequeños. Son jóvenes que hablan en sus obras –en general primeras producciones– de sus experiencias como niños y niñas en los 70 y ubican en el mismo espacio donde se disponen los recuerdos, la enunciación del yo actual para contribuir y reflexionar sobre los mecanismos de la construcción histórica, desarticular y re-significar las identidades socialmente establecidas: hacer de la producción estética una experiencia colectiva que también discuta qué implicancias comprende volverse un sujeto estético-político de la generación del 2001.

Una de las primeras producciones de esta serie fue *Los rubios*,¹ el segundo largometraje de Albertina Carri, que se estrenó en el año 2003. *Los rubios* problematiza los mecanismos de la memoria y la expone en su propio devenir des-diferenciando los límites genéricos para jugar entre los lindes de la ficción, el documental y la animación. Esta “ficción de la memoria” (Carri en Moreno, 2003) da cuenta de una búsqueda que se inicia en la recopilación de testimonios sobre el secuestro y desaparición de los padres, Roberto Carri y Ana María Caruso,² y culmina, o trabaja paralelamente, con las resonancias de una identidad que pretende desasociarse de las categorías fijas para hablar tanto de la generación nacida en la década del 70 como sobre el estatuto del testimonio para dar cuenta del pasado reciente.

El término “crisis” asociado al primer año de la década pasada, del siglo y del milenio –momento en el cual comienzan a producirse estas exploraciones–, es una reducción semántica, una cristalización de sentidos que puede mostrar u obturar la complejidad del asunto. En su etimología, la palabra “crisis” proviene del griego *krísis*, y hace referencia a una decisión, o al verbo *krino*, “decidir, juzgar, separar”. En definitiva, usamos esta palabra para describir un estado de situación en el cual se definen aspectos vitales, sustanciales para la continuación de la vida. Etimológicamente, *krísis* es el juicio resultante de una decisión, luego de haber observado cuidadosamente la coyuntura. En este orden de cosas, la irrupción del 2001 fue analizada como una “crisis de gobernabilidad” (Ferreira Rubio, 2005),

1 Carri, Albertina (2003). *Los rubios* (documental de creación, 89 min.). Argentina - EE. UU.: A. Carri y B. Ellsworth. Dirección y guion: Albertina Carri. Montaje: Alejandra Almirón. Fotografía: Carmen Torres y Albertina Carri. Sonido: Jélica Suárez. Actuación: Analía Couceyro.

2 Roberto Carri fue un prestigioso sociólogo, ensayista y profesor universitario en el marco de las llamadas “cátedras nacionales” en la Universidad de Buenos Aires. Ana María Caruso era profesora de Letras y Latín. Juntos tuvieron tres hijas: Andrea, Paula y Albertina. Roberto Carri y Ana María Caruso militaban en la organización Montoneros, de la cual Carri era el responsable de la Columna Sur. El 24 de febrero de 1977 fueron secuestrados en la casa de Hurlingham donde vivían. Sus hijas fueron trasladadas a la comisaría de Villa Tesei. De acuerdo con los testigos, se sabe que ambos estuvieron en cautiverio en el centro clandestino de detención Sheraton o Embudo que funcionaba en la comisaría de Villa Insuperable. Tuvieron contacto con sus hijas a través de cartas y llamadas hasta diciembre de 1977.

“insurrección social” (Bonnet, 2015), “crisis de liderazgos” (De Riz, 2008), “crisis de representación” (Bugnone, 2006). Como sintetizan Antonia Muñoz y Martín Retamozo:

[una] pluralidad de demandas y colectivos movilizados hacia la cúspide del ciclo de protesta, especialmente hacia finales del 2001 y principios de 2002 cuando movimientos de desocupados, asambleas barriales, ahorristas, movimientos de derechos humanos, organizaciones sindicales, etc., dominaban la escena. Cada uno de los colectivos con sus demandas y sus repertorios de acción interpelaban al sistema político en búsqueda de respuestas a situaciones particulares conformando un espacio social movilizado (2012: 6).

Me interesa pensar la idea de crisis no en el sentido de excepcionalidad, sino como momento de eclosión de líneas de continuidad, previas y posteriores, que se materializan en un momento particular donde se condensan tradiciones, herencias y proyecciones. En el orden de lo político, es posible observar este movimiento de desajuste, un estallido social que se da conjuntamente con la manifestación discursiva de la crisis del modelo de representatividad política al tiempo que, de modo paradójico, se reclamaba a las mismas instituciones cuestionadas las soluciones necesarias para las dramáticas condiciones de vida que el modelo neoliberal venía produciendo en la macro y micropolítica. Por su parte, en el orden estético estos desajustes se manifiestan de modos oblicuos, pero no menos significativos.

Me refiero a las formas de ruptura que *Los rubios* establece con respecto al estatuto del cine documental, los modos de contar la violencia y las consecuencias de la dictadura cívico-militar en el presente de enunciación, el cuestionamiento al modelo hegemónico del realismo documental para dar cuenta de la historia, y la irrupción de una nueva voz que cuestiona la discursividad de la generación anterior. En definitiva, todo un pronunciamiento estético-político que retuerce la idea de “representación” como técnica narrativa y verosimilitud política.

En alemán, explica Gayatri Spivak en *¿Puede hablar el sujeto subalterno?*, hay dos palabras para referir a las ideas que en español están involucradas en el término “representar”, y cuyo análisis nos permite afinar la reflexión sobre 2001 como momento de crisis de representaciones estético-políticas. Por un lado, *darstellen* refiere a la puesta en escena, a un retrato, la figura retórica, el arco que comprende la idea de figurar, la mimesis de acuerdo con Erich Auerbach. Por el otro, *vertreten* implica una idea de sustitución, del campo de la persuasión, que involucra el sentido de la representación política, del representante (Spivak, 2011: 19-22). Podríamos traducir el primer término como “re-presentar”, confeccionar una

imagen nueva a partir de una imagen dada (entendiendo que la imagen primera tampoco sea la “realidad”, sino una figuración de ella), en tanto que el segundo está vinculado con los sentidos políticos del término “representar”: “estar en lugar de otros”, “actuar como representante”. ¿Fue 2001 una crisis de representación en ambos sentidos, retórica y política? ¿De qué modos *Los rubios* dialoga con su tiempo además de los vínculos que establece con el pasado de los padres y la infancia de la directora?

Partimos de la hipótesis de que la película de Albertina Carri expone un deslocamiento en términos de “representación” –en ambos sentidos: mimesis y sustitución– porque es ello lo que primeramente está siendo cuestionado en el film. Por un lado, la película se pregunta por los modos de figurar el terrorismo de Estado y sus secuelas presentes; por otro lado, se interroga acerca del significado y el sentido de los mecanismos de “representación” en el cine y la literatura. En otras palabras, lo que se problematiza es la idea misma de representación como sustitución de un referente por otro y, a la vez, la mecánica representacional que implicaría un hecho, una historia ya finalizada que debe, de una forma u otra, mostrarse. Frente a este legado, *Los rubios* plantea que es la misma producción la que construye imágenes e imaginarios, que no existe una memoria y una voz, sino memorias y voces en un juego que, como todo hecho de discurso, entran en disputa por los significados sociales.

Representar o re-presentar: la estética como gesto político

La generación de los hijos e hijas de desaparecidos ingresa al ejercicio de la voz en la escena pública a mediados de la década del 90 a través de los “escraches” inventados y propulsados por Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (HIJOS), agrupación que, nacida en 1996, reúne a hijos de detenidos-desaparecidos durante la última dictadura cívico-militar. Acompañados por diversos grupos de “activismo artístico” (Longoni, 2011) que promovían formas de la acción artística en la calle e intervenciones sobre el espacio urbano, HIJOS puso de relieve el silencio social (y el ruido resistente) en torno a las últimas políticas llevadas a cabo en relación con los crímenes del aparato represor y desaparecedor de la dictadura: las “leyes de la impunidad” (las leyes de Punto Final de 1986 y Obediencia Debida de 1987, y los indultos de 1989 y 1990), que permitieron la libertad de los represores juzgados en el Juicio a las Juntas Militares de 1985.³

3 Esta modalidad de acción directa desempeñada por HIJOS revitalizó las demandas de los

Entre esta coyuntura en torno a las políticas de derechos humanos y la siguiente, el período que comienza en el año 2003, cuando se produce una serie de desplazamientos en las políticas institucionales que configuran medidas de reparación en términos legales⁴ y re-significaciones de índole simbólica⁵ en pos de establecer un nuevo relato sobre la dictadura, los niños que nacieron o vivieron durante los años 70 comienzan a producir discursos públicos que actualizan, frente a la negación del contexto político, las heridas del pasado nacional. Desde una perspectiva personal, focalizando en su papel de herederos de la generación silenciada por la violencia ilegal del Estado, estos jóvenes autores cuestionan en sus obras la linealidad del testimonio para dar cuenta de lo real y de la ficción para completar la ausencia. Asimismo, desestiman el mecanismo de filiación que tendería a asociarlos directamente con el accionar de sus padres para construir un tipo de afiliación (Said, 2004) no convencional, con una acción estética que propone la relación con lo político de modo no transparente, a través de su opacidad (Aguilar, 2006).

Me refiero a producciones que configuran modalidades enunciativas diversas y multimodales, tanto en el cine (*Papá Iván* [2000], de María Inés Roqué; *M* [2007], de Nicolás Prividera; *Encontrando a Víctor* [2004], de Natalia Bruschtein; *Cordero de Dios* [2008], de Lucía Cedrón), como en la literatura (*La casa de los conejos* [2007], de Laura Alcoba; *76 y Los topos* [2008], de Félix Bruzzone; *Diario de una*

organismos de derechos humanos que, desde 1977 (momento de fundación de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo), venían luchando por la justicia y la visibilización de sus familiares y compañeros secuestrados, asesinados y desaparecidos. La acción directa contempló diversos dispositivos de representación visual, como las fotos y las siluetas (Longoni, 2010), y por la búsqueda de los niños apropiados por un plan sistemático de robo de identidades entretelado por el poder militar y civil.

- 4 En este sentido, se realizan tres acciones concretas que vehiculizan las demandas históricas de los organismos de derechos humanos: en agosto de 2003, el Congreso declaró la nulidad de las “leyes del perdón”, por lo que quedaron sin efecto; en julio de 2005, la Corte Suprema convalidó la ley 25.779; entre septiembre de 2006 y julio de 2007, finalmente, luego de una serie de instancias jurídicas, los indultos a los miembros de la Junta Militar condenados en 1985 son declarados inconstitucionales por la Corte Suprema. Desde entonces, se produce “un firme apoyo a la persecución de los crímenes del pasado” y “más de un millar de acusados enfrentan cargos ante los tribunales federales” en un proceso largo y complejo que se dio en llamar la “re-apertura de los juicios por crímenes de lesa humanidad” (Filippini, 2011: 26).
- 5 Me refiero especialmente a los dispositivos del discurso pedagógico que, a partir de la sanción de la Ley 26.206, la Ley de Educación Nacional, establecen como tema prioritario la enseñanza en los distintos niveles del sistema escolar nacional contenidos relacionados con los derechos humanos y la memoria de nuestro pasado reciente. Esto se propone a través de diversas modalidades que van desde la producción de documentos de trabajo para docentes, actividades y bibliografía para alumnos, contenidos audiovisuales en canales de televisión estatales (Paka Paka, Canal Encuentro), desarrollo y dictado de cursos de formación y perfeccionamiento docente en el área de los derechos humanos y la historia reciente, entre otros.

princesa montonera. 110% verdad [2012], de Mariana Eva Pérez; *¿Quién te creés que sos?* [2012], de Ángela Urondo Raboy, *Cómo enterrar a un padre desaparecido* [2012], de Sebastián Hacher, *Una muchacha muy bella* [2013], de Julián López, *Aparecida* [2015], de Marta Dillon, e incluso la fotografía (*Arqueología de la ausencia* [1999], de Lucila Quieto) y el género dramático (*Mi vida después* [2009], de Lola Arias). Esta serie ha generado numerosas y diversas aproximaciones críticas, tanto desde el área de la literatura como desde el análisis cinematográfico, las artes comparadas y los estudios sociológicos e históricos. Puede a esta altura ya ser considerada no solo por la filiación de sus enunciadores como hijos e hijas de militantes asesinados y/o desaparecidos, sino también, como sostiene Carlos Gamerro, por cuestiones de orden temático y formal que aúnan las producciones más allá de los lenguajes con los que trabajen (cine, teatro, literatura, fotografía, instalación, artes visuales).⁶

Si como ha dicho Walter Benjamin sobre el París de Baudelaire, en el tono de una obra se teje el espíritu de la época, no porque estas referencias aparezcan explícitamente, sino porque sin ellas la obra no podría existir como tal (Benjamin, 1972a), el modo de posicionarse en la tradición del cine político documental que realiza Albertina Carri en las postrimerías del nuevo cine argentino habilita una lectura que la ubique como centro de un tejido genérico y discursivo propio de su tiempo. *Los rubios* dialoga con el pasado del relato de los padres, pero también con su contexto de producción, un presente enunciativo situado alrededor del 2001, que se interroga por las nociones de representación (como *darstellen* y *vertreten*), la experiencia y la voz en un momento histórico en que la creación a partir de los despojos fue la fórmula para sobrevivir y persistir.

Albertina Carri enuncia en *Los rubios. Cartografía de una película*, el libro que editó para el noveno Festival de Cine Independiente (2007), que el film comenzó a realizarse cinco años antes de su estreno, es decir, alrededor de 1998. Sabemos que el estallido social de diciembre del 2001 no puede ser considerado fuera de las continuidades y des-continuidades con su pasado inmediatamente anterior y su futuro inminente. Por lo tanto, me refiero a 2001 como símbolo de una época que, por supuesto, temporalmente excede el estallido social, político y económico de diciembre de ese año. Por un lado, *Los rubios* produce una ruptura con respecto a la tradición del cine político-testimonial argentino; por otro, re-configura los modos de hacer presentes a los padres indagando en la dimensión íntima, espe-

6 “Todo género –analiza Gamerro en ‘Memoria sin recuerdos’– termina tarde o temprano por autonomizarse de sus condiciones de producción y pasar a definirse por su forma y por su tema” (2015: 521).

cialmente a través de las imágenes fotográficas que los muestran de niños, y en el ideario revolucionario de su generación.

La tesis que moviliza la película también es dual, involucra un gesto personal de la directora y una propuesta estético-política. Como analiza María Moreno, “lejos de la intención de que los fragmentos den cuenta de un todo incompleto, Carri elige subrayar lo inexorable de la ausencia” (2003). Los padres son inaprensibles porque no están, su presencia no puede ser recuperada: esta es la dimensión más revulsivamente política del film que no pretende subsanar, ni suturar la herida, mucho menos entregar al espectador dos figuras paternas nítidas que permitan o bien la descarga catártica o la comprensión reparadora, sino mostrar –“monstrare”, como titula Albertina Carri sus últimas intervenciones audiovisuales– la insuficiencia del lenguaje para dar cuenta de la vivencia, de la ausencia y del dolor. En definitiva, si como afirma Joan Scott (2001) la vivencia solo se transforma en experiencia a partir de un acto de lenguaje, el trabajo con los testimonios en *Los rubios* viene a mostrar la huella contradictoria de su condición: se da testimonio y se lo utiliza para exponer la presencia de lo que pasó al mismo tiempo que, en su proliferación, se exalta la ausencia.

Performatividad de la memoria

Filiada a una larga tradición del cine documental político en la Argentina, *Los rubios* dialoga con ella a través de la ruptura de los procedimientos clásicos del género: pone en práctica formas de la ficción para reescribir la serie y establecer que la diferencia entre el relato documental y el de la ficción no es de esencia, sino de grado. Ana Amado plantea que el gesto de Albertina Carri consiste en disolver “la escena contemporánea del cine y de los relatos sobre el pasado”, lo que ella llama la “Historia”: “en esta disolución el gesto de Albertina Carri no es romper con el pasado sino romper con las formas de romper con el pasado” (Amado, 2009: 194). *Los rubios* polemiza con la figura del padre (padre cine-documental-testimonial, padre militante-política-Estado) para decir, por un lado, que ningún testimonio aislado ni todo un arsenal de memorias testimoniales de compañeros de militancia de los padres es suficiente para nombrar la ausencia que produjo su desaparición forzada en el plano íntimo, personal y colectivo y, por otro lado, que es precisamente esa ausencia la que se quiere exhibir en la película.

El papel que se les brinda a los testimoniados es bien distinto al del documental testimonial de la década previa (*Montoneros, una historia* [1995], de Andrés Di Tella; *Cazadores de utopías* [1996], de David Blaustein; *La voluntad* [1997],

de Martín Caparrós y Eduardo Anguita, por ejemplo) y se afilia más bien con el cine modernista o el documental de exploración, cuyo centro es la realización misma de la película (Amado, 2009; Aguilar, 2006). En este sentido, uno de los aspectos más controvertidos del film, la forma en que las entrevistas se muestran atravesadas por la doble mediación de las pantallas de televisión, fragmentadas, cortadas, y en varios momentos no atendidas, colabora con la propuesta estética y el proyecto de la directora de montar escenas que reflexionen sobre la construcción de la memoria más que mostrar relatos que puedan ser percibidos como puros enunciados.⁷

Trabajar con los testimonios de los compañeros de Carri y Caruso⁸ es una apuesta interesante que realiza esta película, porque no lo hace desde la repetición y aceptación de sus enunciados, como parece suceder en *Papá Iván*, ni tampoco para cuestionarlos y debatirlos, como plantea Nicolás Prividera en *M*, sino que el procedimiento es mostrarlos hablando en televisores, contando, describiendo cómo era Ana María Caruso, recuperando sus nombres de guerra, narrando los modos de jugar al fútbol con Roberto Carri, las formas de relacionarse en los 70, las cercanías y lejanías cotidianas y políticas. Los testimonios funcionan como elementos performáticos: con su trabajo, Carri recompone la dimensión íntima de los padres y hace cosas con ellos.

Me interesa en este punto señalar dos cuestiones en torno al trabajo de la memoria que se propone en la película. En primer lugar, como he comentado previamente, la proliferación de entrevistas testimoniales y su particular tratamiento tematiza los huecos de la voz. Los testigos hablan, pero no se puede recuperar a los padres de los enunciados. Frente a esto se potencia la enunciación: necesitan contar, y la película necesita que le cuenten cómo eran para exaltar la imposibilidad de recuperar lo que no se vivió. La crítica a la mediación de los televisores y a la desatención de la actriz (Kohan, 2004; Sarlo, 2005) olvida algo sustancial: mostrar a los testigos hablando pretende dar cuenta no solo de lo que ellos dicen sobre los padres, sino más bien de la dificultad de testimoniar y los usos que se pueden

7 Otro de los procedimientos es el carácter anónimo de los testigos, cuyos nombres aparecen al final en los créditos. Algunos críticos han observado esta actitud como displicente, provocativa, desatenta hacia los testimoniantes (Kohan, 2004). En la lectura de Carlos Gamerro, esta decisión manifestaría una suerte de “hartazgo generacional” que “supone no sólo una crítica de los testimoniantes, sino del género ‘documental sobre la dictadura’ realizado, hasta el momento, casi exclusivamente por esa generación, la de sus padres” (2015: 500).

8 Los testimoniantes que aparecen en *Los rubios* son, tal como aparecen en los créditos del filme: Alcira Argumedo, María Elena Caruso, Lila Pastoriza, Ricardo Carri, Jorge Carpio, Amalia Caruso, Vecinos del Barrio.

hacer hacen de ello. Como ha analizado Giorgio Agamben (2010), el testimonio presenta inevitablemente una “laguna”, un exceso en términos de LaCapra (2005): lo no-decible y lo imposible de testimoniar, lo inenarrable. Entre estos dos polos, el narrar y el no poder narrar, se mueve el género testimonial. Así, los televisores parlantes⁹ establecen un vínculo tripartito de actos de habla: la acción de los padres en los enunciados, la acción de los sobrevivientes y testigos que quieren hablar, y modificar el mundo con su acción verbal, y también la acción de la directora que elige mostrar a una actriz que trabaja con ellos. Todo un dispositivo de puesta en abismo que resalta el lugar de la acción como vínculo elegido para relacionarse con los padres y su generación, aunque en este caso, a través del cine como operativo político.

En segundo lugar, la situación de trabajo con las voces que se oyen, lejos de acallarlas, las transforman en creación. Se escribe con las palabras que nos recorren y constituyen: *Los rubios* habla de esta situación de enunciación, busca contar la vivencia de crecer sin los padres, con los relatos de sus compañeros y amigos, pero también intentando componer una cartografía más amplia, que no reduzca a los padres a sus miradas heroicizantes, sino que los ubique en el territorio en el que están, en la memoria presente. Albertina Carri utiliza las entrevistas testimoniales de los compañeros de militancia de sus padres para resaltar sus ausencias, recupera la desaparición y se corre en estos momentos del centro de la escena. Si la película habla del dolor y las secuelas emotivas, subjetivas, políticas e intelectuales de vivir sin los padres, en estas escenas testimoniales se fortalece su ausencia: se habla de ellos, se trabaja sobre lo que se dice de ellos, pero ellos no están. La interpelación es política. Si el enunciado del testimonio se ancla al pasado, recuperar la dimensión de enunciación permite vincularlos con el presente, exaltar la dimensión actual del relato y de la historia en los cuerpos que hablan de los que están y no están, y, por sobre todo, de los que escuchan y actúan en un tiempo actual.

Los testimonios del silencio: los vecinos, la sociedad cautiva

El mayor movimiento con respecto a la tradición del cine documental-testimonial se realiza con la exhibición de las entrevistas a los vecinos del barrio de

9 Utilizo esta frase para referir al procedimiento clásico del documental testimonial que presenta “cabezas parlantes”, es decir, recortes de entrevistas encuadrados en primeros planos. En este caso, Carri recurre a este procedimiento, pero lo mediatiza exponiendo su proyección en pantallas de televisores.

Hurlingham, donde la familia Carri Caruso se había mudado un tiempo antes del secuestro dentro del proyecto de proletarización organizado por Montoneros desde mediados de la década del 70 (Oberti, 2016; Calveiro, 2014). En estos casos, las entrevistas se realizan sin aviso a los testigos, es decir, no se les da información sobre los usos que se harán de ellas o se los convence bajo el pretexto de “una investigación para la universidad”, como oímos decir al equipo de filmación en las dos entrevistas a las vecinas. Esto expone una zona de desconcierto de los entrevistados quienes no confían, e incluso reflexionan metadiscursivamente sobre el hablar o el no hablar, sobre el miedo que se vuelve un recurso interesante para mostrar las huellas del pasado represivo en la actualidad del film, o mejor dicho, las persistencias de la represión en el cuerpo social.

Poco se ha escrito sobre los usos del testimonio en *Los rubios*, más allá de las críticas negativas que mencionamos. Menos aún se ha pensado el papel de estos otros testimonios en la articulación estético-política de la película, en tanto que el eje del debate estuvo signado por lo que decían o no decían, lo que se mostraba o no se mostraba de los testimonios de la generación de los padres. Sin embargo, la película de Albertina Carri comienza con una entrevista a una vecina del barrio de Hurlingham, quien dice no acordarse, pero a la vez identifica a Albertina Carri (“ya me acuerdo de vos”) en un *impasse* de memoria prontamente clausurado por el “no saber qué pasó”. Las dos vecinas entrevistadas en el film también participaron de la “generación de los padres”, tenían aproximadamente sus mismas edades en el momento de la detención y, de hecho, la primera entrevista cuenta que solía cuidar a Albertina y sus hermanas junto a sus propios hijos. La segunda entrevista mostrada corresponde a otra vecina, cuyos hijos también jugaban con las “chicas rubias”. En rigor, son dos entrevistas realizadas por separado, como se deja ver en el pedido del equipo de filmación para que cuente lo que ya había contado la primera vez que se acercaron a filmar. Esta señora ofrece un testimonio fundamental y corrosivo: cuenta el momento en que los militares entraron a su casa y ella “dio el dato” que permitió la captura de Carri y Caruso: “son tres nenas rubias, la señora es rubia, el señor es rubio, son todos rubios, cuando yo di ese dato, dijo: ‘Uy nos equivocamos’ y rajaron para allá”.

Este corpus de testimonios que Albertina Carri recolecta durante los años de gestación de la película, resulta central para entender el proyecto de la directora por varias razones. En primer lugar, expone una zona gris de la experiencia del terror concentracionario (Calveiro, 2014) que, de acuerdo con Primo Levi (2011), es un espacio tremendamente complicado donde se cruzan complicidades, privilegios, egoísmos, deseos de salvarse, responsabilidades, traiciones, e incluso colaboraciones con los victimarios. Esta zona de testimonios incómodos que expone

Los rubios habla de una tesis que se percibe como tema del film y que Albertina Carri resume en una entrevista realizada por María Moreno en la semana previa al estreno: “siempre pensé que lo que sucedió fue responsabilidad de la sociedad entera” (Carri en Moreno, 2003). Este gesto absolutamente político y disruptivo, mostrar los testimonios de los vecinos del barrio que denunciaron u olvidaron voluntariamente lo que pasó, ubica a *Los rubios* en una zona también gris del cine documental testimonial, al menos en relación con la tradición previa. Esto es así, en tanto moviliza a reflexionar no solamente sobre lo que el Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA) aspira a que se filme (es decir, lo que la generación de los padres necesita mostrar -los testimonios de los compañeros de militancia de los padres con afinidades y diferencias-),¹⁰ sino también sobre la otra parte de la historia, la de la misma generación que convivió literalmente con los militantes y estuvo de acuerdo, y hasta propició su detención.

La vecina morocha entrevistada recalca dos aspectos que hicieron que la familia Carri Caruso fueran percibidos como ajenos al barrio, diferentes: por un lado, afirma que, a pesar de que no fuera cierto como argumenta la hermana de Ana María Caruso y la propia imagen de Albertina Carri lo demuestra, eran “todos rubios”, focalizando en una señalización extrema de otredad, que dice bastante, a su vez, sobre el proyecto frustrado de los intelectuales, incluso antes de la violencia extrema de la represión estatal. Por otro lado, la señora recuerda el sonido de la máquina de escribir por las noches, que inmediatamente asocia con “los panfletos, los carteles, los rollos” que dice haber visto siendo cargados en camiones por los militares luego del secuestro. Dos imágenes del pasado afloran en este testimonio que se relacionan íntimamente con el presente de la producción y la observación. Lejos de propiciar la calma, la empatía o la piedad, *Los rubios* intenta de todas las maneras posibles distanciarnos y enfrentarnos con nuestras propias imágenes, con las imágenes de los otros testimonios sobre los padres, con las imágenes de la propia directora que interrumpen sagazmente las entrevistas para focalizar en aspectos dichos al pasar, que vuelven la mirada a lo íntimo, y potencian las contradicciones en el espectador impidiéndole caer en la trampa de la representación:

[Habla la actriz que hace de Albertina Carri, luego de la segunda entrevista a la señora que delató a los padres]

10 Me refiero a la carta que el INCAA envía al equipo de filmación de *Los rubios* para indicar que rechaza la propuesta inicial de solicitud de financiamiento y que Albertina Carri expone en la misma película.

...cuando le mostré a mi tía el testimonio de la señora, se puso a gritar: ‘mi hermana nunca fue flaca y nunca fue rubia’. Andrea decía: “Viste, yo les decía que la máquina de escribir se oía, ¿quién iba a tener una máquina de escribir en ese barrio?”. Paula se acordaba del piloto de mamá. Lo que yo recuerdo del barrio es al hombre de la bolsa y a mi amiga Rosita, una chica de la villa, que me enseñó a chasquear los dedos y que según mi abuela me contó me contagió los piojos. Insistió tanto con los piojos de Rosita que ahora la veo montada en su bicicleta con un piojo caminándole en la frente. Quizás se llamaba María, no sé.

Lo cotidiano del recuerdo amoroso de las hijas sobre la madre se expone para cortar de manera abrupta el drama inevitable de la escena anterior. Esto ha sido acusado de pose indolente por Martín Kohan (2004), como he comentado previamente. Sin embargo, me arriesgaría a afirmar que, de acuerdo con lo que ha dicho la directora en varias entrevistas, la idea es no clausurar lecturas, sino más bien potenciar la complejidad de una trama histórico-política-personal que debe resistirse a conclusiones tranquilizadoras del tipo “buenos y malos”. En palabras de Carri: “Yo había querido hacer algo que pensara todo el tiempo en el mecanismo de representación, que es lo que la mayoría de las películas sobre la memoria no piensan. Y lo que yo entendía es que esta también es una película en formato memoria, pero que no tiene que ver con la memoria de supermercado” (Carri en Moreno, 2003).

Asimismo, es importante señalar otro aspecto de esta zona de testimonios incómodos, los de los vecinos, que, hay que decirlo, Albertina Carri expone con mayor claridad y tiempo que el que le brinda a las entrevistas a los compañeros de sus padres.¹¹ Las entrevistas a los vecinos están construidas de modo diferente a las de los compañeros de militancia y familiares. Por un lado, los que preguntan, excepto algunas pequeñas excepciones como en el caso de la primera entrevista a la vecina que dice no recordar nada y, al mismo tiempo, la recuerda mencionándola en tercera persona, son otros integrantes del equipo de filmación, ni la actriz ni Carri. Por otro lado, igual que con las imágenes de los compañeros de los padres, tampoco aparecen nombres asociados a cada “cabeza parlante” (Moreno,

11 Por supuesto, no quiero decir que ese *corpus* de documentación testimonial sobre la intimidad y militancia de los padres no haya estado presente en la confección del guion y de la película, de hecho, esto es lo que se expone al hacerlos hablar mientras la actriz *hace* que trabaja y toma notas. Sin embargo, vale señalar, que las entrevistas a los vecinos se muestran de forma directa, sin mediaciones de pantallas o reformulaciones en palabras de la actriz, como si esas palabras ya estuvieran en ella, en su propia subjetividad.

2003), pero incluso en los créditos finales donde se listan los nombres propios de los entrevistados, estas vecinas y sus hijos, adultos y niños, son condenados al anonimato de la fórmula “Vecinos del Barrio”. “Barrio” con mayúscula y “vecinos” sin nombres: una pequeña venganza final que retuerce el hecho presente de que ellos, los salvados, tengan hoy cuerpos con nombres.¹²

Contra las linealidades simplistas que pretenden hacer de una comunidad una generación, *Los rubios* expone en los usos testimoniales de la voz las contradicciones que toda sociedad porta en sus entrañas y las reactualiza en el presente, visibilizando el acto de enunciación: desde dónde hablamos, qué voces nos habitan, qué se dice con o contra ellas, cómo nos posicionamos en la arena de lucha del lenguaje. En otros términos, quiénes están autorizados a testimoniar por el estado de una sociedad y cómo mostrar esas voces para resaltar la dimensión inenarrable de la experiencia del trauma personal y colectivo. Las entrevistas a los vecinos del barrio operan como contrapartida del otro corpus testimonial, insisten en las contradicciones y señalan la coyuntura en la que se produjo el secuestro, todo un haz de colaboraciones o silencios cómplices de una sociedad que, contra toda expectativa revolucionaria, se volvió cada vez más individualista.¹³

12 Llama la atención que no se haya considerado la importancia de esta zona en la película, puesto que si la crítica académica se ha escandalizado con el uso polémico de las entrevistas testimoniales de los compañeros de militancia de los padres, ¿por qué será que de esta zona ni siquiera hayan hablado? Salvo contadas excepciones, como Gonzalo Aguilar (2006) y Ana Amado (2009), los testigos de la zona gris cargan con el peso de la doble negación de sus nombres.

13 Esta zona habilita y requiere un análisis más profundo sobre la revisión que la directora hace la tesis sociológica planteada por su padre, Roberto Carri, en *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*, cuyo epígrafe funciona de epígrafe también en *Los rubios*. De acuerdo con Sergio Pignuoli Ocampo (2013), la crítica que Albertina Carri realiza es hacia la idea de poder colaborar en la construcción de la identidad de pueblo desde la dispersión primera que es la multitud. Esta estrategia política, que marcó la impronta de la misión de proletarización de Montoneros, es postulada en el ensayo de Roberto Carri, que analiza los modos de identificación de la masa rural campesina del Chaco con respecto a dos bandidos, a quienes logran ocultar por cierto tiempo, vehiculizando en sus figuras un rencor personal y social contra las formas de control y represión que el Estado históricamente manifestó hacia ellos. En su interpretación, Albertina Carri cuestiona el éxito del análisis del padre exponiendo, a través de las entrevistas a los vecinos, su fracaso. La directora, sin embargo, no se queda en la mera crítica, sino que va más allá, y en este aspecto, se cifra parte de la politicidad más creativa y sustancial de su documental, que desplaza el eje de la búsqueda perpetua del pueblo ajeno y se posiciona en una construcción agentiva y activa de comunidad. Así, los cinco integrantes del equipo de filmación recuperan la negatividad del atributo negativo (“la rubiedad”) y colocándose pelucas rubias, “un objeto de múltiples resonancias en la iconografía de la militancia” (Moreno, 2003), devienen en familia, comunidad de pares conformada por y para la filmación, proyecto de experiencia vital que produce y traduce experiencias.

Reflexiones finales

Si la experiencia consiste en la apropiación de la vivencia a través de la reflexión, el tiempo y la configuración de una voz que la pueda narrar en un contexto y con ciertos fines –encontrar un sentido a lo vivido, contarlo para otro y en lugar de otro–, la vivencia sería entonces su grado cero: la ausencia de voz en el pleno devenir de la acción, el mutismo, la imposibilidad de agenciar un tiempo para imaginar el acontecer en su misma situación. La configuración de la experiencia confluye necesariamente en el problema de la representación, implica imaginarse, decirse, nombrarse y establecer vínculos con otros, aliados o enemigos: devenir sujeto político. La experiencia tiene su correlato en la autoridad (Agamben, 2015), no en el conocimiento: configurar experiencia es construir una voz y una lengua, y, a la vez, comprender afectivamente al yo pasado para imaginar un yo futuro (LaCapra, 2005).

La apuesta de *Los rubios* consiste en atreverse a mostrar los huecos de la voz, los silencios de las voces, todo lo que el testimonio dice sin decir. En este sentido, ubicar a *Los rubios* como una película testimonial podría ser un significativo avance en la reflexión sobre el tema, siempre y cuando observemos cuál es el testimonio en tensión. La experiencia de una vida atravesada por la desaparición de los padres junto a la experiencia de hacer una película sobre la memoria, confluyen hacia el agenciamiento de la voz de una generación de hijos e hijas que debe lidiar con los fantasmas de la representación, pero elige –y exige– desplazar el eje del debate: de tema de enunciado a sujeto de enunciación. Transformar la vivencia en experiencia a través de la producción artística no solo recompone las inflexiones de la voz, sino que también funciona como procedimiento vital y comunitario, y actualiza los debates por los sentidos y las memorias en disputa en el terreno del presente. Como ha dicho Walter Benjamin, “lo viviente solo vence al vértigo del exterminio en el éxtasis de la procreación” (Benjamin, 2014: 124).

Si retomamos la hipótesis aproximada al comienzo del artículo, podríamos pensar la vivencia del 2001 como espacio entre dos coyunturas discursivas diferentes: la década del 90 (pero también la herencia de la dictadura cívico-militar) y las décadas posteriores de revisión del pasado en términos discursivos y simbólicos anclados en la reanudación de los procesos penales que permitieron juzgar –o volver a hacerlo– a los responsables de los crímenes de lesa humanidad de la última dictadura cívico-militar. Lo que señala *Los rubios*, como película fundante, es precisamente ese entre-lugar, el contacto y la superposición entre modos de vida y estados de discurso. En este caso, 2001 se ubica como un proceso de construcción, reconstrucción y resignificaciones no solo en términos de lo polí-

tico, sino también en el terreno estético. Un momento que propicia exploraciones que ponen el eje en el estrecho vínculo entre lo social y lo personal, rompen con tradiciones y proponen nuevos modos de discursos y configuraciones subjetivas.

En este sentido, considero que 2001 en términos estético-políticos se manifiesta como una zona de potencialidad de lo vital, entre el negacionismo y la revisión de la historia reciente, *entre* el olvido voluntario de las vecinas de Hurlingham y sus testimonios de memorias, entre una generación diezmada y otra generación que irrumpe en la escena pública para traerla al presente, *entre* el documental y la ficción, *entre* la tradición del cine político argentino y nuevos géneros en formación, *entre* la vivencia y la experiencia, *entre* la historia familiar y social, *entre* las filiaciones directas y los mecanismos de afiliación con la generación de los padres. Desde este *entre-lugar*, que es superposición de diferencias, hibridaciones y re-significaciones montadas en una misma escena, *Los rubios* irrumpe como una exploración estético-política que da cuenta de los mecanismos de construcción de la memoria hacia la experiencia y, a la vez, configura experiencias de memoria sobre el pasado y el presente.

Referencias bibliográficas

Agamben, G. (2010 [2000]). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III* (trad. A. Cuspinera). Barcelona: Pre-textos.

___ (2015). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia* (trad. S. Matoni). Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Aguilar, G. (2006). *Otros mundos. Un ensayo sobre el nuevo cine argentino*. Buenos Aires: Santiago Arcos.

Amado, A. M. (2009). “Política y estética: las mutaciones de un vínculo”, “El testimonio: Voces íntimas de la memoria social”, “Del lado de los hijos: memoria crítica y poéticas de identificación”. En *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires: Colihue.

Angenot, M. (2012 [1989]). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bacci, C. y Oberti, A. (2014). “Sobre el testimonio: una introducción”. En *Clepsidra*.

- Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, Dossier “Testimonios, debates y desafíos desde América Latina”, 1, pp. 6-13.
- Bacci, C. (2015). “Numeralia: ¿Cuántas voces guarda un testimonio?”. *Constelaciones*, 7, pp. 528-536.
- Benjamin, W. (1972a). “El París del Segundo Imperio en Baudelaire” y “Sobre algunos temas en Baudelaire”. En *Iluminaciones II. Baudelaire. Un poeta en el esplendor del capitalismo* (pról. y trad. Jesús Aguirre). Madrid: Taurus.
- ___ (1972b [1936]). “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”; “Pequeña historia de la fotografía”. En *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia* (pról. y trad. Jesús Aguirre). Madrid: Taurus.
- ___ (2014 [1928]). *Calle de mano única* (ed. y pról. Jorge Monteleone, trad. Ariel Magnus). Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Bonnet, A. (2015). *La insurrección como restauración: el kirchnerismo 2002-2015*. Buenos Aires: Prometeo.
- Bourdieu, P. (2013 [1981]). *Campo de poder, campo intelectual* (trad. A. Ezcurdia). Buenos Aires, Quadrata.
- Bugnone, A. (2006). *Crisis de representación política en Argentina a fines de los 90. Algunas vías de análisis* (Tesina de grado). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Disponible: <http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/title/crisis-representacion-politica-argentina-fines-90-algunas-vias-analisis/id/54774979.html>.
- Calveiro, P. (2014 [1998]). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Carri, A. (2007). *Los rubios: cartografía de una película*. Buenos Aires: Gráficas Especiales [Buenos Aires: 9º Festival de Cine Independiente, del 3 al 15 de abril del 2007].
- De Riz, L. (2008). “Argentina: entre la crisis y la renovación”. En AA.VV. *Cultura política y alternancia en América Latina*. Buenos Aires: Pablo Iglesias.
- Ferreira Rubio, D. (22 y 23 de noviembre de 2005). “¿Qué se vayan todos! La crisis argentina de 2001-2003”. Conferencia pronunciada en el *Seminario Internacional Gobernabilidad y reformas políticas. Nuevos desafíos para la democracia*. Guatemala. Disponible: <<http://www.deliaferreira.com.ar/index.php?view=ar>>

ticle&catid=38%3Agobierno&id=65%3Aique-se-vayan-todos-la-crisis-argentina-de-2001-2003&option=com_content>.

- Filippini, L. (2011). “La persecución penal en la búsqueda de justicia”. En *Hacer justicia. Nuevos debates sobre el juzgamiento de los crímenes de lesa humanidad en la Argentina*. Buenos Aires: CELS/CIJT/Siglo XXI.
- Gamerro, C. (2015). “Memoria sin recuerdos”. En *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Kohan, M. (2004). “La apariencia celebrada”. En *Punto de vista*, 78, pp. 24-30.
- LaCapra, D. (2005 [2001]). *Escribir la historia, escribir el trauma* (trad. E. Maren-go). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Longoni, A. (2010). “Fotos y siluetas: dos estrategias en la representación de los desaparecidos”. En Emilio Crenzel (comp.). *Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983-2008)*. Buenos Aires: Biblos.
- ___ (2011). “Tres coyunturas del activismo artístico en la última década”. En *Poéticas contemporáneas*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.
- Ludmer, J. (2012). *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Moreno, M. (19 de octubre de 2003). “Esa rubia debilidad”. En *Radar*, Página/12.
- ___ (23 de marzo de 2007). “El libro de ésta”. En *Las 12*, Página/12.
- Muñoz, A. y Retamozo, M. (2012). “Kirchnerismo: Gobierno, política y hegemonía”. Trabajo presentado en *VII Jornadas de Sociología de la UNLP*, 5 al 7 de diciembre de 2012, La Plata. Disponible: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2215/ev.2215.pdf>.
- Oberti, A. (2009). “Lo que queda de la violencia política. A propósito de archivos y testimonios”. En *Temáticas, Dossier “Memorias de la Represión en América Latina”*, 34.
- ___ (2016). “Apuntes para una discusión sobre la memoria y la política de los años 60/70 a partir de algunas intervenciones recientes”. *Sociohistórica*, 38.

- Oberti, A. y Pittaluga, R. (2011). *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Santa Fe: María Muratore.
- Said, E. (2004). *El mundo, el texto y el crítico* (trad. R. García Pérez). Barcelona: Destino.
- Santiago, S. (1978). “O entre-lugar do discurso latino-americano”. En *Uma literatura nos trópicos*. Sao Pablo: Perspectiva
- Sarlo, B. (2005). “Posmemoria reconstrucciones”. En *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Scott, J. (2001). “Experiencia”. En *La ventana*, 13. Disponible: <<http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/laventan/Ventana13/ventana13-2.pdf>>.
- Spivak, G. (2011). *¿Puede hablar el subalterno?* (trad. J. Amícola, ed. revisada y apostillada por M. Topuzian). Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Walsh, R. (1994 [1970]). “Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política”. Entrevista de Ricardo Piglia a Rodolfo Walsh. Marzo de 1970. En Baschetti, R. (comp. y pról.) *Rodolfo Walsh, vivo*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

EL DISEÑO GRÁFICO EN EL ÁGORA CONTEMPORÁNEA: CULTURA DE LA RESISTENCIA Y POLÍTICA EN LA CRISIS ARGENTINA DEL 2001

María Laura Nieto (FADU-IDAES)

Introducción

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el estallido social del 2001 irrumpió visibilizando múltiples manifestaciones políticas, culturales y artísticas: carcerolazos, asambleas en los barrios, intervenciones en el espacio público, club del trueque, fábricas recuperadas. Reveló, también, a distintos actores: ahorristas, asambleas barriales, movimientos de trabajadores y desocupados, colectivos varios: gráficos, audiovisuales, artísticos, periodísticos.¹ Como muchos científicos sociales han señalado, la hegemonía del bloque de poder se puso en cuestión y esto permitió el retorno de la política a las calles con el advenimiento de múltiples reclamos colectivos protagonizados por gran cantidad de organizaciones y de trabajadores (Basualdo y Kulfas, 2002; Svampa 2005; Romero, 2003). El diseño gráfico se expresó en el espacio público: las paredes, calles y plazas fueron intervenidas al tiempo que algunas eran recogidas por los medios de comunicación tradicionales como noticieros de televisión, radios o diarios. Estas intervenciones manifestaron protestas, declaraciones o simplemente opiniones. Una fragmentada

1 Es interesante notar cómo la crisis provoca la aparición de nuevos términos para nombrar situaciones o actores sociales que hasta entonces no eran identificados como tales, véase Nieto (2008). También, cabe señalar que, si bien en este artículo se analizan los colectivos gráficos y artísticos que actuaron en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el Gran Buenos Aires y el Interior del país se produjeron saqueos a supermercados. En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, debido a la dinámica propia de ser una gran ciudad –capital de la Nación– el conflicto adquirió, no obstante, características propias.

producción comunicativa se volcó al espacio público, convocada por aquella escena de caos e incertidumbre.

Durante los 90, con la apertura económica y el creciente desarrollo tecnológico (esto es, el comienzo masivo de la autoedición a partir del uso de computadoras, la llegada de internet, la administración de sistemas y datos), las prácticas del diseño gráfico habían acompañado el mercado de bienes y servicios y su necesidad de crear mensajes visuales y audiovisuales aplicados a identidad de empresas, corporaciones y multimedios de comunicación, entre otros. La irrupción de la crisis económica, social y de gobernabilidad hizo que este predominio laboral del diseño en el mercado de bienes y servicios se quebrara. A partir de la crisis, se generaron entonces las condiciones de posibilidad para una reflexión urgente, para un modo diferente de decir, para la visibilización masiva de prácticas y producciones culturales que pedían por la justicia social.

Aunque siempre hubo formas gráficas de hacer política en las calles, las acciones, los recursos y las retóricas desplegadas en torno a 2001 adquirieron gran singularidad. La puesta en escena del cuerpo vehiculizaba una fuerte afectividad, un deseo de participar e incidir en los asuntos políticos más allá de las estructuras de representación tradicionales. Los diseñadores y diseñadoras utilizaron recursos y procedimientos simples, de bajo costo, fácilmente replicables, entre la producción espontánea, material y digital, desde donde agenciaron sus narrativas en la interacción social para gestionar sus formas de comunicar. Esta capacidad en la acción les dio fluidez de movimiento y ocupación: mediaron entre otras prácticas sociales, organizando las tácticas culturales en una nueva invención de lo cotidiano (De Certeau, Giard y Mayol, 1999). Durante el tiempo libre, desidentificándose del régimen reglado por las normas del trabajo organizado dentro del mercado laboral, utilizaron recursos, lenguajes y procedimientos, provenientes del diseño y del arte para expresarse y experimentar. Tomaron la palabra y trazaron sus posiciones en la materialidad discursiva (Pécheux, 1978).

En investigaciones previas, estudié una serie de colectivos gráficos y artísticos articulando el diseño gráfico como campo de saber en consonancia con ciertos procesos socioculturales recientes (Nieto: 2008; 2012; 2013; Siganevich, Nieto: 2017). Si bien diferentes entre sí, los casos que fui analizando me permitieron rastrear rasgos comunes. En la particular reacomodación de fuerzas entre sectores populares y clases medias, las producciones dieron una especial valoración a lo colectivo y a la autogestión para configurar mensajes sociales, con la aparición de proyectos culturales que daban respuesta a necesidades y demandas desde donde se construían valores de solidaridad y cooperativismo. Este estallido de produc-

ciones colectivas se dio en primera instancia en las calles y también funcionó al interior de la dinámica de acción de algunos grupos; luego, circuló en un proceso expansivo de democratización de los bienes culturales, posibilitado por internet y las nuevas tecnologías en red que por entonces despuntaban.² Los discursos ambivalentes y hasta contradictorios que desde distintos posicionamientos reclamaban por el trabajo digno, la educación pública, los derechos humanos, la defensa del medioambiente, las problemáticas de género o las diversas formas de construir ciudadanía fueron moneda corriente, a la vez que adquirieron cada vez más legitimidad enunciativa dentro de esta matriz de pensamiento que adoptaba una retórica antineoliberal.

Este artículo se concentra en cuatro casos diferentes de producciones gráficas realizadas entre 1999 y 2009. Un arco de tiempo amplio, pero que por eso mismo da cuenta de que la crisis del 2001, lejos de resumirse a un episodio aislado, puede pensarse como un acontecimiento que involucró múltiples temporalidades. Se observará cómo cada una de ellas hace carne ciertas preocupaciones sociales, identifica los conflictos y responde mediante una gestión particular de diseño. Apropia y resignifica otros relatos históricos con el fin de discutir cuestiones de la identidad nacional hasta ese momento inamovibles, alentando la relectura de un pasado contracultural e incitando hacia un nuevo horizonte emancipatorio. Las narrativas de las cuatro obras presentadas oscilan entre la utopía nunca acabada de una revolución nacional ideal, remontándonos a los acontecimientos de 1810; el relato épico de la lucha por el trabajo digno como factor de cambio social y su condensación en la figura del héroe; el cuestionamiento a la institucionalización de la cultura patriarcal y sus normativas; y, por último, las madres como protagonistas de la lucha y el conflicto social. Respectivamente los casos estudiados son “La hora desesperada del desastre” (1999), de La Mutual Art-Gentina; “Darío y Maxi. Trabajo, dignidad, cambio social” (2002), del Taller Popular de Serigrafía; “Mujer Colonizada” (2004), de Mujeres Públicas y “Amar, Luchar, Vivir” (2009), de Onaire.

En general, las producciones de los colectivos evidenciaron una gran hibridez de géneros. Esta hibridez de los lenguajes puede pensarse en relación a la performatividad de los cuerpos, a la fuerza afectiva de la acción movilizadora desde la experiencia vital y cierto impulso de rebeldía. Sin embargo, en esta ocasión, se presentan producciones que pueden ser consideradas, aún en sus especificidades, como variantes del género afiche. En algunas, las más cercanas al activismo, bajo

2 Es interesante mencionar la aparición de redes alternativas de información participativa en la web como Indymedia o Lavaca.

el concepto de antiafiche o acción gráfica, lo que implica que el afiche es realizado a partir de una acción situada, pensado para que adquiera allí su sentido a partir del efecto no esperado de interpelar a quienes lo miren en su paso por el lugar. Es decir, marca y busca provocar o movilizar, desde la empatía, en el contexto mismo de la intervención, creando narrativas en las que resuenen imaginarios sociales, culturales e históricos compartidos.

Si bien los cuatro grupos son diferentes entre sí, además de encontrarse en una particular trayectoria al momento de producir las piezas, interesa mirarlos en conjunto. Esta puesta en conjunto permite reflexionar acerca de cómo las producciones gráficas propuestas, de fuerte marcas afectivas, presentaron cierta expresión de sí en la interacción social y buscaron difuminar los límites entre lo público, lo privado, lo individual, lo colectivo, el trabajo profesional y la vida cotidiana. En una sociedad que reclamaba la creciente necesidad de comunicar de un modo diferente y por fuera del flujo de los medios hasta entonces tradicionales, estas nuevas producciones gráficas fueron parte de la emergencia de una capacidad expresiva original.

El diseño gráfico en el ágora contemporánea: la exigencia de configuración política y el valor del “diseño de sí” en la escena pública

A partir de los años 80 en las democracias occidentales, que en la Argentina tuvieron la particularidad de la restauración democrática, la pluralidad de voces expresivas y públicas de las conflictividades sociales se hicieron cada vez más visibles. En calles, paredes, carteles, incluso medios de comunicación, el espacio entre la contracultura y un renovado activismo fue modelando todo tipo de formaciones estéticas con características propias: los movimientos de protesta anti-capitalista o antiglobalización durante los 90, las acciones feministas que ya desde el feminismo radical argumentaba “lo personal es político”, la creciente proliferación de grafitis³ callejeros entre otros (Nieto: 2013). Esta creatividad puesta en juego en el diseño de dispositivos comunicacionales no parecía querer hacer la revolución o tomar el poder, sino manifestarse como expresión de una diferencia

3 Según Kosak (2004), *graffiti* es una palabra italiana utilizada internacionalmente sin variante entre plural y singular. Sin embargo, *graffitis* se refiere al uso corriente y extendido que en nuestro país no respeta la relación gramatical de número del original italiano ni la estandarización en una única variante para singular y plural.

al interior de la cultura dominante. Surgidas de la autorganización y en muchos casos de la acción colectiva, aun con sus distintos componentes identitarios, se trataba de nuevas formaciones culturales que problematizaban diversos asuntos derivados de la globalización del capital financiero, las multinacionales y la concentración del poder mundial. En un mundo cada vez más globalizado estos fenómenos y actores consolidados durante los 90 fueron cuestionados como modelos de exclusión y pobreza.

Al hablar de las economías capitalistas globales el sociólogo alemán Beck ([1986] 1998) señaló que los bienes derivados de la producción de la riqueza en la sociedad tecno-industrial vienen acompañados de problemas y conflictos de los que nadie queda exento. Afecta tanto a sectores vulnerables como a sectores poderosos. El 11 de septiembre del 2001 sucedió el atentado a las Torres Gemelas y devino “espectáculo” mediático global. Los acontecimientos fueron leídos (en parte) como la amenaza del peligro constante en un mapa geopolítico deslocalizado. Preguntándose por lo incomprensible del atentado el propio Beck (2001) decía que ante la desaparición de las distinciones y las fronteras que hasta entonces representaban nuestra visión del mundo el atentado inauguraba un nuevo capítulo de incertidumbre.⁴

Después de tres meses del atentado, en diciembre, la crisis Argentina también tomó la dimensión de una traumática noticia internacional. Las formas de alzar la voz en la calle, en el espacio público, tomaron cada vez más relevancia y la necesidad de una nueva exigencia expresiva alcanzaba las esferas del diseño y del arte. Los diseñadores, las diseñadoras y artistas accionaron desbordando los esquemas disciplinares tradicionales y complejizaron su acción al ritmo del desarrollo de las nuevas tecnologías que permitían cada vez más la autoedición y la recirculación de lo narrado.⁵

4 El mismo Beck ([1986] 1998), al hablar de la sociedad del riesgo señalaba que, con la caída del Muro de Berlín y la ruptura del orden hasta entonces bipolar, la retórica de la globalización había pasado a exigir una configurabilidad política en la que todos los actores debían dar respuesta en ese mismo ámbito y donde estas respuestas ya no podían seguir el viejo esquema derecha-izquierda de la práctica política. Vale la pena recordar que por entonces resonaba el debate acerca de las sociedades posindustriales bajo la noción de lo posmoderno (Lyotard, 1979). Más tarde desde los estudios culturales, García Canclini (2010) discurría acerca de la deslocalización y las cultura híbridas, y Hall y du Gay (2003) debatían acerca de las identidades culturales y sus significados en las formaciones sociales contemporáneas.

5 Durante las primeras décadas del siglo XXI, se visibilizaron en la escena internacional varias crisis que supusieron la irrupción de movimientos sociales de nueva índole. Pese a su diversidad cultural, fenómenos como la crisis en Grecia, el Movimiento 15-M (también llamado “movimiento de los

Por entonces, la tecnología digital en red se expandió a un ritmo vertiginoso y la escena artística y social se fue complejizando. Boris Groys (2014) señala que con el vertiginoso desarrollo de los medios visuales la escena contemporánea pasó del consumo a la producción masiva: el mayor acceso a los dispositivos para la producción de imágenes combinado con el uso de las plataformas de distribución en internet favoreció la idea de que todos nos convirtamos en artistas, y que debamos asumir la responsabilidad estética y política del “diseño de sí” frente al mundo. Una nueva ágora para el público internacional y, especialmente, para la discusión política.

Si en la antigua ágora griega la visibilidad suponía la presencia en vivo, en el ágora contemporánea cada persona, no solo “el artista”, debe establecer su propia imagen en el contexto de los medios sociales. Groys problematiza este nuevo espacio en el que la actitud estética pierde relevancia frente a la función poética, pues:

Cualquiera que quiera ser una persona pública e interactuar en el ágora política internacional contemporánea debe crear una persona pública e individualizable que sea relevante no solo para las elites políticas y culturales. El acceso relativamente fácil a las cámaras digitales de fotografía y video combinado con Internet —una plataforma de distribución global— ha alterado la relación numérica tradicional entre los productores de imágenes y los consumidores. Hoy en día, hay más gente interesada en producir imágenes que en miraras (Groys: 16).

En el ágora contemporánea asistimos a un escenario fragmentado en el cual el arte —y, puede pensarse también, el diseño y sus prácticas culturales— entró en una nueva era: la de la producción artística masiva. De este modo, según el autor, se alteraron los criterios que utilizamos para reconocer qué es arte y qué no lo es, así como la relación tradicional entre productores y espectadores. Hoy nos vemos todos obligados al “diseño de sí” en la manifestación pública del yo. Luego de la muerte de Dios, anunciada ya por Nietzsche a fines del siglo XIX, el diseño se volvió el medio del alma, la revelación del sujeto. Bajo un régimen de antidiseño

indignados” en España), la Primavera Árabe u *Occupy Wall Street* (EE. UU.), parecieron compartir un mismo rasgo: vinculados a la emergencia de estas nuevas tecnologías de la comunicación en red como internet y a una nueva forma de circulación de las ideas basada en la “autocomunicación de masas”, se encaminaban a explorar el sentido de la vida más que a tomar el poder del Estado (Castells: 2012). Los casos de las fábricas recuperadas por sus trabajadores en la Argentina merecería, por supuesto, un desarrollo específico que aquí no es posible realizar.

de vanguardia, los consumidores deben asumir la responsabilidad por su propia apariencia y por el diseño de sus vidas cotidianas. Cada uno, plantea Groys, se vuelve artista/diseñador y este autoposicionamiento implica asumir una responsabilidad ética, política y estética con el propio entorno que no admite una posición contemplativa y exterior.

Durante la crisis, entre las calles, las plazas, pero también, entre las imágenes que devolvían los medios masivos tradicionales y las imágenes que los medios digitales e internet facilitaban, distintos actores se vieron obligados al “diseño de sí” para comunicar de otra manera y formar parte de la opinión pública. La hipótesis de este artículo es que este entorno de crisis obligaba a tomar posición política en el ágora pública; y los colectivos y sus producciones visuales, mediadas por las nuevas tecnologías digitales, configuraron un sujeto y una cultura política legítima desde donde interpelarla.

Política de la cultura: el retorno de la política a las calles

Si durante los años 90, en la Argentina, la sensación generalizada fue la eliminación de la política, con el retorno de la política a las calles (Svampa, 2005) advino un nuevo espacio social. La acción cultural de colectivos gráficos se sumó entonces a movimientos, fábricas recuperadas, o simplemente, autogestionó un lugar en el decir colectivo. De este modo, circuló y se legitimaron los bienes culturales simbólicos impregnados de un fuerte anclaje en lo nacional, en el sentido de un desacuerdo.

Para Rancière (2010), lo propio de la política es la distorsión dada por la irrupción del principio de igualdad que instituye la comunidad política como comunidad de litigio. Pero no se trata solo de la conciencia y expresión de un sí mismo que afirma lo propio sino, sostiene el autor, de la ocupación del lugar donde el *logos* define otra naturaleza que la *phoné*. Algunos años antes de la crisis, hubo otras manifestaciones y conflictos en las calles como las puebladas (el Santiago, el Cutralcazo) o los escraches de HIJOS. Sin embargo, estas expresiones aún eran esporádicas y daban cuenta de la imposibilidad de establecerse con un significado explícito y consensual frente a la mayoría de la sociedad. El efecto de consenso sucedió con el estallido de la crisis del 2001. El espacio público y la toma de las calles se volvieron un fuerte significante de construcción social, intersubjetivamente percibido y compartido en la presencia directa, aunque también, debido a la amplificación de los medios, con quienes no se veían involucrados directamente en la acción. De la producción a puertas cerradas se generalizaron

prácticas colaborativas y ello desencadenó una suerte de onda expansiva de microrrelatos en imágenes.

Los colectivos gráficos y artísticos estaban formados principalmente por sectores de clase media, estudiantes o profesionales, que ponían en juego saberes que habían sido transmitidos o eran socializados dentro de distintas instituciones educativas públicas.⁶ Se movilizaban autoconvocados desde una sensibilidad afectiva del disenso y de la resistencia frente a las consecuencias del modelo excluyente del neoliberalismo y la globalización, y sin otro tipo de mediaciones, es decir, yendo más allá sus límites profesionales e institucionales y reubicando su hacer a la par de otros grupos sociales movilizados. Pero, además, de los problemas del día a día, se cruzaban también diferentes tradiciones y memorias culturales que atravesaban las conflictividades sociales, como si se tratase de luchas y heridas anteriores aún no resultas. En ellas, emergían discursos asociados a condiciones de ciudadanía, a la denuncia de los crímenes contra derechos humanos cometidos en el pasado reciente y, especialmente, a la reivindicación del trabajo, en un ideal asociado al estado de bienestar, de fuerte impronta peronista. La lucha por el trabajo, en contrapartida al fantasma del desempleo, aparecía entonces como un eje central en sus diferentes formaciones discursivas.

A continuación, analizo cuatro producciones que se vinculan con estos posicionamientos desde donde se fue produciendo una nueva subjetivación política y desde donde fue conformándose este “diseño de sí” en el que se proyectaron imaginarios y nuevas identidades. Cada producción recurre a poéticas diferentes, aunque, como se verá, mantienen una común voluntad de exponer en la escena pública un posicionamiento alternativo.

La primera pertenece al grupo La Mutual Art-Gentina, un colectivo creado por artistas, diseñadores y diseñadoras antes del año 2001. Su trabajo hace referencia al contexto político de la acción y articula la mirada histórica. En esta “acción gráfica” inmediatamente anterior a la crisis, realizada en 1999, lanzaron a las calles una serie de afiches en donde la palabra es protagonista, vinculándola a la literatura rupturista de tradición local. Se trata de afiches impresos sobre papel y creados sin un comitente, es decir, sin un encargo. Fueron exhibidos en serie en las paredes de la ciudad, fuera de las instituciones artísticas, al modo de los afiches políticos y publicitarios tradicionales, pero subvirtiendo el mensaje en el cruce entre gráfica y poesía. Este grupo estuvo formado por artistas de renombre,

6 El análisis de estos colectivos gráficos y artísticos surge de las entrevistas que realicé con varios de ellos, varias fueron compiladas en Nieto y Siganevich (2017).

muchos de ellos con una larga trayectoria y antecedentes directos en la actividad política, como por ejemplo: Juan Carlos Romero, Hilda Paz, Diana Dowek, Eduardo Medici, Alfredo Saavedra, entre otros (Fig. 1).



Fig.1: “La hora desesperada del desastre” (1999), La Mutual Art-Gentina. Afiche acción. Pegado en distintos lugares de la Ciudad de Buenos Aires en 1999. Foto: Alfredo Saavedra.

En este caso, “La hora desesperada del desastre” es del diseñador Alfredo Saavedra, uno de los integrantes del grupo. Si bien se trata de un colectivo, cada uno firma su intervención. El texto funciona como cita poética, como texto y como imagen. Apropia y re-contextualiza un pasaje de la novela *La revolución es un sueño eterno* (1987), de Andrés Rivera. El protagonista de esa obra es Juan José Castelli, uno de los integrantes de la Primera Junta, quien, ya confinado en su casa y alejado del hombre político que supo ser, siente la necesidad de decirlo todo. En este resonar de voces, Saavedra adopta la voz de Rivera, quien, a su vez, adopta la voz de Castelli.

En la lectura, repercute entonces un imaginario común del pasado argentino: los conflictos y los sueños que insistentemente parecen interpelarnos y no llegan a destino, incluso desde los turbulentos días de la Revolución de Mayo de 1810. La identidad nacional es proyectada desde el presente hacia atrás, evocando las distintas crisis y luchas, los conflictos irresueltos siempre presentes en nuestra historia y que parecen repetirse como una utopía inacabada desde aquel acon-

tecimiento revolucionario en el que nace nuestro país. Realizado dos años antes del estallido de la crisis, al ser leído después adquiere un nuevo sentido en su proyección temporal. Este colectivo no tiene un sitio web propio, tal vez por la conformación heterogénea y por tratarse de actores de más edad que tuvieron una larga trayectoria en relación a la acción política en la Argentina.

Otro de los grupos de artistas y diseñadores que participó en el contexto de los movimientos y las luchas sociales con imágenes que procuraban testimoniar el momento y el lugar donde la protesta se desarrollaba utilizando recursos de reproducción de imágenes como la serigrafía fue el Taller Popular de Serigrafía (2002- 2007). Su trabajo “Darío y Maxi” es también una visualidad en la que sus autores buscaron la articulación con el contexto político, entendiendo el “poner el cuerpo en acción” como una práctica cultural de la vida cotidiana. Se trata de una imagen realizada en pleno momento de conflictividad social, que surge de la interacción entre distintos actores en el espacio público; es decir, de sus mediaciones culturales en los acontecimientos.⁷ Aquí el uso de la palabra también es central para reforzar la significación situada del afiche (Fig. 2).

En la combinación de elementos significantes (la imagen, las figuras de Darío y Maxi agitando la bandera, los textos escritos “Darío y Maxi presentes” y “Trabajo, dignidad, cambio social”, y los actores en el contexto de la jornada cultural conmemorativa) se delinean los contornos de una experiencia intersubjetiva, de fuerte copresencia social. De este modo, se activa un complejo juego entre la visualidad, las instituciones, los discursos, los cuerpos y la figuralidad (Mitchell: 2009). En este afiche, que hibrida discursos propios del grabado, la pintura y el activismo, los dos personajes son identificados con las figuras alegóricas de héroes, pues condensan la lucha por el cambio social. El dispositivo narrativo activa en la memoria otras imágenes de lucha y emancipación características de Occidente: la lucha por la dignidad del trabajo es presentada como la potencia del cambio social (Nieto: 2014).

Del mismo modo que en el caso del afiche de La Mutual Art-Gentina, la circulación de la obra tuvo lugar por fuera de los espacios de la mirada organizados institucionalmente. Con la particularidad de que en ella se diluye la noción de autoría, pues la obra pertenece al colectivo. La imagen circuló en el ágora pública,

7 La imagen refiere a Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, dos jóvenes activistas que por entonces militaban en el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) y que fueron asesinados a quemarropa, y frente a las cámaras de un canal de televisión, por agentes de la policía el 26 de junio de 2002 en una protesta social que se conoció como la Masacre del Puente Pueyrredón.



Fig. 2: "Darío y Maxi. Trabajo, dignidad, cambio social" (2002). Taller popular de serigrafía. Afiche sobre papel impreso y pegatineado en la jornada cultural realizada en el Puente Pueyrredón a un mes de los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, 26 de julio del 2002.

en un momento de fuerte conflictividad social, construyendo activamente la realidad social y difundiendo su lógica de resistencia al modelo neoliberal.

La mayoría de las obras del Taller pueden visitarse en su blog y en una serie de ediciones gráficas que el grupo realizó, también publicadas en su sitio web. Además, esta y otras obras del Taller Popular de Serigrafía han sido exhibidas posteriormente en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA) o el Centre Régional d'Art Contemporain Montbéliard en Francia, por ejemplo.

Mujeres Públicas es un grupo feminista de activismo visual que comenzó sus acciones en 2003 y aún continúa en acción. Eligieron este nombre como un juego de contrasentido entre lo que se supone que es el espacio público y el espacio privado. Venían de otras militancias políticas, pero decidieron formar Mujeres Públicas para decir, a partir de proyectos visuales creativos sus preocupaciones como mujeres, atravesadas por la experiencia, por el deseo. De este modo, combinan las experiencias adquiridas en espacios de militancia lésbico-feminista o en HIJOS, entre otras, con herramientas visuales y comunicacionales híbridadas del arte, el diseño, el grabado o la publicidad. Recurren al humor y la ironía como manera de fomentar la reflexión.

“Mujer colonizada” es un antiafiche (así lo denomina el grupo, porque busca funcionar en contraposición al afiche publicitario de vía pública) que responde a una acción realizada en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en 2004. Impreso sobre papel en blanco y negro, realizado a modo de *collage* con fotografías, dibujos a línea y textos, propone una lectura que demanda más atención que el simple golpe de vista. En este caso, hay que acercarse para poder leer la letra pequeña. La obra polemiza con humor sobre tres estereotipos de mujeres y, con ello, dispara contra los mandatos patriarcales, asociándolos a la colonización de América. La Santa María, La Niña y La Pinta caracterizan de manera burlona a estos tres estereotipos que definen cómo las mujeres deben comportarse para ser buenas, niñas y bellas. Estos mandatos refieren al ámbito eclesiástico y sus enunciados prohibitivos y sacrificiales, a aquello que la educación prohíbe hacer a las niñas, y a los parámetros obligados de belleza propios del discurso publicitario, respectivamente. Se trata de una producción en la que temporalidad y espacialidad inciden en la construcción de sentido (Fig. 3).

Si bien sus producciones no tienen que ver directamente con los conflictos económicos y políticos de la coyuntura, es interesante notar cómo esta pieza



Fig. 3: “Mujer colonizada” (2004), Mujeres Públicas. Ciudad Autónoma de Buenos Aires durante 2004.

converge con otras discursividades: las que tomaron posicionamientos ideológicos emparentados al apelar a una memoria histórica que traía a ese presente las polémicas sobre el modo en que se institucionalizó la civilización occidental. Es decir, que en esta discursividad visual subyacía una configuración identitaria progresista que problematizaba la colonización en América (Nieto, 2012). El grupo subió sus producciones a la Web para que pudieran ser reapropiadas y reproducidas en cualquier otro lugar del mundo

El último afiche corresponde al colectivo Onaire, formado en 2007 por diseñadores gráficos en actividad. Aunque el grupo no surgió en la coyuntura del 2001, sino posteriormente, en su conformación resuenan los ecos de la crisis. No precisamente por la salida inmediata a la calle, sino por el modo con el que indagan en las formas de intervención colectiva. El colectivo se forma a partir de la experiencia docente y de la necesidad de “soltar” y compartir historias. En la tradición de los afichistas políticos y de artistas plásticos latinoamericanos como Felipe Noé, Diana Dowek o el arte precolombino, consolidaron un estilo propio. Ligado a la dinámica de producción del “guiso gráfico”, como llaman al *collage*: cada uno dice lo suyo para después juntarlo en una composición y aunar así una voz colectiva.

En el afiche “Amar, luchar, vivir”, abordan la lucha piquetera con perspectiva de género. La figura central de la Madonna piquetera —basada en la imagen de una Madonna de la artista Diana Mendoza y otras imágenes de un archivo digital— pone en cuestión cómo lo privado y el ámbito de la vida cotidiana intervienen en lo público (Fig. 4). Y lo hace tanto por las figuras centrales de la virgen-madre y el niño con el pañuelo tapándoles la cara, como por el relato poético de los textos. En el aura de esa virgen-madre puede verse escrito el título de la obra: “Amar, luchar, vivir”, y más oculto hacia uno de los márgenes, aparece reproducida la última estrofa del poema de Mario Benedetti “Si Dios fuera una mujer” (Fig. 5)

En este “guiso gráfico”, la combinación de elementos significantes como el pañuelo, la pose, el niño y la flor redimensiona la lucha entre distintos juegos de roles: lo divino y lo mundano, lo privado y lo público, lo masculino y lo femenino. Esa mujer, madre, santa cuestiona las tareas de cuidado que se suponen propias de la vida íntima y privada de las mujeres para expandirla al ámbito de lucha en el espacio público. El pañuelo que cubre el rostro suele asociarse a la figura masculina en lucha más que a la de la mujer. El afiche alude así a una cuestión clave en el transcurso de las transformaciones sociopolíticas y de construcción de identidades en el mundo popular: el rol de la mujer como luchadora y trabajadora social. Según Svampa (2005), las mujeres debieron asumir importantes

Fig. 4: "Amar, Luchar, Vivir" (2009), Onaire. Afiche, serigrafía sobre papel. El afiche fue presentado en la convocatoria "Cambiando la percepción de los roles de género en América Latina a través del diseño" como una manera de desnaturalizar la mirada anclada en problemáticas del presente social y cultural local.



**¿Y SI DIOS FUERA UNA MUJER?
PREGUNTA JUAN SIN INMUTARSE**

**VAYA VAYA SI DIOS FUERA MUJER
ES POSIBLE QUE AGNÓSTICOS Y ATEOS
NO DÍJERAMOS NO CON LA CABEZA
Y DÍJERAMOS SÍ CON LAS ENTRAÑAS**

....
**AY DIOS MÍO DIOS MÍO
SI HASTA SIEMPRE Y DESDE SIEMPRE
FUERAS UN MUJER ←A
QUÉ LINDO ESCÁNDALO SERÍA
QUÉ VENTUROSA ESPLÉNDIDA IMPOSIBLE
PRÓDIGIOSA BLASFEMIA.**

Fig. 5: Imagen que ilustra el poema, parte del proceso de diseño de la obra.
Foto: Gabriel Mahía.

responsabilidades en el interior de las organizaciones piqueteras: más de la mitad de los adherentes y militantes eran mujeres, y sobre ellas reposaba gran parte de la organización administrativa y laboral, así como la tarea de contención afectiva e ideológica.

A lo largo de su trayectoria, Onaire ha participado de distintas escenas. Han organizado talleres, realizado exposiciones en espacios e instituciones artísticas y también murales, como en el caso del realizado con los niños del Hospital Garrahan, o con estudiantes de diseño en contra de la violencia de género. La mayoría de las producciones del colectivo pueden verse en su sitio web y en sus redes sociales.

Estos cuatro casos son solo algunos ejemplos de cómo los colectivos gráficos diseñaron sus propios dispositivos de imágenes para intervenir en las formas tradicionales de comunicar. En este hacer, compartieron sus experiencias, códigos y valores, dieron a conocer su voz en la sociedad, interpelando a muchas otras voces que resonaban afines. En el contexto de la crisis del 2001, la idea de configurarse como un “sujeto político” en comunidad aparecía, en definitiva, como una alternativa al vacío del Estado y las instituciones. Los colectivos gráficos con sus prácticas autogestivas problematizaron el presente desde una lógica de resistencia colectiva y expusieron su producción en el ágora pública buscando legitimarla.

Reflexiones finales: una nueva cultura de la política

Foucault dice que “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (1992). Los colectivos gráficos no pretendieron tomar el poder del Estado pero sí incidir en el rumbo político del país. Mediante la performatividad de los cuerpos, de los lenguajes visuales, en la acción, en el estar junto al otro, imaginaron y dieron vida a nuevas narrativas que trajeron al presente un pasado compartido de luchas y heridas abiertas.

La tecnología digital, que ya permitía la autoedición a precios accesibles, favoreció la fluidez de movimiento de estas narrativas y la rápida circulación y replicación de toda esa información. La utilización de recursos tradicionales de rápida salida a la calle como la serigrafía o el estencil se combinó con el incipiente crecimiento de internet, las computadoras, los programas de diseño, las impresiones de bajo costo, las cámaras digitales de pequeño formato, la telefonía celular (aunque aún no era smart). Así, los colectivos actuaron en correspondencia

a la emergencia de un modo diferente de gestionar la información social y la circulación de los bienes culturales gracias a la tecnología digital de fácil acceso (Ledesma: 2015). Quienes antes, en las estructuras tradicionales de los medios de comunicación, eran solo usuarios o destinatarios de signos ahora podían convertirse en productores.

Surgidos de un autogestionado “diseño de sí” los colectivos gráficos en torno a 2001 imaginaron nuevos posibles. El diseño gráfico ya no sería visto solo como aquello competente al ámbito de las publicidades tradicionales (muchas fueron intervenidas también), sino que pasaría a competir con ellas por la ocupación del espacio material y virtual, pero sobre todo, por la ocupación del espacio simbólico, de las subjetividades. Cargadas de aspectos de la propia vida, y más allá de la posible posterior cooptación por parte de las instituciones o las industrias creativas, estas narrativas en pugna operaron con fuerza dentro de la trama cultural y simbólica de crisis, vinculando expresión, comunicación e información. El diseño activó la dinámica social cuestionándose los modos de habitarla.

Luego del momento álgido de la crisis, con el llamado a elecciones en 2003 y la vuelta de la institucionalidad política bajo el signo político de la izquierda democrática, comenzaría una nueva etapa. Los colectivos corrieron distinta suerte, siendo sus trayectorias muy variadas. Algunos se difuminaron junto con la coyuntura. Otros, con cambios y redefiniciones, continuaron en acción, ya sea a partir de la autogestión o de la interacción con instituciones o asociaciones no gubernamentales o como parte del nuevo gobierno. Poco a poco, advino un nuevo horizonte: el diseño de sí fragmentó el espacio social, y la cultura se convirtió en un recurso desde donde enunciar: no solo como provocación, sino como una búsqueda hacia la reconciliación social.”

Sitios web de los colectivos referenciados

Taller Popular de Serigrafía. Disponible: <<http://tallerpopulardeserigrafia.blogspot.com.ar/>>.

Mujeres Públicas. Disponible: <<http://www.mujerespublicas.com.ar/>>.

Onaire. Disponible: <<http://www.onaire.com.ar/>>.

Referencias bibliográficas

- Basualdo, E. y Kulfas, M. (2002). “La fuga de capitales en la Argentina”. En Julio Gambrina, *La globalización económico-financiera. Su impacto en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- ___ (19 de octubre del 2001). “El mundo después del 11-S”. *El País*. Disponible: <https://elpais.com/diario/2001/10/19/opinion/1003442407_850215.html>.
- Castells, M. (2012) *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid: Alianza.
- De Certeau, M., Giard, L. y Mayol, P. (1999). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Disponible: <<http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/680.pdf>>.
- García Canclini, N. (2010). *Culturas híbridas*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Groys, B. (2014). *Volverse público. Las transformaciones del arte en el ágora contemporánea*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Hall, S. y du Gay, P. (comps.) (2003/1996). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires - Madrid: Amorrortu.
- Kosak, C. (2004). *Contra la pared*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Ledesma, M. ((2015). “Empoderamiento y horizontalidad. Nuevos emergentes en el diseño social de Argentina”. *Inventio*.
- Lyotard, J. F. (1979). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Planeta-Agostini. Disponible: <https://www.ses.unam.mx/docencia/2007II/Lecturas/Mod1_Lyotard.pdf>.
- Mitchell, W. J. T (2009). *Teoría de la imagen*. Madrid: Akal.

Nieto, M. L. (2008). "Pasajes". En María Ledesma y Paula Siganevich (comps.). *Piquete de ojo. Visualidades de la crisis: Argentina 2001-2003*. Buenos Aires: FADU-Nobuko.

___ (2012). Mujer Colonizada: metáfora argumentativa y polémica, formación ideológica e interdiscurso visual. Disponible: <https://www.academia.edu/9504549/Mujer_Colonizada_met%C3%A1fora_argumentativa_y_pol%C3%A9mica_formaci%C3%B3n_ideol%C3%B3gica_e_interdiscurso_visual>.

___ (2013a). "Diseño gráfico en los límites. Formaciones estéticas del disenso (Argentina 1997-2007)". *Anales del IIA*, 43(1), 135-148.

___ (2014). "El pueblo en lucha como dispositivo narrativo: ¿una visualidad histórico cultural determinada en occidente?". *Nierika*, 5.

Nieto, M. L. y Siganevich, P. (2017). *Activismo gráfico. Conversaciones sobre diseño, arte y política*. Buenos Aires: Wolkowicz.

Pêcheux, M. (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid, España: Gredos.

Rancière, J. (2010). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rivera, A. (2005). *La revolución es un sueño eterno*. Buenos Aires: Seix Barral.

Romero, L. A. (2003). *La crisis argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Svampa, M. (2005) *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

Segunda P A R T E



LAS REPERCUSIONES
DEL 2001 EN LOS AÑOS
KIRCHNERISTAS

CUANDO LA (IN)SEGURIDAD SE HACE TAPA. LA ARTICULACIÓN DE UN DISCURSO “ANTIPOPULISTA” A PARTIR DEL CASO BLUMBERG DEL 2004

Mariano Ameghino (UNAJ)

Presentación

El propósito de este artículo es problematizar la centralidad mediática y política que parece tener actualmente el concepto de (in)seguridad en nuestra sociedad. Entendemos que ese concepto se ha transformado para dar lugar a nuevas significaciones. Hoy en día, el término (in)seguridad se ha inscripto en una cadena de significantes novedosa, y, por ende, representa algo diferente de lo que pudo haber significado en otros contextos históricos. El objetivo de este artículo, en tal sentido, es demostrar que el discurso sobre la (in)seguridad cobró una gran relevancia en 2004 ante el mediático caso de Axel Blumberg. La hipótesis es que fue a partir de este acontecimiento que el pensamiento conservador intentó estructurar una nueva cadena de significaciones que le permitiera construir una primera frontera discursiva con el “populismo” naciente de aquellos años. Se trata de demostrar, en otras palabras, que fue en 2004 que el concepto de (in)seguridad se reconfiguró y empezó a anudarse simbólicamente con una serie más larga de enunciados enfrentados al avance de las políticas progresistas del gobierno de Néstor Kirchner, y que los medios masivos de comunicación tuvieron un rol decisivo en esta transformación.

El trabajo se basa un relevamiento cuantitativo de la cantidad de veces en la que los términos “seguridad” e inseguridad” aparecieron mencionados en las portadas del diario *Clarín* en 2004 con respecto a años anteriores. ¿En qué momento se

instaló mediáticamente el discurso sobre la (in) seguridad? ¿Qué acontecimientos contribuyeron a que los el concepto de (in)seguridad se fuera inscribiendo en una nueva cadena de significados? Como señala Reinhart Koselleck (2009), los conceptos son polisémicos e históricos: asumen distintos significados dependiendo del contexto y la situación. El significante (in)seguridad, como señala Mercedes Calzado (2016), había comenzado a instalarse en la agenda mediática desde mediados de los años 90. Sin embargo, no fue sino hasta 2004, es decir en un contexto en que el que, luego de la crisis de la hegemonía neoliberal escenificada en los eventos de diciembre del 2001, el gobierno de Néstor Kirchner comenzaba a configurar (en base a medidas concretas) un programa político nacional y popular, que ese significante se articuló con otros discursos de carácter conservador.

Perspectivas teórico-metodológicas

¿Es la inseguridad un verdadero flagelo que ataca a la sociedad y que, por ende, los medios de comunicación deben “reflejar” en sus crónicas, o son esos mismos medios de comunicación los que se han encargado de difundir noticias sobre episodios de “inseguridad” con el fin de formar una agenda pública (y, puntualmente, política)?

En la última década, se ha analizado el rol de los medios de comunicación de una manera mucho más enfática que en períodos anteriores. En lo concerniente al tratamiento mediático del significante (in)seguridad, se han realizado desde diversas disciplinas estudios sobre sus distintas facetas, su evolución, el surgimiento del punitivismo, los debates en torno a los alcances del problema, etc. Uno de los trabajos destacados es el de Esteban Rodríguez Alzueta (2014). Si bien no descarta que el delito callejero sea un problema, este autor afirma que, sin dudas, no es ese el problema principal. Por el contrario, es el delito de los poderosos el que crea condiciones para el delito de los pobres. En ese sentido, el principal peligro es que el discurso sobre “lucha contra el delito” conduce a las sociedades hacia el autoritarismo. Mientras la sociedad continúe cautiva de un imaginario social que asocia a la seguridad con la policía, la cárcel, más leyes penales y más encierro, plantea Rodríguez Alzueta, reaparecerá constantemente el problema de “el otro”: todo aquel que no resulte integrable en el sistema será víctima de una guerra civil legal que busca sencillamente castigar (sino directamente eliminar) al adversario. El rol de los medios de comunicación fomenta y potencia esta situación, ya que si la inseguridad se hace tapa de los diarios, la manera de presentar los disensos, manifestar la desconfianza y pasar “boleta” a los gobernantes de turno será a través del temor al delito (Rodríguez Alzueta, 2014: 357).

Lejos de circunscribirse a la sola cuestión estadística o criminalística, diversos autores encuentran entonces en el tratamiento mediático de la (in)seguridad un problema central. El aporte que realiza Zaffaroni (2013) resulta en este plano de vital importancia. El autor realiza un paralelo entre los saberes científicos y las políticas públicas, y se pregunta por qué no se acude a los criminólogos para pensar la inseguridad, mientras sí se acude a panelistas, asesores de políticos, que solo piensan en el aquí y ahora en medio de la inmediatez de una campaña electoral. Los medios de comunicación oligopolizados, sostiene Zaffaroni, nos crean la realidad, nos inventan el mundo, nos manipulan los miedos, nos aterran con males inexistentes o magnificados y nos ocultan otros peligros inminentes (2013). En ese sentido, el autor subraya que “hay una marcada tendencia a manipular algunas víctimas, explotando y profundizando su patología mediante su elevación a la condición heroica”, comparando el caso Ayerza ocurrido en 1932 y el caso Blumberg.¹

En cuanto al estudio de las portadas de los diarios, particularmente los de amplia circulación nacional, estas han sido comprendidas como “índices de la opinión dominante” (Sigal, 2006: 16) o incluso “el indicador más poderoso de los temas y problemas de una época” (Ford, 1999: 65). La importancia de esa sección de los diarios se centra en que son instantáneas que marcan la agenda de temas relevantes de cada jornada. Los medios son, como plantea Verón (1974), “máquinas de producción de realidad social”: no copian la realidad, sino que la producen. De allí que las empresas periodísticas, que buscan obtener ganancias, deban ser analizadas además como un actor político polifónico (Borrat, 1989) que entra en interacción y conflicto con otros actores sociales, poniendo en juego

su capacidad para afectar el comportamiento de cientos de actores en un sentido favorable a sus propios intereses; influye sobre el gobierno, pero también sobre los partidos políticos, los grupos de interés, los movimientos sociales, los componentes de su audiencia. Es un actor político que acciona en el ámbito de la influencia al mismo tiempo que puede ser influenciado por otros, incluyendo a los poderes públicos (Quinteros, 2013: 15).

En el análisis de las portadas de los diarios, es fundamental considerar como variable de análisis el estilo periodístico y la serie informativa de cada medio.

1 En la misma línea, Roberto Samar insiste con la postura de denunciar la “criminología mediática” que se presenta de manera superficial: “pensar la seguridad viene de la mano de pensar qué nos da inseguridad. Es decir, qué es lo que nos da miedo” (2015: 19). No existe la “inseguridad”, sino que lo que existen son “inseguridades”, diversas situaciones y vulneraciones de derechos. La inseguridad es una problemática multicausal y compleja.

Es habitual que el hecho policial sea tapa en aquellos diarios que como contrato de lectura con el lector recurren a un estilo de prensa “sensacionalista” o “amarillista” (por ejemplo, los diarios *Crónica* y *Popular*). Por contraste, aquellos diarios que han sido históricamente calificados y se han presentado a la sociedad como de “prensa seria” o “prensa blanca” (*La Nación*, *Clarín*), suelen priorizar el panorama político nacional e internacional y, en parte, el deportivo, pero dejan en un segundo plano (sobre todo en la tapa del ejemplar) las noticias policiales. Algo similar puede afirmarse con respecto a aquellos diarios que pertenecen, por su manera “poco tradicional” de presentar las noticias y priorizar las notas de opinión, a la corriente del “nuevo periodismo” (por ejemplo, *Página12*).

El caso Blumberg y la irrupción de la (in)seguridad en la agenda mediática

En las 30 tapas del diario *Clarín* del mes diciembre de 1983, el término “seguridad” aparece en dos oportunidades. A lo largo de 1984, lo hace en seis ocasiones, mientras que el término “inseguridad” aparece una sola vez en ese año. En 1989, solo en cinco portadas el diario utiliza el término “seguridad”. En 1990, lo hace en una sola oportunidad (y en el siguiente marco: “Envían fuerzas de seguridad a Tucumán”). En 1995, el número es mayor: 22 veces. Sin embargo, la cifra es muy inferior a la del año 2004 cuando los conceptos “seguridad” e “inseguridad” aparecen mencionados 203 veces en las tapas del diario *Clarín*.

¿Esto significa que la (in)seguridad no existía como problema? Lejos de pensar que no existieron en esos días hechos que podrían haberse titulado bajo el “paraguas articular” de la (in)seguridad, se podrían mencionar, por ejemplo, los casos Nair Mostafá, María Soledad y otra larga lista episodios como “Taxista baleada con cuatro tiros en la cabeza”, “Abuelo y sus cuatro nietos encontrados muertos en un departamento”. Sin embargo, fue recién a partir del 2004 que, episodios de ese estilo, se inscribieron en una cadena de significantes asociada a la (in)seguridad. Así, en el año 1990, entre el secuestro de Diego Ibáñez y la aparición del cuerpo sin vida 32 días después de aquel hijo de un funcionario, la noticia solo fue tapa cuando fue secuestrado y cuando apareció muerto. En el año 2004, en cambio, las referencias al caso Blumberg fueron tapa del diario *Clarín* durante 32 días, desde el 24 de marzo hasta el 26 de abril.

Los historiadores suelen evitar elegir “un” día en el que “empezó a ocurrir” un determinado acontecimiento. No obstante, como marca el periodista Lucas Guagnini (2005):

El 24 de Marzo de 2004 conjugó dos escenas que marcarían la discusión política del resto del año. A las puertas de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), el presidente Néstor Kirchner encabezó el acto de expropiación del predio de la Marina que fue el mayor campo de secuestro, tortura y muerte de la última dictadura militar, para convertirlo en Museo de la Memoria. En el Jardín de Paz, la familia y los amigos de Axel Blumberg lo despidieron de este mundo. Fueron dos dramas argentinos muy distintos que el destino quiso entrelazar en un mismo día (2005: 111).

El secuestro de Axel Blumberg, un joven de 23 años, se conoció el mismo día de su asesinato: había permanecido en secreto durante una semana, tiempo en que transcurrieron las negociaciones. Los medios recién presentaron la noticia cuando el cuerpo apareció en un descampado de Moreno. No habían cubierto, como en otros casos, el transcurso de las negociaciones entre los familiares y los secuestradores, los intentos de pago, los pormenores del secuestro. En vez de concluir, la noticia periodística comenzó en el punto en que otros secuestros de los años anteriores solían finalizar: con la aparición del secuestrado. El final trágico fue el principio de una historia que marcaría una nueva forma en que los medios relatarían este tipo de episodios. Como demuestra Mercedes Calzado (2015), la (in)seguridad había ido instalándose como un problema mediático a lo largo de los años 90. El caso Blumberg terminó de consolidar fuertemente este proceso:

... los cientos de minutos televisivos dedicados al tema en 2004 cristalizaron un modo de narrar la noticia policial, de presentar a las víctimas y de intervenir frente al escenario político que venía construyéndose desde tiempo atrás (Calzado, 2015: 13).

Asimismo, fue con el caso Blumberg que la inseguridad, además de instalarse definitivamente como problema social en la agenda mediática, se convirtió en un aglutinante para la movilización: un vértice de articulación de identidades y acción política. El caso conmocionó el país: 350.000 personas se reunieron en una primera marcha.² Un petitorio de millones de firmas consiguió que las cámaras de Senadores y Diputados del Congreso de la Nación sesionaran en simultáneo y sancionaran las llamadas “leyes Blumberg”, una serie de reformas legislativas en materia penal. La movilización convocada por Juan Carlos Blumberg tras la

2 Si bien diversas fuentes indican que el número de manifestantes en la primera marcha convocada por Blumberg arribó al número de 350.000 personas, de acuerdo a Cesaroni, Feldman e Irrazábal, “la marcha según crónicas de la época, aglutinó a más de cien mil personas que se movilizaron en solidaridad con Juan Carlos Blumberg, empresario del área metropolitana de Buenos Aires, cuyo hijo apareció muerto luego de un secuestro extorsivo” (2014).

muerte de su hijo fue el primer gran reclamo que tuvo que afrontar el gobierno de Néstor Kirchner. Cuando este todavía estaba construyendo su legitimidad política, cientos de miles de personas salieron a las calles esta vez a reclamar no “que se vayan todos”, como en el 2001, sino “más seguridad” (Calzado, 2015: 12).

En síntesis, a partir del caso Blumberg el significante “(in)seguridad” comenzó a ocupar un lugar privilegiado en la agenda mediática. Y Juan Carlos Blumberg se convirtió en un sujeto central de ese espacio mediático (era panelista permanente del programa del periodista Mariano Grondona), que lograba concentrar la atención del público y de los dirigentes políticos. En sus intervenciones, distintos funcionarios estatales (como por ejemplo el ministro de Seguridad de la provincia de Buenos Aires, León Arslanián)³ fueron duramente criticados. Más trascendente aún, una serie de ideas de tinte conservador consiguieron comenzar a formularse públicamente: “los derechos humanos son para los delincuentes”; “en este país tiene que haber voto calificado”; “hay que echar al Rector de la UBA, porque allí se fuma marihuana”; “Yo preparé a Axel como un dirigente de la Argentina, en cambio, el chico Bordón se drogaba, le pegó a un policía”. Como se verá en el próximo apartado, estas formulaciones discursivas fueron fundamentales en la construcción de una primera frontera identitaria frente al naciente “populismo”.

La (in)seguridad como elemento identitario de la oposición al kirchnerismo

Desde la recuperación de la democracia, se han establecido fronteras políticas identitarias que han caracterizado a los oficialismos en cada uno de los períodos. La identidad alfonsinista se constituyó trazando una frontera política antagónica con el autoritarismo del régimen militar del proceso (Fair, 2009). Los sectores que quedaran por fuera de esta frontera, como los sectores militares y la oposición política peronista, intentaban eludir el lugar que la frontera identitaria alfonsinista les consignaba. Así, por ejemplo, el accionar del sindicalismo intentando dar visibilidad a la crisis económica que el alfonsinismo no resolvía. Durante el menemismo, el punto nodal que aglutinó la frontera fue la “convertibilidad” (Fair, 2009). La frontera identitaria, en este caso, fue la que diferenciaba entre

3 Arslanián había sido designado, justamente, a raíz de la crisis desatada por el caso Blumberg. Sin embargo, su nombramiento no era el esperado por la derecha, ya que en la década anterior el funcionario había llevado a cabo una reforma que fue criticada y reemplazada por las políticas de “mano dura” impulsadas por Carlos Ruckauf y Aldo Rico.

“estabilidad” y “caos social”. Aquellos sectores que se encontraban fuera de esa frontera, al no aceptar el rol que la barrera identitaria menemista les otorgaba (“caos social”), denunciaban la entrega del patrimonio nacional, la gravedad de los indultos, las consecuencias sociales negativas del sistema económico neoliberal. Finalmente, el gobierno de la Alianza buscó establecer su barrera identitaria en la dicotomía entre “honestidad” y “corrupción”. La acentuación de la crisis económica impidió el afianzamiento de esta nueva frontera. Sin embargo, en el estallido social de diciembre del 2001, que provocó la renuncia del presidente Fernando de la Rúa y sumergió al sistema político institucional en una grave crisis, pueden encontrarse los ecos de esa distinción (expresada en el lema “que se vayan todos”, que asociaba a toda la clase política con la corrupción).

Siguiendo esa línea, se podría plantear que a partir de su asunción en 2003 el gobierno de Néstor Kirchner encontró rápidamente en el juicio por los crímenes de lesa humanidad cometidos por la última dictadura militar y la defensa de los derechos humanos un punto nodal para trazar una nueva frontera identitaria. Esta frontera kirchnerista construyó, discursivamente pero también en base a medidas concretas,⁴ una cadena de significantes asociada a un ideario progresista y opuesta a un discurso conservador: “derechos humanos/represión”; “Memoria, Verdad y Justicia/impunidad”; “independencia, soberanía y justicia social /desocupación, neoliberalismo y pobreza”.

La hipótesis de este artículo es que aquellos sectores no articulados por la identidad kirchnerista encontraron en el significativo “(in)seguridad” un primer eje discursivo de diferenciación y aglutinamiento frente a ese discurso. Por cierto, en ese eje confluían viejas creencias, significantes o eslóganes que los mismos sectores ideológicos han reivindicado a lo largo de muchos años: “Los argentinos somos derechos y humanos”, “Los derechos humanos son para los delincuentes”, “hay que meter bala a los delincuentes”, “los delincuentes están libres mientras nosotros vivimos enrejados en nuestras propias casas”, entre otros. Sin embargo, la crisis del 2001 primero, y las medidas iniciales adoptadas por el gobierno de Néstor Kirchner después, habían puesto en cuestión, o al menos habían inhabi-

4 Algunos de los principales actos de gobierno fueron remover ampliamente las cúpulas militares y policiales; impulsar la remoción de la Corte Suprema al nombrar a Raúl Eugenio Zaffaroni, emblema del “garantismo jurídico” en la Argentina; convertir la Escuela Mecánica de la Armada en un museo de la memoria, homenajando a los presos políticos, torturados, exiliados y desaparecidos durante la última dictadura militar. Todo esto, sumado a una batalla en el campo discursivo denostando a los sectores dominantes. Sin olvidar las visitas del presidente cubano Fidel Castro y del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez, que ahondaban las diferencias entre el gobierno y los sectores dominantes.

litado, la pertinencia y legitimidad de estos argumentos. El caso Blumberg del 2004 y su tratamiento mediático fueron, en ese sentido, fundamentales para la (re)construcción de ese campo semántico opositor.⁵

A modo de conclusión

El 24 de marzo del 2004 fue hallado asesinado Axel Blumberg, hijo de un empresario textil, vecino de uno de las zonas más caras del país, La Orqueta (Buenos Aires). Había sido secuestrado una semana atrás. El padre del joven, Juan Carlos Blumberg, organizó “La cruzada por Axel”: juntó firmas en un petitorio que reclamaba la sanción de leyes más punitivas, asistió a diversos programas de televisión, dialogó con diputados y senadores y organizó, el 1 de abril, una masiva marcha frente al Congreso de la Nación.

Una serie de poderosos medios de comunicación no solo acompañaron y respaldaron la campaña, sino que contribuyeron de modo determinante a su éxito.⁶ El diario *Clarín*, a través de sus portadas, tuvo un rol protagónico en la instalación del caso Blumberg como un episodio ejemplar. A partir de entonces, el significante “(in)seguridad” comenzó a ser utilizado para reportar las situaciones más diversas: enfrentamientos con la policía, crímenes pasionales, peleas de barrabravas, casos de gatillo fácil, etc. Instalada en la agenda mediática y pública, la (in)seguridad pasó a significar todo aquello que el gobierno de Néstor Kirchner no podía resolver. Se convirtió en el eje articulador de un discurso opositor.

A través del análisis de las portadas del diario *Clarín*, este artículo intentó rastrear ese proceso de articulación del significante “(in)seguridad” con una serie de discursos de carácter conservador o directamente reaccionario. En ese sentido, el caso Blumberg podría ser pensado como una repercusión de la crisis de la hegemonía neoliberal del 2001. En el debate por la inseguridad, algunos de los sectores más poderosos de la sociedad argentina encontraron una vía discursiva a través de la cual comenzar a recomponer su legitimidad discursiva y política.

5 A la defensiva, algunos sectores cercanos al gobierno kirchnerista comenzaron a reivindicar la idea de “seguridad con derechos humanos”. Dejaban entrever, así, que los modelos de seguridad pensados por los sectores opositores al gobierno no contemplaban los derechos humanos. Otra estrategia oficialista fue la de intentar contrarrestar el efecto mediático del discurso sobre la (in)seguridad con el argumento de que “hay una sensación de inseguridad, pero las estadísticas demuestran otra cosa”.

6 La “Cruzada por Axel” fue, por ejemplo, publicitada en los televisores del subterráneo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. También en una publicidad producida y emitida por Canal 9 (cuyo dueño era Daniel Hadad), que convocaba a la marcha y a firmar el petitorio.

Referencias bibliográficas

- Borrat, H. (1989). *Periódico, actor Político*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Blanco Rivero, José Javier. (2012). *La historia de los conceptos de Reinhart Kose-
lleck: conceptos fundamentales, Sattelzeit, temporalidad e histórica*. Venezuela:
Politeia [en línea], vol. 35, núm. 49, 1-33.
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: El
Manantial.
- Calzado, M. (2015). *Inseguros. El rol de los medios y la respuesta política frente a la
violencia. De Blumberg a hoy*. Buenos Aires: Aguilar.
- Cesaroni, C.; Feldman, D. e Irrazábal, G. (2014); “Reflexiones en torno a los diez
años de las leyes Blumberg”. Centro de Estudios de Política Criminal (CE-
POC). Disponible: <[http://docplayer.es/38563385-Reflexiones-en-torno-a-
los-diez-anos-de-las-leyes-blumberg-1-preparado-por-claudia-cesaroni-2-
denise-feldman-y-gabriela-irrazabal.html](http://docplayer.es/38563385-Reflexiones-en-torno-a-los-diez-anos-de-las-leyes-blumberg-1-preparado-por-claudia-cesaroni-2-denise-feldman-y-gabriela-irrazabal.html)>.
- Fair, H. (2009). “Identidades, discursos y política en la Argentina Contemporá-
nea”. *Pléyade*, 5. Chile, Centro de Análisis e Investigación Política (CAIP).
- Ford, A.. (1999). *La marca de la bestia. Identificación. desigualdades e infoentrete-
nimiento en la sociedad*. Buenos Aires, Norma.
- Galar, S. (2009). “Seguridad ciudadana, movilización colectiva y percepción del
delito. El rol de los medios de comunicación locales en la construcción de una
marcha de silencio en una ciudad del interior de la provincia de Buenos Aires”.
Question, 23.
- ____ (2010). “Movilización colectiva, acción política y percepción del delito.
La justicia y la seguridad como objetos de disputa simbólica y política en la Ar-
gentina democrática”. *Cuestiones de Sociología*, 5/6, 145-164.
- Guagnini, L. (2005) *Blumberg. En el nombre de hijo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*.
Buenos Aires: Siglo XXI.

- Kessler, G. y Galar, S. (2014). “El caso Píparo: muerte, conmoción y cambio”. En Gabriel Kessler y Sandra Gayol (eds.). *Muerte, política y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa. En prensa
- Laclau, E. (1996). *¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?* Buenos Aires: Ariel.
- ____ (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Quinteros, G. O. (comp.) (2013). *La conmemoración de la Revolución de Mayo. Prensa gráfica, historia y política, siglos XIX-XXI*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-EDULP.
- Rodríguez Alzueta, E. (2014). *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*. Buenos Aires: Futuro Anterior Ediciones.
- Saín, M. F. (2014). “Políticas de seguridad pública: ‘surfeando’ la ola de inseguridad en la poscrisis de 2001”. En Carlos Acuña (comp.). *El Estado en acción*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Samar, R. (comp.) (2015). *Inseguridades. Medios de comunicación. Derechos humanos. Estado. Vulnerabilidades e imaginarios sociales*. Neuquén: Editorial Universitaria del Comahue.
- Sigal, S. (2006). *La Plaza de Mayo. Una Crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Verón, E. y Sigal, S. (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Verón, E. (1974), “Acerca de la producción social del conocimiento: El estructuralismo y la semiología en la Argentina y Chile”. *Lenguajes*, 1.
- Zaffaroni, E. (2013). *La cuestión criminal*. Buenos Aires: Planeta.

PREJUICIOS Y ACIERTOS SOBRE LA ESTETIZACIÓN DE LA POLÍTICA POS-2001: DE LA ICONOCLASIA KIRCHNERISTA (2003) A LA NOCHE MÁGICA MACRISTA (2015)

Daniela Losiggio (CONICET-UNAJ/SEGAP-UBA)

Ritualización, espectacularización y posverdad en política

La relación entre “estetización” o “espectacularización” y política remite de modo extendido al autoritarismo o, cuando menos, a la despolitización. De un lado, una parte relevante de la opinión pública vernácula condena la práctica de la estetización entendida como el mecanismo mediante el cual se reifican imágenes sui géneris (del líder o del movimiento), asimiladas a la totalidad, y se ritualizan fechas fundacionales. Del otro, se impugna la espectacularización de la política, su farandulización, aquella que –en la antípoda de la espiritualización, ritualización y sacralización– más bien la banaliza, haciendo que las esferas de lo privado y lo público se contaminen (Sibilia, 2013): políticos que exhiben sus vidas amorosas, exponen sus torpezas, utilizan lenguaje vulgar o proveniente del marketing, se divierten, se mofan de los protocolos institucionales.

En la historia de Occidente, existe una época para cada estetización: la de los regímenes totalitarios y la que siguió a las revoluciones de 1968. Quien primero desarrolló una crítica a la ritualización de la política fue Walter Benjamin en su ya clásico “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” (1936). Esa teoría sostenía que el aprovechamiento político de la fascinación cultural por las imágenes tiene por móvil la manipulación fascista de la voluntad de las masas (Benjamin, 1991; Sontag, 1987). Tras la caída de los totalitarismos la teoría de la estetización –lejos de declinar– encontró su objeto en el alto capitalismo: la

teoría de la espectacularización sostenía que las acciones crueles de un régimen ya no necesitaban de ornatos o estrategias simbólicas, pues todas las cosas se habían transformado en puros signos sin referente (Baudrillard, 2009), puros fetiches. De modo muy lúcido, ciertos autores provenientes de la teoría marxista identificaban cómo el alto capitalismo encontraba en cualquier intento de desmascaramiento, cualquier manifestación vanguardista o crítica de la explotación social –el arte, la revolución sexual, la subcultura y la filosofía crítica–, una oportunidad para la generación de ganancias. Ya no había una “realidad” a la cual las cosas remitían (Barthes, 1991); en todo caso la realidad se transformaba en mera apariencia (Debord, 2012). La lógica fetichista –se afirmaba– invadía todos los ámbitos, incluyendo el de la política. Esta misma construía una realidad fetichizada, adoptando los códigos de la publicidad y los *mass media* (García Beaudoux, D’Adamo y Slavinsky, 2005).

En la Argentina, ambas teorías de la estetización tienen su correlato histórico en la opinión pública: los primeros peronismos (1946-1955) fueron acusados de ritualizar y de manipular a las masas por medio de imágenes; el neoliberalismo menemista (1989-1999) fue imputado de espectacularizador. Por esta doble acusación, entre otros motivos históricos, tras la crisis del 2001, el Partido Justicialista (PJ) abandonó el recurso a rituales políticos y el culto a sus propias imágenes, así como cualquier sesgo de espectacularización de la vida pública. La crisis social e institucional del 2001 era leída entonces como hundimiento final y, por lo tanto, como oportunidad para un renacimiento de una comunicación más auténtica. Los textos académicos (Vezzetti, 2004), los medios masivos (con programas de televisión del tipo *CQC* o *Kaos*) y los discursos políticos poscrisis (como el de Néstor Kirchner en la Escuela de Mecánica de la Armada –ESMA– del 2004) apelaban a un “modelo de incitación a la verdad” (Da Porta y Simón, 2007: 39) que más tarde se volvió hegemónico y productor de lo real. Los viejos modelos de la comunicación política debían ser superados: era necesario suprimir toda tendencia a representaciones políticas totalizantes (grandes relatos, imágenes del pueblo, reificaciones del líder) o identificaciones de la política con el mercado o la intimidad (publicidad de las vidas privadas de las personalidades públicas, identificación de estas personalidades con consumidores, banalización del “error” político). Se comprendía que ambas tendencias traían aparejado el desconocimiento de minorías políticas o el menosprecio de las subjetividades disidentes. La fotografía del año del 2004 de Néstor Kirchner solicitando a un oficial de las fuerzas armadas que descuelgue los cuadros de los ex represores en la –hoy ex– Escuela de Mecánica de la Armada (donde el gobierno de facto en los años 70 había llevado adelante secuestros y torturas) describe muy bien el poder que la renovación institucional atribuía a las imágenes (Fig. 1). El descuelgue de cuadros constituía



Fig. 1. Néstor Kirchner ordena al General Bendini que descuelgue los cuadros de los ex represores en el acto del 24 de marzo de 2004.

Fuente: Presidencia de la Nación

un acto edificante, destinado no solo a las audiencias, sino también a la nueva camada de militares nacida en democracia, sobre la determinación gubernamental de aplazar cualquier reconocimiento político a los perpetradores del terror de Estado. Además, ese acontecimiento representaba para la ciudadanía una contraimagen: una propensión iconoclasta del primer gobierno kirchnerista.

Sin embargo, sobre aquella posición fueron reorganizándose los viejos modos de la estetización, dos variantes de aquellas tradiciones poiéticas que parecían agotadas hacia 2001. De un lado, un kirchnerismo que reavivó los ritos políticos y fomentó el culto a las imágenes de la líder. Del otro, un macrismo que se mofó de la solemnidad de su contrincante, buscando una imagen fresca, apelando a la empatía con el votante (Losiggio y Abadi, 2017; Schuttenberg, 2017). Lo cierto es que estas variantes plantean nuevos interrogantes a las viejas teorías. ¿Es la estetización un problema en sí misma? ¿Es que siempre que hablamos de estetización hablamos de algún modo de un engaño, de un encubrimiento? ¿Puede entenderse la estetización como esencialmente vinculada a una crisis institucional y económica? De un lado: ¿existe política sin mitos, sin rituales, sin invención de fechas conmemorativas? Pues el caso del macrismo es un perfecto signo de que la política es posible más allá de mitos, cultos y jubileos (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015). Pero al precio de otra estetización también sospechada –a su modo– de despolitizadora.

En el último tiempo, las categorías de “posverdad” y “mundo posfáctico” provenientes del lenguaje periodístico han pasado a ser un problema para las ciencias sociales (Adamovsky, 2017), renovando la vieja teoría de la espectacularización. En función de estas nociones, el actual gobierno de Mauricio Macri ha sido comparado con el de Donald Trump en Estados Unidos (Verbitsky, 2016). La noción de “posverdad” remite a un mundo de la información en el que las audiencias ya no se preocuparían por saber si los contenidos transmitidos por medios y redes sociales son verdaderos o no. Este hecho –se sostiene– puede deberse tanto a que los medios masivos más tradicionales perdieron credibilidad (Adamovsky, 2017) como al exceso de la circulación de datos empíricos, frente al cual el público se volvería escéptico (Lepore, 2016). A principios del año pasado, Horacio

Verbitsky se preguntaba cómo era posible que la demostración de las falsedades proferidas por Trump en su campaña no derivara en escándalos o incidiera en el comportamiento de sus seguidores. Así, el periodista trazaba un paralelismo entre la campaña republicana y la de Cambiemos (la alianza que llevó a Macri a la presidencia), destacando aquellas declaraciones en las que el economista Federico Sturzenegger (hoy presidente del Banco Central) festejaba entre risas ciertas indicaciones del asesor de imagen, Jaime Durán Barba, de evitar explicaciones sobre las decisiones de gobierno. Cambiemos resultó, para muchos, el triunfo de la banalización total de la política, en detrimento de una aceitada *accountability*: con los globos y el escenario preparado para las grandes audiencias televisivas, los papelititos, el canapé y la “buena onda”.

Ahora bien, quisiéramos recuperar otra perspectiva al disentir con la vieja condena del uso de imágenes y afectos en política y, más aún, en respuesta a la subestimación de la capacidad crítica de la ciudadanía supuesta en los enfoques de la ritualización, la espectacularización y la posverdad. Desde principios de este milenio, una serie de autores vienen señalando que la política puede ser definida como puesta en escena (Rinesi, 2011; Rancière, 1996). De hecho, la descripción de la política como espacio aparenial no implica necesariamente que ella se tienda como un velo sobre las relaciones sociales objetivas, sino más bien que la puesta en escena es –también– la que produce esas relaciones (Da Porta y Simón, 2007). Los estudios teóricos sobre propaganda fracasan cuando desestiman esta o aquella fuerza política por el mero hecho de proponer imágenes, eslóganes o movilizar afectividades: en una palabra, por fetichista o marketinera. En este mismo sentido, los diagnósticos sobre el fin de los grandes relatos (Luhmann, 2006; Lash, 2002), el fin de la ritualización de la política (Durán Barba, 2016) o el fin de la verdad (Verbitsky, 2016), sostenidos más y menos recientemente por izquierdas y derechas políticas, deben ser revisados a la luz de los efectos de realidad que arrojan las distintas propuestas icónicas. Por caso, la imaginería alrededor de la “eficiencia”, el “cambio”, el “consenso”, el “hacer” centrales para la historia reciente del PRO (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015) fueron oportunamente cardinales en el nacimiento del Frente para la Victoria Santacruceño (FVS) a fines de la década del 80 (Sosa, 2011), imprimiendo efectos políticos y sociales muy disímiles en uno y otro caso. Si no mediase la sospecha de hipocresía sobre las imágenes y los afectos en política, estos últimos comunicarían condiciones y efectos históricos de realidad mucho más explicativos. Se trata de saber qué dicen las propagandas, cuáles son las relaciones que resultan de ellas y no de determinar a priori si esas relaciones son espurias o construidas (ellas siempre lo son de algún modo). Tan importante como esto es comprender qué estereotipos son recogidos y relanzados por el discurso

político, qué contraestereotipos son apropiados, reconocidos o propuestos por este y en qué sentido ellos refuerzan o transforman la vida social e institucional.

A continuación, vamos a poner en práctica nuestro enfoque para pensar las campañas presidencial y municipal del Frente para la Victoria (FpV) y Propuesta Republicana (PRO), respectivamente, para las elecciones del 2011. En ellas, encontramos que se cristalizan muy claramente dos modelos políticos muy disímiles que, no obstante, echan mano de estrategias iconográficas bastante cercanas: fundamentalmente, referencias a individualidades hasta ayer anónimas. Antes de ello, abrevaremos en algunas “puestas en escena” (para utilizar una metáfora ranchariana), a saber, modos en que el macrismo y el kirchnerismo se presentaron en la esfera pública. Estas puestas en escena encuentran un punto de fuga en común: la crisis del 2001 y la restauración institucional del 2003.

Entre inclusión y virtud moral: “la fuerza de un pueblo: Cristina 2011” y “Vos sos bienvenido/a: Macri en la Ciudad”

Se ha dicho que, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el gobierno de Mauricio Macri apeló *siempre* a una estrategia simbólica especular respecto del kirchnerismo (fuerza gobernante a nivel nacional desde el 2003) (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015): en tanto autodenominados populistas y “republicanos”, respectivamente, Cristina Fernández de Kirchner oponía una distancia mística con su pueblo y Macri se presentaba como una figura cercana, trasparente y familiar; si el kirchnerismo era conflictivo y Cristina, iracunda, el “equipo” macrista era contemporizador y Macri, alegre; si el kirchnerismo se agenciaba las plazas y los espacios públicos físicos, el macrismo se apropiaba de los espacios digitales y de la pauta publicitaria destinada a las grandes audiencias; incluso la noción del *voluntario* de la Juventud PRO venía a diluir el prejuicio moral sobre el rédito económico o político extraído por el “militante” peronista.¹

Más recientemente, el análisis político sugirió una “duranbarbización” de la propuesta de Unidad Ciudadana (UC, antes FpV) para elecciones legislativas del 2017 (Touzon, 2017; Montero, 2017), a saber, una “adaptación” del modelo kirch-

1 No obstante, como lo han estudiado Vommaro, Morresi y Bellotti (2015), no toda la juventud PRO debe ser comprendida como un conjunto de estudiantes de universidades privadas o del mundo de las ONG. Los *after hours* de la Generación Argentina Política (liderada por Esteban Bullrich) distan mucho de la organización orquestada por María Eugenia Vidal, “La 24”, y su trabajo realizado en las villas 20 y 31.

nerista a las estrategias estéticas y de marketing político propuestas por el asesor de imagen Jaime Durán Barba: la transformación de la líder en “ciudadana común”, la referencia al heroísmo de individualidades anónimas.

La idea de un macrismo puramente reactivo en el período 2003-2015 y la idea de la “duranbarbización” del kirchnerismo no tiene mayor asidero. También el kirchnerismo apeló a la virtud moral en sus orígenes, mostrando a Néstor Kirchner como un hombre sencillo y cercano al pueblo; las imágenes y los afectos fueron sumamente relevantes para los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner; por último, también Macri echó mano de las estrategias políticas y comunicativas del populismo. Como dijimos, el umbral del 2001 trae aparejada la “incitación a la verdad”; también se constituye en fundamento del rechazo de la corrupción y de la clase política más tradicional. No se trata solo de la oportunidad para el renacimiento de la política bajo el signo del purismo iconoclasta y la reparación institucional, sino también el rechazo del conflicto, la crispación, propios de la política tradicional que hoy explican más a Cambiemos que al FpV, pero que constituyeron principios del gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007). Fue, en cambio, Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015) quien explicitó la relación existente entre conflicto y política,² al mismo tiempo que desacreditaba públicamente al enemigo. La célebre (y poco feliz) frase “armen un partido político y ganen las elecciones” fue enunciada por primera vez en un acto en Santiago del Estero el día 19 de abril del 2011, a propósito del conflicto con el *holding* de los Rocca; fue repetida en Casa Rosada el 27 de diciembre del 2012 en ocasión de la organización de saqueos ocurrida en los días previos y fue más tarde reproducida por importantes referentes políticos del kirchnerismo como Juan Manuel Abal Medina y Aníbal Fernández. Esta desacreditación ha sido sospechada de estrategia ideológica o encubridora de fines autoritarios (Amado, 2013). No obstante, ella no explica tanto la subestimación del enemigo *per se* por parte del kirchnerismo, sino la firme creencia en su apoliticidad. En ese sentido, el triunfo de Cambiemos en 2015 (la primera alianza política que ganó elecciones en la Argentina explicitando intereses sumamente conservadores) es la consolidación de un nuevo enemigo político, explícitamente antipopular, así como es también la prueba de que la crispación kirchnerista se volcó durante doce años sobre enemigos externos al juego partidario (medios masivos, poder judicial, CGT, empresariado del agro).

2 Tómesese el siguiente enunciado como ejemplo de muchos otros similares: “tenemos que aprender que muchas veces puede haber diálogo, discusión y debate, y ojalá que haya acuerdo, pero también sabemos que dialogar puede ser no estar de acuerdo en algún punto”. Fernández de Kirchner, C. (2008). Discurso pronunciado el 18 de junio de 2008 en el “Acto por la democracia”. Disponible: <http://www.cfkargentina.com/tag/discursos-de-cristina/>.

La lucha contra la corrupción fue una bandera del kirchnerismo mientras ella fue entendida de modo hegemónico como pacto de gobierno con los capitales concentrados y la traición de la clase política a las organizaciones de derechos humanos. Pero la idea de corrupción ya venía siendo abonada, desde 1994, por el “republicanismo” del diario *La Nación*. Desde entonces, esta línea editorial hizo equivalentes las prácticas asociadas a la tradición peronista, ya no con el autoritarismo (como lo hacía en la década de los 50), sino con la corrupción: clientelismo, aglomeraciones de personas, militancia de base (Muraca, 2016). En cualquier caso, la aleación entre, por un lado, la criminalización de la militancia y la negociación política y, por el otro, la corrupción económica real (ilícitos) pareció volverse evidente para cierto público con los *gates* de Felisa Miceli, Ricardo Jaime, Julio de Vido, Sergio Schoklender y José López (y algunos otros escándalos asociados al kirchnerismo inventados por la prensa).³

Aprovechando esta equiparación entre corrupción y populismo, el PRO (originariamente Compromiso para el Cambio y, hoy, Cambiemos) cosechó las viejas estrategias propagandísticas del peronismo, entendidas por la antigua tradición republicana argentina como fascistas o autoritarias: la homologación simbólica del movimiento político con el Estado (Fayt, 1967). Entretenido con la corrupción, el nuevo republicanismo desestimó que el PRO utilizase durante ocho largos años su color amarillo partidario para las faenas de la gestión (Sánchez Andía, 2011). Asimismo, curiosamente el partido carece de tanta institucionalidad en la misma proporción con que despliega un alto nivel de personalismo: hace tiempo se viene diciendo que es el propio carisma de Macri el que reúne la polisemia PRO (de las ONG, del radicalismo y peronismo, de cultos religiosos y de organizaciones barriales) (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015).

No es cierto que Macri haya desestimado el consenso existente (creado por el kirchnerismo) acerca de la relevancia de la “inclusión”. Tampoco es cierto que el FpV haya descuidado durante doce años que un cierto individualismo atomizado crecía al calor del desarrollo económico nacional (Montero, 2017). La relación entre individualismo e inclusión social (o entre derechos individuales y colectivos) se refleja muy bien en las campañas presidencial y municipal del 2011. La

3 La igualación de populismo y corrupción caló muy hondo en cierto imaginario argentino, al punto de que la demostrada corrupción empresarial –que bien podría haber manchado la imagen de políticos-empresarios del gobierno vigente– pasó bastante desapercibida por una parte de la sociedad (un sector que justifica sus propios delitos fiscales por la existencia de un Estado distribuidor). Para evitar lo que aparece en la opinión como un “mal necesario”, el gobierno de Cambiemos, en gran parte constituido por empresarios, viene prometiendo una reforma tributaria y de la Ley de Ética Pública, orientada a que sus funcionarios y socios no estén obligados a delinquir.

campaña kirchnerista del FpV, “la fuerza de...”, conectaba la vida de un individuo (encarnada en Cecilia y Jérica) con una política pública (ciencia, viviendas) de los últimos años. En el mismo año, el PRO, que llevó por segunda vez a Macri al puesto de jefe de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), lanzaba la campaña “Vos sos bienvenido”. Esta campaña que mostraba a gente común, trabajadores, jubiladas, rockeros, no distaba estéticamente de la de Cristina Fernández de Kirchner (Fig. 2). Y, no obstante, lograba otro efecto: hacer de



Fig. 2. Izq.: imagen de la campaña “Vos sos Bienvenido” (PRO) para el cargo de Jefe de Gobierno de la Ciudad 2011. Der.: selección de imágenes de la campaña “La fuerza de un pueblo” (FpV) para Presidente de la República Argentina 2011.

Fuentes: archivoelectoral.org y cfkargentina.com

Macri un candidato abierto y sencillo, ya no un millonario sin conocimiento de la realidad social y, por lo tanto, con intereses antipopulares, imagen que, en parte, Néstor Kirchner había divulgado en ocasión del balotaje para el gobierno de la CABA en 2003.⁴ La campaña no buscaba entonces poner en relación las individualidades con un todo, con un colectivo, con unas políticas determinadas, sino con el propio Macri, con el intento de desmitificación de sus prejuicios de clase: los trabajadores, los rockeros, las personas con rasgos indígenas son “bienvenidas” a la CABA.

4 Tras la crisis del 2001 y la salida abrupta del gobierno de la Alianza, parecía que correspondía al peronismo elegir a su candidato, uno que no dividiera el partido entre menemistas y antimenemistas. Se pretendía construir un peronismo *outsider* de la política: con figuras del mundo empresarial o deportivo. Duhalde consideró a Macri para presidente con consenso de gran parte del PJ, pero Macri rechazó el pedido porque no se sentía preparado para la tarea (según lo declaró en una entrevista a Mariano Grondona en *Hora Clave*); el santafecino Carlos Reutemann también había rechazado el ofrecimiento, y el cordobés De la Sota se estancó en los sondeos de opinión. El poco conocido Néstor Kirchner fue elegido sin el apoyo de los menemistas, por lo que ganó las elecciones con escaso apoyo popular y partidario. Macri y Kirchner compartían el espíritu de la renovación política, el diálogo y el consenso. No obstante, ese acervo común mostró ser endeble para el balotaje porteño de 2003. Kirchner lo acusó entonces de menemista y apoyó la candidatura del debilitado Aníbal Ibarra, quien finalmente consiguió el apoyo de la ciudadanía porteña (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015).

La imagen de Macri, quizás, era amenazante para algunos sectores populares, desde que, en diciembre del 2010, tras la toma de tierras en el Parque Indoamericano, apuntó a una “inmigración descontrolada” como causante de los disturbios que tuvieron dos muertes por gatillo fácil como desenlace (Grimson, 2015).

Más tarde, cerca de las elecciones del 2011, la ministra de Desarrollo Social, María Eugenia Vidal (luego vicejefa de gobierno y, actualmente, gobernadora de la provincia de Buenos Aires), alcanzó algunos acuerdos con referentes peronistas de las villas 20 de Lugano y 31 de Retiro para la urbanización de ambos barrios. Estos últimos eventos tuvieron poca prensa (se puede sospechar, como motivo, la simpatía que los comentarios xenófobos de Macri generan en la clase media y blanca porteña) y no reflejan en lo más mínimo algún programa de solución holística al déficit habitacional de la ciudad,⁵ pero explican mucho mejor que la teoría de la estetización la reconciliación de Macri con algunos sectores desaventajados de la ciudad, que se resume parcialmente en el eslogan “Vos sos bienvenido”. La mirada de Macri prácticamente no aparece en la campaña: no hay vigilancia, sos bienvenido.

Por su parte, la campaña de Cristina Fernández de Kirchner apuntaba a aunar todas esas individualidades en el eslogan “La fuerza de un pueblo”, equiparado con la propia noción de “Cristina 2011”. La homologación de líder y pueblo es una vieja estrategia estética de los regímenes de liderazgos que históricamente el peronismo supo explotar (Plotkin, 2007). En la imagen central de la campaña presidencial del 2011, el pueblo es representado por una multitud agitando banderas celestes



Fig. 3. Foto de la campaña “La fuerza de un pueblo” (FpV) para Presidente de la República Argentina 2011.

Fuente: lacampora.org

5 La urbanización de las villas 20 y 31 corrieron en paralelo con un incremento de la precariedad habitacional que alcanza el 52% entre 2001 y 2010 (Dirección General de Estadística de la Ciudad de Buenos Aires). Por cierto, los índices de inmigración (interna y externa) no aumentaron en términos históricos relativos (Observatorio de Derechos Humanos de la Ciudad de Buenos Aires citado en Grimson, 2015). Durante el período 2007-2017 no existió en la CABA un solo proyecto de construcción de barrios, pese a que sí se crearon burocracias a esos efectos: organismos como la Unidad de Intervención de Gestión de Intervención Social (UGIS) y ProSur Hábitat. Solo en 2013, el Instituto de Vivienda de la Ciudad subejecutó en un 25% el presupuesto para proyectos de desarrollo de viviendas. También, fue con parte importante de fondos del gobierno nacional que se comenzó a urbanizar Lugano: el gobierno local nunca hizo efectiva la Ley Nacional 1770/05, que lo obligaba a construir 1600 viviendas (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015).

y blancas, los colores de la bandera argentina, pero también los del interior del escudo del Partido Justicialista y, fundamentalmente, los del FpV. Adelante del pueblo aparece yuxtapuesta la imagen de la líder, Cristina Fernández de Kirchner (Fig. 3). Ambas partes, líder y pueblo, completan la totalidad de la imagen: hasta el eslogan se imprime en el *collage*. Sin márgenes, sin afuera: Cristina Fernández de Kirchner y el pueblo conforman un todo, la patria celeste y blanca. Es por estas razones que la campaña de Macri culmina con un “Macri en la ciudad” y la de Cristina Fernández de Kirchner con “Cristina 2011”: Macri está entre otros (casi no lo percibimos), es amigable, es empático, es uno más; Cristina Fernández de Kirchner está sobre todos, nos cuida y nos vigila.⁶

La encarnizada campaña mediática antikirchnerista contribuyó posteriormente a desdeñar la capacidad gubernamental de Cristina Fernández de Kirchner bajo las figuras con las que el código misógino recela históricamente la autoridad racional de las mujeres: la bruja, la puta, la loca. Las tapas de la revista *Noticias* de los años 2014 y 2015 lo expresan iconográficamente (Fig. 4). También es conocido que durante el período 2010-2015, el Grupo Clarín (el *holding* de medios más grande de la Argentina), opositor al gobierno, aludía al desequilibrio emocional y a la desmesura de la Presidenta.⁷ Como lo ha estudiado cuidadosamente Bettina Pinto Aparicio, los títulos y fotografías de las tapas de *Clarín* no dejaron de mostrar –en esa época– el carácter “inestable e irascible” de la Presidenta, su



Fig. 4. Reproducciones de tapas de la Revista Noticias.
Fuente: Revista Noticias.

- 6 Estas ideas corresponden a un trabajo que estamos realizando junto a Javier Vázquez Prieto y que se encuentra en proceso de escritura. Vázquez Prieto viene trabajando las actualizaciones de la iconografía del Leviatán (Vázquez Prieto, 2012) y fue él quien sugirió estas ideas en torno a las campañas locales de 2011.
- 7 El conflicto entre *Clarín* y el gobierno se originó cuando el gobierno tomó la posta de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (Ley n° 26.652/09) que tenía por fin principal la democratización del acceso y difusión de la información. La ley obligaba, en uno de sus puntos, a la desinversión de empresas monopólicas.

incapacidad de ver más allá de “ella y su ego”, del mismo modo que advertían sobre los “excesos en la escenificación del poder” (Pinto Aparicio, 2015).

Esta campaña anticristinista, no obstante, corrió en paralelo con la popularidad de la idea del tipo “común”, de “uno más entre nosotros”, que Macri explotó a través de bailes, torpezas y errores, fotos de Snapchat, visitas sorpresa a vecinos de aquí y allá y partidos de fútbol en los barrios.

La estetización de la política pos-2001: lo “PROgre” y la noche mágica

Hemos analizado aquí las estrategias simbólico-iconológicas del kirchenrismo y el macrismo a partir del 2003. Ambos modelos se forjan tras el umbral del 2001 y tienen por fundamento el rechazo de la vieja política. Es Néstor Kirchner quien traza un camino hacia la transparencia. La verdad, la justicia, la historia (alguna vez pilares de la ilustración vernácula) se erigen como ejes cardinales de la reconstrucción institucional. De este fundamento común, nace un kirchnerismo conflictivo, justiciero y heroico contra los intereses egoístas e individualistas de lo que luego sería un macrismo de la espiritualidad, la libertad (económica) y de la transparencia (denunciante de la corrupción política y no empresarial). Dos modelos que se materializan en las campañas del 2011.

Lo interesante es que, por primera vez, esos intereses han ganado elecciones. El PRO no recoge sus símbolos de la tradición conservadora argentina. Recordemos que la intelectualidad argentina juzgó patológico al peronismo por reificar imágenes y no, por ejemplo, a la Revolución Libertadora (1955-1958) por destruirlas (Gené, 2005). El macrismo se abocó de plano a reificar imágenes. Hizo una buena lectura de las modas “progresistas”, universitarias, europeizadas: trazó biciesendas, llevó adelante una campaña de “ciudad verde”, creó los eventos en Ciudad Emergente (de donde surgió la banda Tan Biónica que musicaliza los actos políticos del PRO con el célebre verso “noche mágica, ciudad de Buenos Aires”), gestionó el desembarco de El Arte de Vivir (una organización que tuvo en su prehistoria a la psicodelia woodstockera) y hasta incluyó los colores de la bandera lésbica, gay, bisexual, transexual, transgénero, intersexual y queer (LGBTTIQ) en su última campaña: Macri rescató todo eso que creíamos paralelo a la política, pero que crecía en nosotros –la progresía– como una rebeldía inocente e individualista.

Sus actos tienen un registro diferente a las declaraciones en programas periódicos: tienen el encanto de una emisión de entretenimientos. En ellos, no se

usan expresiones violentas como “el curro de los derechos humanos” (*La Nación*, 2014) o “inmigración descontrolada [de personas de países limítrofes]” propias del aspecto más conservador del PRO. Estos actos no están preparados para potenciar el revanchismo político en los sectores más tradicionales y concentrados de la derecha argentina (para ellos, como hemos visto, trabajan incansablemente los pasquines oficialistas), sino que están hechos para un electorado que “no se interesa” por la política (y mucho menos por esta entendida como conflicto): se dirigen al “vecino”, al “ciudadano común” (Durán Barba y Nieto, 2011). La armonía, la alegría y el clima familiar del video de casamiento, con el tío torpe y descarado que busca hacer reír a los sobrinos; con las primas, las hermanas, los amigos sabandijas que van sumándose al baile, todo esto se dirige a una individualidad negadora cuyo fuego no dejó de avivarse en paralelo con la progresión del desarrollo económico argentino.

Las intervenciones del espacio público y la revolución de la alegría constituyen un culto al individualismo que terminó de cristalizar en la campaña municipal del 2011, donde las individualidades no conectaban (o coincidían) con significantes colectivos, sino con otra individualidad, la de Mauricio Macri. En el mismo año, el FpV tomaba nota del incipiente individualismo que puede y (debe) dialogar con la vida de la comunidad: eso se expresaba en el eslogan “la fuerza de...” (que hacía coincidir la fuerza de “Cecilia” con la fuerza de un pueblo y, por fin, con la fuerza de la líder, significativo vacío por antonomasia). También hoy, la idea de la “Unidad Ciudadana” busca expresar cómo las nociones de ciudadanía y unidad soberana son dos caras de la misma moneda. Este recorrido no buscó posverdades, sino verdades y efectos de verdad en lo que la propaganda efectivamente comunica.

Referencias bibliográficas

Adamovsky, E. (2017). *El cambio y la impostura. La derrota del kirchnerismo, Macri y la ilusión PRO*. Buenos Aires: Planeta.

Amado, A. (2013): “La épica no es fiesta”. *Perspectivas*, 8.

Barthes, R. (1991): “El mito, hoy”. En *Mitologías*. Traductor: Héctor Schmucler. México: Siglo XXI.

Baudrillard, J. (2009). *La sociedad del consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Traductora: Alcira Bixio, Madrid: Siglo XXI.

Benjamin, W. (1991): “Das Kunstwerk im Zeitalter seinen technischen Reproduzierbarkeit”. En *Gesammelte Schriften I, 2*. Suhrkamp: Fráncfort del Meno.

Borges, J. L. (1955): “L’illusion comique”. *Sur*, 237.

Da Porta, E. y Simón, G. (2007): “La verdad y las formas mediáticas. Narrativas del presente y verdad política en la televisión argentina post-2001”. *Revista Argentina de Comunicación*, 2 (2).

Debord, G. (2012): *La sociedad del espectáculo*. Traductor: José Luis Pardo. Valencia: Pre-Textos.

“De Moyano a Cristina: ‘No actúe con soberbia’” (15 de septiembre del 2012). *Clarín*. Disponible: <https://www.clarin.com/politica/Moyano-Cristina-actue-soberbia_0_HkndUjk2P7l.html>.

“Eseverri: ‘Carrió se parece mucho a Cristina por soberbia y autoritaria?’” (19 de noviembre de 2014). *Perfil*. Disponible: <<http://www.perfil.com/politica/eseverri-carrio-se-parece-mucho-a-cristina-por-soberbia-y-autoritaria-1119-0025.phtml>>.

“Duhalde trató a Cristina de ignorante y soberbia” (12 de agosto del 2011). *La Gaceta*. Disponible: <<http://www.lagaceta.com.ar/nota/449853/politica/duhalde-trato-cristina-ignorante-soberbia.html>>.

Durán Barba, J. (2016). *Conferencia Argentina 2030*. Catamarca.

Durán Barba, J. y Nieto, S. (2011): *El arte de ganar*. Buenos Aires: Debate.

Fayt, C. (1967): *La naturaleza del peronismo*. Buenos Aires: Viracocha.

García Beaudoux, V.; D’Adamo, O. y Slavinsky, G. (2005). *Comunicación política y campañas electorales: estrategias en elecciones presidenciales*. Barcelona: Gedisa.

Gené, M. (2005). *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Grimson, A. (2015). *Mitonimias argentinas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

“Hugo Moyano sobre Cristina Kirchner: ‘su soberbia hace que no quiera aceptar

- sugerencias” (8 de julio del 2013). *La Nación*. Disponible: <<https://www.lanacion.com.ar/1599446-hugo-moyano-sobre-cristina-kirchner-su-soberbia-hace-que-no-quiera-aceptar-sugerencias>>.
- Landes, J. B. (2007). “Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution”. *Eighteenth-Century Studies*, 23(2), 218-223.
- Lash, S. (2002). *Crítica de la información*. Madrid: Amorrortu.
- Lepore, J. (21 de marzo del 2016). “After the fact”. *New Yorker*. Disponible: <<http://www.newyorker.com/magazine/2016/03/21/the-internet-of-us-and-the-end-of-facts>>.
- Losiggio, D. y Abadi, F. (16 de marzo del 2017). “Lo retiniano y lo simbólico: propaganda macrista vs. propaganda kirchnerista”. *Espacio Murena*. Disponible: <<http://www.espaciomurena.com/9019/>>.
- Losiggio, D.; Otero, N.; Pérez, L. y Solana, M.: “¿Qué es la violencia de género?”. En *Manual de prácticas culturales*. Buenos Aires: UNAJ. En prensa.
- Luhmann, N. (2006): *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.
- “Mauricio Macri: ‘Conmigo se acaba el curro de los derechos humanos’ (8 de diciembre de 2014). *La Nación*. Disponible: <https://www.lanacion.com.ar/1750419-mauricio-macri-conmigo-se-acaban-los-curros-en-derechos-humanos>
- Montero, A. S. (8 de julio del 2017): “Ciudadana K”. *Panamá*.
- Muraca, M. (2016). *De Grondona a Cristina Fernández de Kirchner. De la república liberal a la república popular*. Tesis de doctorado. IDES/UNGS, Buenos Aires, Argentina. Disponible: <http://www.ungs.edu.ar/ms_ungs/wp-content/uploads/2016/09/Tesis_Muraca.pdf>.
- Pinto Aparicio, B. (29 de marzo al 02 de abril del 2015). “Ella, fotografías de Cristina Fernández de Kirchner en las tapas de *Clarín*”. Trabajo presentado en la División Temática Ibercom 07 Discursos y Estéticas de la *Comunicación del XIV Congreso Internacional IBERCOM* en la Universidad de San Pablo. San Pablo, Brasil.
- Plotkin, M. (2007): *Mañana es San Perón*. Buenos Aires: Eduntref.
- Rancière, J. (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ___ (2014): *El reparto de lo sensible*. Traductora: Mónica Padró. Buenos Aires: Prometeo.

- Rinesi, E. (2011). *Política y tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Buenos Aires: Colihue.
- Rosemberg, J. (2 de julio del 2017). “El gobierno prepara profundas reformas para después de las elecciones”. *La Nación*. Disponible: <<https://www.lanacion.com.ar/2038961-el-gobierno-prepara-profundas-reformas-para-despues-de-las-elecciones>>.
- Sánchez Andía, R. (2011). “Expediente 8062/11: Sanchez Andía y otros c/GCBA s/amparo (art. 14 CCBA)”. Buenos Aires: Fiscalía General, Ministerio Público de la Ciudad de Buenos Aires. Disponible: <<https://www.fiscalias.gob.ar/wp-content/uploads/prev/66-dictamen-fg-nc2ba-066-e-11-190511-expte-8062-11.pdf>>.
- Schuttenberg, M. (2017). “La revolución de la alegría. ¿Una articulación populista?”. *Question*, 1(53).
- Sibilia, P. (2013). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sontag, S. (1987). “Fascinante fascismo”. En *Bajo el signo de Saturno*. Barcelona: Edhasa.
- Sosa, P. (2011). “La construcción de legitimidad del Frente para la Victoria (1988-1991)”. *Trabajo y Sociedad*, XV(16).
- Touzon, P. (26 de julio del 2017). “El hombre algoritmo”. *Panamá*.
- Vázquez Prieto, J. (2012). *La querrela por la Libertas hobbesiana. Un análisis de las nociones de libertad en la trilogía político-filosófica de Thomas Hobbes. Eadem Utraque Europa*, 13.
- Verbitsky, H. (22 de mayo del 2016). “El tercer semestre”. *Página/12*. Disponible: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-299942-2016-05-22.html>>.
- Vezzetti, H. (2004). “Conflictos de la memoria en Argentina”. *Lucha armada*, 1.
- Vommaro, G.; Morresi, S. y Bellotti, A. (2015). *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*. Buenos Aires: Planeta.

POLÍTICAS Y DECISIONES DE GESTIÓN PÚBLICA PARA UN MODELO DE ESTADO POPULAR. ¿QUÉ HA PASADO EN LA ARGENTINA ENTRE 2003 Y 2015?¹

Paula Nazarena Amaya (UNAJ)

Presentación

La comprensión de la historia política reciente y los devenires del Estado como institución articuladora en el abordaje de los problemas sociales son centrales para cualquier estudio sobre el comportamiento de las organizaciones y la transformación social. La reorientación del desempeño del Estado como efecto de las crisis económicas, sociales y políticas de fines del siglo pasado e inicios del presente en países como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela permiten discernir el desarrollo de nuevos paradigmas de producción e implementación de políticas públicas (Vilas, 2011). Este escenario complejo de empoderamiento del Estado y liderazgo político ha implicado en Argentina la implementación de políticas como la Asignación Universal por Hijo, los programas Conectar Igualdad, Procrear y Progresar, entre otros. Esta realidad estatal trajo consigo la discusión acerca de las capacidades reales que las organizaciones públicas presentan para hacer frente a este tipo de políticas, lo que hizo que cobren, entonces, fuerza tanto en el plano académico como de gestión, interrogantes como: ¿qué administración pública hace falta para abordar los desafíos de los gobiernos populares en la región? y ¿qué cambios se han producido entre los años 2003 - 2015 en materia de gestión pública en la Argentina?

1 Artículo escrito en marco de la tesis doctoral *Evaluación de políticas y programas públicos: Un aporte al fortalecimiento del Estado* (Universidad Autónoma de Barcelona). Revisado en junio de 2017. Investigación realizada en la Universidad Nacional Arturo Jauretche con la colaboración en la realización de entrevistas de la docente Patricia Rodrigo.

Un Estado con fuerte incidencia en las cuestiones sociales necesita ejercer un liderazgo competente para la resolución de las diferentes problemáticas. Esto conlleva al desafío de fortalecer tanto el compromiso como las competencias profesionales de los actores que conforman las administraciones públicas. El horizonte necesario se constituye en un Estado con núcleos de competencias claras y sustanciales. Estas competencias deben articularse en organizaciones con estructuras flexibles, capaces de construir una relación más fuerte entre las competencias del Estado, las misiones institucionales y los desempeños de grupos y personas.

La gestión del Estado necesita de un fuerte énfasis en la promoción del compromiso público fundado en valores de los trabajadores y funcionarios del Estado, entendiendo que esta es una de las bases fundamentales del estímulo al buen desempeño, además de las reglas y consistencias técnicas de promoción del desarrollo profesional y la carrera. Es necesario fortalecer estrategias de planificación y evaluación de los resultados de las políticas y programas, a cargo de los responsables de las principales áreas de gobierno, de forma articulada e integral, atendiendo a la complejidad que caracteriza a las políticas.

En esta investigación se comparte una síntesis de los resultados del estudio fundado en la perspectiva de los actores, donde se discute sobre el concepto mismo de calidad institucional, se reflexiona sobre la relación entre los modelos de Estado y los modelos de gestión pública, y se socializan avances y desafíos pendientes a través de la caracterización de diferentes aspectos de gestión, teniendo como referencia el nivel nacional de gobierno. Para tal fin, se entrevistó a un conjunto de actores claves definidos en función de criterios relacionados con la trayectoria en la gestión de políticas, como así también sus antecedentes en la construcción de conocimiento en el ámbito de las políticas públicas.²

Respecto del análisis de las entrevistas, se ha seguido la secuencia de obtención, ordenamiento e integración de la información en función de diferentes ejes temáticos centrales para la investigación. A continuación proponemos, entonces, en primer lugar una breve caracterización de la administración pública nacional en el contexto de los años 2001 - 2002, para pasar luego a una introducción conceptual que nos llevará, finalmente, a compartir las reflexiones surgidas de la investigación.

2 Concretamente, la definición del perfil de las personas entrevistadas fue expertos, docentes e investigadores destacados en el campo de la planificación, implementación y evaluación de las políticas y la gestión pública, que, paralelamente, se desempeñan o han desempeñado en cargos de responsabilidad en el nivel nacional de gobierno, aunque algunos de ellos basan más su trayectoria en el ámbito académico o de la consultoría tanto en la Argentina como en otros países de América Latina.

Estado de situación de la gestión pública estatal previo al contexto del 2001

Existen numerosos estudios que relatan el derrotero histórico de la administración pública nacional argentina y su impacto en la organización estatal y el conjunto de decisiones y acciones que se llevan a cabo desde el retorno de la democracia en 1983.

En este apartado, nos basamos principalmente en diferentes artículos de Andrea López (2012), Horacio Cao, Arturo Laguado y Maximiliano Rey (2015) para presentar de forma sintética la situación en la cual la administración pública nacional se encontraba frente a la crisis social, política y económica de los años 2001 y 2002 en la Argentina.

La administración pública, con sus complejidades y diferencias de sectores y niveles, atraviesa desde 1983 sucesivas variantes de reingeniería estatal, impulsadas por diferentes grupos, y lideradas con creciente énfasis en la década del 90 por consultoras y organismos financieros internacionales. Estas reformas se caracterizaron por privatizaciones de empresas y servicios públicos y procesos de descentralización, desconcentración y delegación de competencias del nivel nacional del Estado que provocaron no solo el desguace en términos de sus competencias y su impacto social, sino también la desintegración de las organizaciones y el empleo público. Las reformas del Estado en los años 80 y, principalmente, 90 se sustentaban discursivamente con objetivos que profesaban la “racionalización” del gasto público, expresado en el tamaño de las organizaciones y la cantidad de empleados. Primaron en este marco las políticas indiscriminadas de supresión de organismos y de recorte de personal, con argumentos basados en la importancia de asimilar la gestión pública a la gestión privada, haciendo primar criterios de “eficiencia” y forzando el concepto de ciudadano hacia su simplificación con el de cliente.

Estas propuestas de abordaje de las transformaciones de la administración pública estaban sostenidas por los principios del *new public management* (“nueva gerencia pública”), presentadas como un conjunto de iniciativas técnicas caracterizadas por su “neutralidad política”. Estas eran promovidas en el marco del Consenso de Washington en los países de América Latina como la forma de abordar la falta de productividad de las organizaciones públicas, con propuestas de achique de las estructuras del Estado. Estas medidas sostenidas por los “expertos” de organizaciones como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) se fundaban en términos tales como “gestión por resultados”, “evaluación de desempeño”, “mejora continua”,

“satisfacción al cliente”, “normas” y “estándares de calidad”. Las perspectivas sobre la gestión pública se encuentran en relación con las dinámicas sociales, políticas y partidarias que caracterizan los contextos, siendo estos elementos del sistema político que se influyen mutuamente. En este sentido, la visión empresarial de la gestión pública se encontraba ligada a los principios económicos y políticos que priorizaban y despreciaban en la agenda diferentes necesidades sociales.

Las leyes fundamentales para llevar adelante esta transformación fueron la de Reforma del Estado (Ley 23.696/89) respecto de la implementación del programa de privatizaciones de las empresas públicas y la de Emergencia Económica (Ley 23.697/89).

El resultado más significativo del primer gobierno menemista se asentó en la modificación radical del perfil del aparato de Estado, a partir de la desarticulación de su función empresaria (privatización de ENTEL, Aerolíneas Argentinas, Gas del Estado, SEGBA, YPF, Ferrocarriles, etc.) y la supresión de un conjunto de organismos clave para la toma de decisiones de política económica, como las juntas reguladoras, prefigurando una tendencia hacia el fortalecimiento de las funciones represivas, que se afianzará con el incremento del número de agentes en las fuerzas de seguridad dependientes del Ministerio del Interior (López y Zeller, 2012).

Luego, durante el fallido gobierno de la Alianza, estas tendencias se reforzaron, agravándose por la indisponibilidad de recursos y la crisis económica. Esto terminó de construir un panorama de sistema de empleo público nacional desarticulado, con estructuras maltratadas debido a sucesivas reformas inconclusas que atentaban contra la idea de un Estado fuerte en la formulación, implementación y liderazgo de políticas que sostengan principios como el desarrollo nacional, el crecimiento cualitativo del sistema educativo, la inclusión social, la producción y el fortalecimiento de la industria, entre otras políticas que son representativas de un Estado nacional popular.

Estado y políticas públicas: discusiones sobre sentidos de la política, modelos de Estado y calidad institucional

Las políticas universales potencialmente implican la conquista de derechos sociales postergados, pero, a la vez, interpelan fuertemente a las organizaciones públicas, desafiándolas a lograr mayores niveles de cooperación interinstitucional, mejores niveles de desempeño, actualización de los procesos y fortalecimiento de los sistemas de comunicación, entre otras cualidades. La implementación de

políticas públicas universales encuentra en las organizaciones públicas una serie de obstáculos ¿Cómo abrir 2 millones de cuentas bancarias para liquidar la Asignación Universal por Hijo con criterios de igualdad en tiempo y forma? Cumpliendo con la decisión política de pagar con tarjetas magnéticas para eliminar cualquier tipo de intermediación? ¿Cómo informar de esta decisión a 2 millones de personas? (Fontdevila, 2012).

Podemos agregar otras preguntas que ejemplifican la misma cuestión: ¿Cómo intervenir de forma estratégica en el mercado inmobiliario para que los actores privados con intereses relacionados con el PROCREAR no hagan fracasar la decisión política?, ¿Cómo entregar 3.500.000 de *netbooks* sin generar ansiedad negativa en la comunidad educativa?, ¿Cómo lograr que millones de docentes en todo el país hagan un uso pertinente de este elemento dentro el aula?

Carlos Vilas (2013) parte del concepto de recuperación de la política como herramienta de construcción y transformación social, haciendo un aporte de “cambio de rumbo” a ciertas producciones dominantes del último cuarto de siglo donde se le asigna a la política un rol instrumental y se la trata como un asunto técnico. La cuestión de la política como conflicto es central para abordar el concepto de calidad institucional, dado que “el mejor resultado social posible” es una variable con múltiples interpretaciones y se configura a partir de la interacción de factores materiales y valorativos. Las instituciones y el ejercicio de las políticas públicas no son ajenas a esta realidad y, por lo tanto, a la hora de abordar cuestiones de diseño, implementación y evaluación de las políticas resulta imprescindible abordar los “sentidos”, las visiones sobre la sociedad pretendida y sus implicancias en el modelo de Estado y administración que esto determina.

Hemos elegido el concepto “calidad institucional” teniendo en cuenta los debates encontrados que presenta y que se tratan en las páginas que siguen. Veamos algunas definiciones circulantes en documentos procedentes de algunas organizaciones y autores reconocidos en estos temas. En el marco de sus trabajos en el Banco Mundial, Kaufmann, Kraay y Mastruzzi (2005) desarrollan el concepto de “calidad institucional”, y sostienen que se expresa en los indicadores de rendición de cuentas, Estado de derecho, control de la corrupción, estabilidad política y ausencia de violencia y efectividad gubernamental (competencia de la burocracia y la calidad de la prestación de servicios públicos). Por su parte, la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) asocia el concepto de calidad institucional al de *governance*, relacionándolo con el uso que en una sociedad se hace de la autoridad política y el ejercicio del control para la administración de sus recursos con el fin de alcanzar el desarrollo social y económico

(OCDE, 1995). Mientras que el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sostiene que bajo los parámetros del paradigma de desarrollo humano sostenible, el concepto de *governance* hace referencia a un marco para la gestión pública basado en el imperio de la ley, un sistema de justicia justo y eficiente, y un amplio involucramiento popular en el proceso de gobernar y ser gobernados (Page, Freille, Estraface y Lardone (2010). De acuerdo con Page, Freille, Estraface y Lardone (2010), la base del concepto de calidad institucional comparte entonces los siguientes requisitos: i) la forma en la que los gobiernos son elegidos, controlados y reemplazados; ii) el respeto del Estado y los ciudadanos por las normas e instituciones que rigen las actividades económicas y sociales; y iii) la capacidad del Estado para diseñar e implementar políticas efectivas.

Encontramos que el ajuste a la ley y las instituciones, el respeto por las normas y el sentido de eficacia institucional son aspectos comunes en las definiciones de calidad institucional que hemos expresado. En primer lugar, coincidimos con el contenido estricto de estas definiciones, lo dicho resulta importante y apropiado. Colabora con la idea de un “Estado capaz”, haciendo referencia a las formas, procedimiento, reglas establecidas y requisitos de funcionamiento, todas ellas cuestiones necesarias para el desarrollo de las políticas públicas. El problema se advierte en relación a lo que falta decir. Volviendo sobre la idea de la política como actividad basada en los valores y sus consecuentes conflictos, en el marco de la cual se disputan los sentidos acerca de los resultados sociales pretendidos, preocupa el hecho de no ver reflejada esta cuestión en las definiciones y tratamientos que habitualmente se le otorga al concepto de calidad institucional. Las formas, las reglas, los procedimientos, las técnicas, los estándares de desempeño son constituyentes del concepto de calidad, pero entendemos que no alcanzan para asociarlo a un tipo de organización capaz de abordar el desafío de sociedades más justas en la distribución de sus recursos. Las respuestas encontradas acerca del diagnóstico de situación de las instituciones públicas en la Argentina se encuentran enraizadas en esta pregunta, que nos interesa especialmente resaltar: ¿dónde comienza la discusión cuando hablamos de calidad institucional?

La expresión en sí, “calidad institucional”, resulta quizás la mejor posible, pero, para valorarla efectivamente, es necesario asociarla al término de competencias en su sentido amplio: la fortaleza y madurez de las instituciones para abordar el liderazgo social. Existe una necesidad estratégica de asegurarse de que la discusión del término comienza en los fines y no se queda en las formas; que resulta necesario desagregar el sentido, el para qué buscar instituciones “efectivas”, definir a qué nos referimos cuando hablamos de los “resultados sociales deseables” o las “expectativas de la ciudadanía”.

Tal como Vilas (2013) explica, el tratamiento de la política como deliberación, desabasteciéndola, vaciándola del conflicto, las tensiones y la confrontación propias de una actividad que pone sobre la mesa nada más y nada menos que la discusión sobre la transformación social logra reducirla a un discurso funcional a la preservación de las relaciones de dominación efectivamente existentes, o a la simple práctica de gestión administrativa, una manera eficaz de preservar a la situación establecida, del cambio que el ejercicio de la política puede implicar. Los desarrollos acerca de la gestión pública, la capacidad institucional y las competencias para planificar, diseñar y evaluar las políticas públicas, deben estar precedidos, interpelados y situados en la descripción del sentido de la política con la cual se relacionan. La política como expresión de valores, razones y pasiones tal como Vilas expresa. La política como construcción colectiva. No es posible comprender las instituciones y su desempeño si aislamos esta discusión de la política. Es decir, quizás podamos hablar de un “sentido ampliado de la calidad institucional” (relación entre los lineamientos políticos de gobierno y la resolución de los problemas sociales que plantea) y un “sentido estricto o acotado de la calidad institucional”, haciendo referencia a las exigencias o desafíos de la gestión pública.

Luego de esta introducción, se presenta a continuación la síntesis de las entrevistas realizadas. Los temas han girado en torno a la descripción del “estado de situación” de la calidad institucional en la Argentina, comenzando propiamente con una discusión acerca del término en sí mismo, y otras referencias conceptuales que entendemos pueden ayudarnos a construir saber sobre la materia. Hemos intentado establecer un diálogo entre las ideas más frecuentes encontradas en las opiniones, quedó bajo nuestra responsabilidad el énfasis y subjetividad en su tratamiento.

Calidad institucional en la Argentina: la perspectiva de los actores

Tal como anticipamos, las personas seleccionadas para constituir este diagnóstico son docentes o investigadores especializados en la materia, con amplia trayectoria y reconocimiento por la comunidad académica y profesional, como directores de posgrados en la temática, autores de obras de referencia para la comunidad, investigadores de organizaciones académicas reconocidas, solo por nombrar algunos. Se ha convocado también a personas que se desempeñan en altos cargos directivos en la administración pública nacional, todos ellos formados en temas de gestión pública; personas que promovieron mejoras en sus áreas o

participaron de ámbitos de formación o discusión relacionados, entre otros indicadores que daban cuenta de compartir este doble perfil.³

El propósito ha sido construir información sobre miradas o perspectivas respecto del progreso de la calidad institucional en la Argentina en el proceso de gobierno del período 2003 - 2015. No se pretende que las síntesis y conclusiones que este estudio arroja sean entendidas de forma extensiva o categórica en referencia al conjunto de la gestión pública argentina, sino más bien aproximativa a una caracterización general que permita debatir entre posturas sobre la temática. Hemos organizado las respuestas en función de temas relevantes (títulos a continuación) y elaborado una pequeña síntesis de opiniones frecuentes en cada uno de ellos.

Reflexiones respecto del significado de calidad institucional

Al iniciar la entrevista, propusimos a los entrevistados (a quienes en adelante identificaremos con la expresión “personas”) la siguiente definición de calidad institucional: “la capacidad de las instituciones para diseñar, implementar y evaluar políticas, programas y proyectos que tengan resultados efectivos en el desarrollo con inclusión social equitativo y sostenido”. En todos los casos, surge una primera reflexión orientada a la importancia de establecer el sentido, los objetivos políticos que impulsan el desempeño de las instituciones sobre las cuales hablaremos de calidad. En general, aparece la reflexión acerca de la necesidad de proponer un concepto de calidad que no deje de hacer referencia a la orientación política estratégica que la sustenta, más allá de las cuestiones vinculadas con las formas de gestión, haciendo notar en el concepto las funciones sustantivas de las instituciones. En términos generales, en esta primera instancia de la entrevista, la mayoría de las personas coinciden en reconocer que el Estado ha tenido durante el período 2003 - 2015 una intervención activa, con objetivos de políticas expresados verbalmente por diferentes actores de primera línea, con implicancias sociales importantes. Junto con esta primera reflexión se presenta un fuerte debate crítico sobre las estrategias de planificación, gestión pública (empleo, articulación estatal, diseños institucionales, entre otros aspectos), evaluación e inclusión de la administración para llevar a cabo esas políticas.

3 Al finalizar el artículo, se pueden consultar los roles y las trayectorias de las personas entrevistadas.

Este debate, que surge del análisis y relación que en el período 2003 - 2015 hubo entre objetivos y resultados de políticas públicas, por un lado, y estrategias y herramientas de formulación, implementación y evaluación de las mismas por el otro, se expresa en las respuestas que las personas dieron a las preguntas que se plantearon en las entrevistas. En este sentido se advertía en algunas de las personas una primera reflexión-preocupación, que podemos resumir en una pregunta y cobra especial relevancia con el paso del tiempo: ¿cuáles son las condiciones de sostenibilidad que estas políticas activas tendrán, cuando no se han “institucionalizado” en decisiones, condiciones y reglas de juego con un sostén y protección de legalidad y legitimidad?

Relación entre modelos de Estado y modelo de gestión pública

El propósito de esta pregunta radicó en proponer un diálogo acerca de la relación existente entre los modelos de Estado y los modelos de gestión pública: ¿un modelo de Estado, determina un modelo de gestión pública?, ¿a cada modelo de Estado le corresponde un modelo de gestión pública?

Ante la pregunta y en primer lugar, se compartieron con las personas algunas definiciones sobre modelo de Estado y modelo de gestión pública. Con modelo de Estado nos referimos a la compleja conformación que los Estados asumen en diferentes contextos históricos, en una relación de determinación recíproca con la sociedad, en función de los principios políticos entre otros factores culturales, sociales y de contexto. Los principales lineamientos políticos que determinan su posicionamiento y la jerarquización de los problemas sociales conforman distintos “modelos” de Estado. En la Argentina, de acuerdo a diferentes autores, se reconocen tres momentos o modelos: el constituido a mediados del siglo XIX con el estado liberal oligárquico; el que se conforma a partir de los 40 con el Estado social, nacional-popular, y el que comienza a conformarse a fines desde fines de los 70 y la crisis del estado de bienestar, el estado neoliberal (García Delgado, 1994). Existe todavía un debate acerca del modelo constituido o expresado por el proceso político 2003 - 2015. Se utilizan, entre otras, diferentes denominaciones como un Estado posneoliberal, un régimen nacional - popular (Vilas, 2005), un modelo neodesarrollista (Feliz y López 2012).

Con respecto a modelos de gestión pública, nos referimos al conjunto complejo de principios y formas de comprensión y acción que de forma no homogénea

permea en las definiciones y prácticas de gestión de las organizaciones públicas. Aquí podemos mencionar el *new public management*, el modelo weberiano o el modelo burocrático, entre otras corrientes. También respecto de los modelos de gestión pública imperante existe en la actualidad un fuerte debate en la Argentina. De acuerdo a la vinculación existente entre los “principios de la política” y las instituciones públicas, entre los requerimientos diferentes de la sociedad y el desempeño de los liderazgos políticos, entre las características de contexto (relaciones entre Estados, agendas públicas, etc.) y el accionar de las administraciones, entre otras interacciones presentes en todo sistema político, se supone que existe algún tipo de relación entre un modelo de Estado y un modelo de gestión pública, ¿cómo se caracteriza esta relación?

A continuación, destacamos las ideas más frecuentes que las personas han expresado frente a esta pregunta. En primer lugar, la mayoría acuerda en que existe una relación de incidencia entre un modelo de Estado operante y las perspectivas de gestión pública que en determinado momento coexisten, aunque esta relación no es determinante ni lineal. La relación que existe entre estos dos conceptos es compleja y siempre cambiante. Todo sistema político guarda alguna relación con la configuración de las instituciones que lo conforman, y por lo tanto, así como el Estado y la sociedad se entienden de forma articulada, lo mismo ocurre con los modelos estatales y de gestión pública. El desempeño de los actores que conforman cada esfera se influyen mutua, cambiante y constantemente. Aunque hablar del Estado “en general” refiere a una complejidad y abstracción tal, que resulta difícil establecer adjetivaciones totalitarias. ¿Podemos afirmar que todas las instituciones que representan al Estado refieren al mismo modelo?

En el mismo sentido ¿Hay un solo modelo de gestión pública? Hay modas, tendencias, unas más afianzadas o difundidas que otras, algunas instituciones son más permeables a unas que otras, pero ¿es posible decir que las instituciones del Estado tienden a expresarse compartiendo un modelo de gestión pública?

Nos ha quedado la idea [de] que el ajuste neoliberal se hizo bajo el “New public management”. Esto no fue así, pese a que hay relativa incidencia, es inapropiado afirmar que a cada tipo de Estado le corresponde un modelo de gestión pública (Entrevista 3).

Se plantea de todas formas una relación de cierta “condicionalidad” entre el rol construido para el Estado y ciertas competencias que debieran predisponerse en la gestión pública, ciertas “necesidades de tecnologías” para realizar determinadas acciones sustanciales correspondientes a las prioridades del modelo estatal. De

acuerdo a las personas entrevistadas, esta cuestión a veces marca incompatibilidades relativas. Las experiencias de los países de la región se hacen eco de esta tensión. Con complejidades diferentes, similitudes y diferencias tanto en los procesos como en los resultados logrados en materia de políticas, confirman que proyectos o modelos de Estado concordantes, han asumido muy variadas perspectivas respecto de la gestión pública.

En la Argentina, específicamente las personas entrevistadas identifican que en los últimos 30 años la administración ha sido impactada por el neoliberalismo, promoviendo en las instituciones públicas diferentes lineamientos como el protagonismo de las áreas financieras y tributarias, las propuestas de la nueva gestión pública: orientación a resultados, protagonismo de las áreas de presupuesto, énfasis en la lógica del control, entre otras. Estos modelos de Estado han configurado unas instituciones públicas cuyas tecnologías se superponen y conviven. Desde el año 2003, se asume la construcción de un modelo estatal basado en un fuerte liderazgo en materia política, económica y social. A su vez, las prácticas de gestión pública que han predominado son dispares y heterogéneas y, por lo tanto, la descripción de esta relación en el período reciente se vuelve dificultosa. Existen nichos donde el uso de las nuevas tecnologías de la información se ha destacado, optimizando procesos que efectivamente mejoraron servicios, por ejemplo, el programa de “Nuevo DNI” del Ministerio del Interior de la Nación.⁴ Nichos donde la buena gestión de datos y logísticas nacionales organizaron políticas públicas de dimensiones nacionales: la Asignación Universal por Hijo (AUH) o el programa Conectar Igualdad entre otros.

Respecto entonces de la relación entre modelos de Estado y modelos de gestión pública, encontramos que la mayoría de las personas entienden que existe tal relación, pero que no se trata de una asociación determinante o lineal. De acuerdo a las diferentes inclinaciones de sentido político, resulta consecuente diseñar y construir modelos o lineamientos de gestión pública, pero que esta asociación se da de manera superpuesta, sin corresponderse en tiempo exactamente, y con una fuerte convivencia de estrategias de gestión muy diversas. En los modelos de Estado que están centrados en el desarrollo con inclusión, se profundiza una tendencia al conflicto de intereses (políticos y económicos), y eso repercute en la administración. Quizás la cuestión sea preguntarse de qué manera las estrategias de administración asumen estos conflictos: ¿cómo incorporar de forma pertinente y efectiva la dimensión política en las estrategias y dinámicas de gestión pública?, ¿cómo articular las competencias profesionales de la administración, el “saber”

4 Véase: <<https://www.argentina.gob.ar/dni>>.

presente y las “técnicas” apropiadas a los tiempos y requerimientos de las complejas políticas públicas asociadas a los modelos estatales, populares nacionales o neodesarrollistas? Estas parecen ser algunas de las preguntas que podemos realizarnos.

Caracterización del estado de situación de la Argentina en materia de calidad institucional

La valoración respecto de situación en la Argentina, teniendo en cuenta diferentes factores, desde la perspectiva de las personas entrevistadas, ha merecido respuestas muy distintas. Ante la pregunta: “¿considera que la calidad institucional ha mejorado en la Argentina en los últimos 10 años?”, encontramos tres grupos de valoraciones: positivas, intermedias y negativas. A continuación, sintetizamos las fundamentaciones en los tres grupos identificados.

Quienes adhieren a la idea de que la calidad institucional ha mejorado considerablemente, lo hacen argumentando que está dada en la legitimidad adquirida por el Estado a través de la implementación de políticas de impacto positivo en la población:

No existe el “plan de desarrollo” como en países vecinos, y no hay una sistemática coordinación de las diferentes políticas y desempeños ministeriales, pero si escuchás y juntás los discursos de la Presidenta, el plan está claro. Habría que reflexionar sobre si hace falta más. Si la planificación escrita marcaría más y mejor el rumbo, o no (Entrevista 16).

Un segundo grupo, asociado a una respuesta intermedia, considera que hay ejemplos y experiencias de gestión de los últimos 10 años, que marcan una mejora en la calidad institucional, pero advierten que no se ha logrado una instancia de integración de las modalidades de gestión de las políticas a nivel nacional. Se valoran positivamente los resultados sociales de la intervención estatal del proceso de gobierno 2003 - 2015, sustentando esta afirmación en una visión comparativa del desarrollo reciente de la historia argentina. Se entiende que durante los 30 años iniciados a mediados de la década del 70, la calidad institucional fue desgastada en su capacidad estatal, expresiones políticas, cohesión de valores sociales, niveles de acceso a los servicios básicos, sistemas de educación, de ingresos públicos, de relaciones internacionales, entre otras. Las posiciones intermedias sostienen que desde el año 2003 en adelante, evidentemente, hay una recuperación de las capacidades de gestión estatal y un fortalecimiento de la calidad institucional. Cuando el Estado diseña, desarrolla e implementa planes, programas y proyectos que in-

volucran a millones de personas en forma eficaz, esto puede ser considerado un paso adelante en la mejora en la calidad institucional. Se resalta la necesidad de coordinar y articular de manera territorial la planificación nacional. Se enuncian diferentes ejemplos de planificación sectorial exitosos: El Plan de Parques Nacionales, el Plan de Ordenamiento Urbano-Ambiental, el plan del Instituto Nacional Central Único Coordinador de Ablación e Implante (INCUCAI), el del Ministerio de Trabajo, el del Instituto del Seguro, los planes hospitalarios, etc. No obstante, se visualiza que no existe una instancia de articulación superior e integrada que permita valorar en su conjunto los logros alcanzados y los pendientes.

Quienes sostienen que la mejora de la calidad institucional es relativa, refieren a que la implementación de estas grandes políticas, si no se consolidan en un plan nacional de desarrollo, y no “permean” en las reglas y actores institucionales, son fácilmente destructibles. Asumen que es evidente que las políticas públicas están orientadas a resolver la problemática de los grupos vulnerables, pero entiende que hay cuestiones centrales que funcionan mal. Se enuncian distintos intentos de construir un plan nacional desde distintas áreas, pero se destaca que no se ha llegado a tal resultado. Algunas personas plantean que se encuentra en revisión el sentido sustancial del Estado (¿qué debe hacer el Estado?), tanto como los mecanismos para la construcción de acuerdos (quiénes participan, cómo se discute, las condiciones de desempeño del sistema político, entre otras cuestiones), entendiendo que esta característica de transición, explica que no se hayan fortalecido las prácticas de planificación y evaluación. Se visualiza la voluntad de construir calidad institucional, pero, según algunas opiniones, se ha logrado solo en algunos circuitos: la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES), el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP), el Registro Nacional de las Personas (RENAPER), el Ministerio de Ciencia y Tecnología y algunos programas de referencia del Ministerio de Desarrollo Social. Agregan, además, que la calidad institucional de los casos de gestión exitosos se funda en diferentes corrientes o lineamientos de gestión pública. Se hace notar que la “renacionalización” de importantes políticas públicas implica en la implementación una coordinación vertical y horizontal que antes no resultaba necesaria. . Antes del 2003, con la aplicación de la descentralización fiscal, educativa, de salud, etc., las políticas públicas nacionales no tenían peso. Se resalta el protagonismo del Estado nacional como promotor y efector principal de las políticas públicas.

Otro dato de expresión positiva que se enuncia entre el 2003 y 2015 es que creció la recaudación, hubo más equipos de gestión en todas las áreas y a nivel territorial, así como mayor número de programas diferenciados, además de la

implementación con éxito de las políticas más importantes pretendidas por el gobierno. Se destaca, adicionalmente, el rol que las universidades públicas nacionales han tenido en la gestión, mejora y análisis de calidad de las políticas públicas en los últimos años. En este grupo, algunas personas entrevistadas entienden que la calidad institucional se expresa en la trascendencia social positiva de políticas y programas tales como el Procrear, la Asignación Universal por Hijo, el Progresar y el Conectar Igualdad. Pero es extendida la opinión de que resulta necesario profundizar y avanzar en las cuestiones de procesos, decisiones, políticas que hacen a mejores instituciones públicas, más preparadas y fortalecidas para llevar a cabo estas políticas de inclusión social sostenibles.

Como tercer grupo identificado, quienes sostienen que la capacidad institucional ha disminuido, justifican su opinión en políticas que consideran insuficientes, como por ejemplo las políticas energéticas y el transporte. Sostienen que la capacidad de gestión es baja y la calidad profesional ha caído, como asimismo la falta de planificación y la incapacidad de configurar el largo plazo. Afirman que hace falta un proyecto que integre las apetencias de toda la sociedad, una especie de pacto en pos del desarrollo sustentable. Expresan que hace falta modificar cuestiones esenciales de la administración como la coparticipación de recursos entre el Estado nacional y las provincias, el sistema fiscal, la modernización del sistema judicial, de los procesos de gestión, de las condiciones de empleo público, entre otros pendientes. Además, se enuncian ejemplos de políticas importantes, que han tardado más de la cuenta en llegar a buen puerto, y asignan esta situación a la modalidad que el proceso político utiliza para implementar las grandes decisiones. Reconocen una voluntad y claridad política muy fuertes, se avanza rápidamente con los equipos que adhieren, sin dedicar recursos y tiempos a la construcción de acuerdos intermedios con la totalidad de actores involucrados.

Se advierten dificultades importantes en materia de empleo público, por ejemplo, se refiere a una ruptura entre el tejido de personas de confianza (modalidades de contratación temporaria, personal “político”), y las personas de la administración que no adhieren o participan de las decisiones políticas. Si bien se advierte la importancia de las negociaciones colectivas como gran mejora en materia de empleo público, se hacen notar otras cuestiones que se consideran centrales. En algunas áreas, las burocracias heredadas aparecen como una carga. Los concursos que se realizan son para las categorías más bajas. Creció la planta transitoria y se pasó a un número importante de agentes a la planta permanente y contamos con convenio colectivo. Sostienen también que no hubo un cambio del patrón productivo: se acepta que hubo un aumento de la producción industrial,

pero de baja calidad. No hay un plan nacional de desarrollo, y esto conspira con la sostenibilidad.

Para concluir esta caracterización, como síntesis de las diferentes opiniones, podemos decir que, el componente del concepto de calidad institucional relacionado con la capacidad de gobierno y la puesta en marcha de políticas públicas que han tenido resultados sociales importantes es valorado positivamente por la mayor parte de las personas entrevistadas. En relación al aspecto del concepto vinculado con las capacidades administrativas, hay menos acuerdo entre los referentes, argumentando que es muy heterogénea la situación y quedan aspectos centrales por revisar. Durante este proceso político, la calidad institucional se ha fortalecido fundamentalmente por la aceptación de la política como actor clave en la gestión de lo público, es decir que las transformaciones se han referido básicamente a cuestiones de política estratégica, y no se ha avanzado hacia los modelos de gestión pública. Se hace referencia a la ausencia de un plan nacional integrado que articule las políticas sectoriales, las metodologías de planificación, evaluación y seguimiento.

Se valora el sentido estratégico como modelo de Estado, el protagonismo estatal en la resolución de los conflictos sociales, el foco de atención y presencia del Estado, aunque se advierte que la calidad institucional pensada desde los procesos no se ha mejorado sustancial ni integralmente. Se advierte la pregunta acerca de qué pasaría si esa voluntad de presencia política del Estado hubiera permeado en las estructuras de la administración. Y sobre todo, qué sucede ante la eventual ausencia de ese motor ideológico fuerte que evidentemente este proceso político demuestra. Se acuerda con la idea de que el Estado ha liderado, en este tiempo, políticas públicas trascendentes para la transformación social, y este paso importante habilita el debate sobre la capacidad institucional presente/ausente ligada a este modelo de Estado. Esta reflexión pareciera ser ahora el desafío.

Algunas reflexiones a modo de conclusión

Si tomamos como punto de partida el año 2001, la configuración de la administración pública nacional se encontraba fuertemente impactada por la crisis social-política y económica que terminó de convulsionar a fines de ese año. Esto reafirma una vez más la relación de dependencia que caracteriza a los componentes de un sistema político. La paulatina recuperación de “estabilidad” del sistema que comienza a construir Néstor Kirchner quizás en su visita a los docentes en conflicto como uno de sus primeros actos de gobierno, se afianza en políticas

de tinte popular, poniendo en marcha políticas públicas de fuerte implicancia social. En torno a estas políticas, diferentes actores del sistema se organizaron en apoyo al proyecto político, reduciendo los índices de conflictividad presentes en el 2001 - 2002: movimientos sociales, partidos políticos y gremios entre otros. Si bien estas políticas públicas son reconocidas positivamente por extendidos sectores (incluidos varios pertenecientes a la comunidad académica), también existen considerables niveles de acuerdo con la idea de que los modos de construcción de política pública de estos años no tuvieron un correlato de transformación en la administración pública.

La idea del Estado “en transición” hacia finales de una gestión política que estuvo 12 años en el gobierno, puede ser interesante para sintetizar la opinión de las personas entrevistadas. Con objetivos y resultados en materia de políticas públicas de importantes resultados sociales, y muchos pendientes en materia de procesos y tecnologías de gestión de las administraciones. Ambas cuestiones refieren a la calidad institucional. Quedan debates y desafíos pendientes, referidos al rol y responsabilidad que se establece al formar parte de una institución pública, al compromiso social que esto significa y a la necesidad de revisar las competencias presentes y necesarias de construir para estar a la altura de la complejidad social que caracteriza a nuestro país y a América Latina.

Hemos partido del concepto de recuperación de la política como herramienta de construcción y transformación social, entendiendo que los valores sostenidos por el gobierno son el punto de entrada para comprender y analizar los desempeños de las instituciones, teniendo en cuenta la relación entre “el juego mismo” y “las reglas de ese juego” (Vilas, 2011, 2013). Esto supone, a la hora de abordar la compleja caracterización de las políticas públicas, que es necesario analizar la relación entre el poder y la política, y las bases sobre las cuales esta relación se establece. Profundizar la institucionalidad pública en el sentido de consolidar las bases de administraciones profesionalizadas, fuertes y competentes necesita en definitiva, de una discusión sobre el juego mismo, sobre los valores y líneas políticas estratégicas, para luego abordar el desafío de construir mejores reglas del juego. La relación entre gobierno y gestión, o política y gestión es entonces central para el desarrollo de instituciones que efectivamente colaboren en la mejora de las políticas. Y esa relación, se puede abordar a través de una conceptualización de la calidad institucional más amplia de la habitualmente utilizada, que enuncie una conexión entre gestión y política.

Resulta al menos insuficiente hablar de calidad institucional “estricta” (en relación a la eficacia administrativa), si no abordamos la discusión sobre cómo for-

tales el ejercicio de la política. Las definiciones estructurales acerca del rol del Estado, los valores sociales que se visualizan en la toma de decisiones, los lineamientos en materia económica, los tipos de alianzas promovidas entre los países y las regiones, la discusión sobre la distribución del poder y la palabra, la definición de las alianzas estratégicas en referencia a los diferentes grupos de interés marcan la agenda de la calidad institucional. Es decir, el término “calidad institucional” en sí debería abarcar sentidos más amplios que los meramente dirigidos a pensar los estándares administrativos o los resultados de la gestión. En este sentido, los lineamientos político-estratégicos resultan el primer paso en la definición de la calidad de las políticas públicas. El ejercicio del liderazgo estatal implica la definición política de las necesidades sociales que se priorizarán a través de las políticas públicas, entendiendo que tal selección implica una tensión constante de intereses en nuestras sociedades. Por lo tanto, la discusión sobre cuáles son las políticas de desarrollo de los sectores productivos, de fortalecimiento de los sistemas de salud y educación pública, de inversión en investigación, de distribución de los recursos públicos, entre otras es una reflexión que debe anteceder a las iniciativas de valoración de la calidad institucional.

Este sentido “ampliado” de la calidad institucional, resulta central para la comprensión de las políticas públicas y las dinámicas relacionadas con ellas, como la planificación, el diseño de estructuras, el empleo público o la evaluación. Cualquier estudio o desarrollo de teorías sobre la gestión que se evada de esta discusión es, al menos, incompleta. A través de los aprendizajes en el análisis de este concepto (y su correlato en el diagnóstico del caso argentino), el concepto de calidad institucional puesto en relación con el contexto político, los valores y criterios que este propone, fundamenta la necesidad de desarrollar estrategias de conexión y articulación entre los ámbitos de gobierno y de gestión.

Como segundo nivel de análisis respecto de la calidad institucional, en función de los diagnósticos construidos, se entiende que resulta necesario fortalecer las capacidades de gestión pública. La evolución tecnológica, la aceleración y complejidad creciente de los problemas, la diversificación de los temas sociales de interés extendido y específicos, van muy por delante de la intervención pública, y pone en jaque a las instituciones. Resulta necesario fortalecer la capacidad estatal en los diferentes ejes que hacen al desarrollo social inclusivo. Mejorar las competencias para el trabajo articulado entre los diferentes niveles y sectores estatales, como así también la relación entre las instituciones públicas y las diferentes expresiones sociales. Atender a la transversalidad, la coordinación multinivel, las oportunidades de participación y la producción de conocimiento científico como fuentes de integralidad de la gestión de las políticas públicas (Grau-Solés, Íñiguez y Subirats,

2011). Es necesario discutir nuevas formas de participación en la toma de decisiones, relación entre los poderes públicos, entre los niveles de gobierno, entre los Estados y las regiones, en definitiva, situar los desafíos del Estado en los contextos de la sociedad actual. Teniendo en cuenta las diversidades culturales, relevancias históricas y grupos especialmente relegados en la sociedad. En este marco, la inversión en la promoción y el desarrollo, y el estudio acerca de los mecanismos de planificación, implementación y evaluación de las políticas públicas es central.

Resulta necesario entender la administración como uno de los componentes del sistema político, directamente influenciado por los devenires históricos y complejas relaciones existentes entre los elementos que lo conforman. Así, la falta de capacidad institucional del Estado para liderar el abordaje de las necesidades de los sectores más amplios de la sociedad (empleo, educación, salud, bienestar social, estabilidad económica, etc.) no es una mera consecuencia de la ineficacia de la administración, sino el devenir histórico de un modelo de Estado que ha predominado en América Latina, por lo menos por tres décadas (entre los años 70 y 90), donde la agenda de las decisiones y acciones no se encontró sustentada en la política como medio de construcción de un Estado integrador de las necesidades sociales, sino en los objetivos de grupos minoritarios de poder dominante.

Entendemos que la calidad de las instituciones públicas también debe incluir parámetros de valoración de los resultados sociales efectivamente alcanzados por la intervención estatal. Una gestión de calidad entonces es aquella cuyos logros son visibles en las mejoras que ha provocado en la calidad de vida de la población involucrada. Además, los estándares de calidad también deben contemplar los diferentes aspectos que hacen a la gestión y sus procesos. Si entendemos que resultados y procesos son esferas constitutivas de la calidad institucional, los planes de mejora de las decisiones y acciones estatales debieran proponerse fijando estrategias y objetivos para ambas esferas. La atención de una sin la otra atenta contra las políticas en el mediano plazo. Una gestión puede perfectamente mejorar sus sistemas de empleo público poniendo en marcha las estrategias mejor ponderadas en el ámbito: incentivos al desempeño, diseños de carrera pertinentes, equipos de trabajo competentes, entornos laborales estimulantes, sin modificar la incidencia de los efectos de esa institución en la población. El mismo razonamiento podemos utilizar para los distintos aspectos que hacen a la gestión pública: el diseño de sus estructuras, la comunicación, los procesos, etc. Por lo tanto, las concepciones de calidad acotadas a las fronteras internas del desempeño institucional no nos llevan directamente a mejorar las políticas y sus resultados. Por el contrario y de la misma manera, los resultados sociales efectivos, difícilmente se lleven a cabo de forma sostenida sin atender a la mejora de los procesos de gestión.

En este sentido, ha sido muy interesante la discusión planteada en el ámbito de las entrevistas realizadas como parte del diagnóstico de calidad institucional en la Argentina. Encontramos niveles de coincidencia importantes en las respuestas, en cuanto a entender que la gestión política que culminó en diciembre del 2015 se caracterizó por llevar adelante políticas públicas altamente significativas para diferentes sectores de la población (sobre todo los más vulnerables). Esos niveles de coincidencia desaparecen a la hora de valorar las iniciativas de la misma gestión, en la esfera de la calidad institucional en sentido estricto. Frente al cambio de gobierno y de rumbo de esas políticas con buenos resultados, tal como fueron valoradas por las personas entrevistadas, podemos preguntarnos, qué hubiera pasado si se hubieran mejorado ambas esferas de la calidad institucional. Si además de llevar a cabo políticas públicas con resultados sociales importantes, se hubieran tomado decisiones en el sentido acotado de la calidad institucional, referido a las reglas de juego de las administraciones públicas, hubieran sido más sólidas y perdurables esas políticas?⁵

Las decisiones públicas se construyen a través de “lo posible”, en un marco de intereses individuales y grupales en continua negociación. El diálogo en un contexto de puja constante entre la lógica de la política y la lógica de la administración es un desafío principal para construir organizaciones capaces de abordar la diversidad, complejidad y gravedad de problemas sociales que atentan contra los derechos humanos básicos como el acceso a la alimentación, la vivienda, la educación, la salud, el trabajo y la libertad de expresión.

Roles y trayectorias de la personas entrevistadas en la investigación

Al momento de la entrevista (segundo semestre del año 2014), algunos de los cargos de las personas entrevistadas:

Entrevista 1: Directora del Instituto de Capacitación Parlamentaria (Honorable Cámara de Diputados de la Nación-HCD).

Entrevista 2: Prosecretaria de Políticas Sociales (Universidad Nacional de La Plata-UNLP).

Entrevista 3: Director del Sistema Nacional de Capacitación (Instituto Nacional de la Administración Pública-INAP).

5 Por ejemplo, podemos preguntarnos si el programa Conectar Igualdad se hubiera sostenido mejor en el tiempo si sus equipos de gestión se hubieran constituido a través de políticas de empleo público mejor planificadas y no con contratos precarios de trabajo.

- Entrevista 4: Director del Instituto Nacional de Administración Pública (INAP- Jefatura de Gabinetes de Ministros).
- Entrevista 5: Exvicedecano de la Facultad de Periodismo y Comunicación social (Universidad Nacional de La Plata-UNLP). Exdirector Ejecutivo del Instituto Provincial de Administración Pública (IPAP) (Buenos Aires).
- Entrevista 6: Doctor en Ciencia Política (FLACSO, México). Profesor titular (Universidad Nacional Arturo Jauretche-UNAJ/ Universidad de Buenos Aires-UBA).
- Entrevista 7: Máster en Gestión de Recursos Humanos (University of Illinois, Estados Unidos). Consultora internacional en gestión de recursos humanos en los estados latinoamericanos.
- Entrevista 8: Secretario del Consejo Federal de la Función Pública (COFEFUP).
- Entrevista 9: Magíster en Evaluación de Proyectos. Coordinador de Programa financiado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) sobre evaluación presupuestaria en la Secretaría de Hacienda de la Nación.
- Entrevista 10: Subsecretaria de Fortalecimiento Institucional (Ministerio de Desarrollo Social de la Nación).
- Entrevista 11: Director de Planeamiento y Reingeniería Organizacional (Jefatura de Gabinete de Ministros).
- Entrevista 12: Directora Nacional de Políticas y Planificación (Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva).
- Entrevista 13: Director del Programa de Protección Social de Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC).
- Entrevista 14: Investigador (Instituto Nacional de la Administración Pública-INAP).
- Entrevista 15: Presidente de la Asociación Argentina de Estudios de la Administración Pública.
- Entrevista 16: Consultor internacional, experto en planificación pública y modelos de gestión. Coordinador ejecutivo de la Red Argentina de Planificación PLANAR.
- Entrevista 17: Directora general de Recursos Humanos (Administración Nacional de la Seguridad Social-ANSES).
- Entrevista 18: Politólogo y abogado. Presidente del ente regulador de Agua y Saneamiento. Director de la Maestría en Políticas Públicas y Gobierno (Universidad Nacional de Lanús-UNLa). Director de la *Revista Perspectiva de Políticas Públicas* (Universidad Nacional de Lanús-UNLa).

Referencias bibliográficas

- Amaya, P. (2016). *Evaluación de políticas y programas públicos: Un aporte al fortalecimiento del Estado*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, España.
- Blutman, G. y Cao, H. (2012), “Hoja de ruta sobre reforma y modernización del Estado”. *Aportes*, 18(30).
- Cao, H.; Laguado, A. y Rey, M. (2015). *El Estado en cuestión*. Buenos Aires: Prometeo.
- Fontdevila, P. (2012). “Un nuevo paradigma de políticas públicas”. *Aportes*, 18 (30).
- Grau-Solés, M.; Íñiguez-Rueda, L. y Subirats, J. (2011). “¿Cómo gobernar la complejidad? Invitación a una gobernanza urbana híbrida y relacional”. *Athenea Digital*, 11(1), 63-84. Disponible: <<http://atheneadigital.net/article/viewFile/827/827-pdf-es>>.
- Kaufmann, D.; Kraay, A. y Mastruzzi, M. (2005). *Governance Matters IV: Updated Governance Indicators 1996-2004*.
- López, A. y Zeller, N. (2012). “El empleo público en el Estado Nacional (1983-2012): continuidades y rupturas con el paradigma neoliberal”. Ponencia presentada en las *II Jornadas de estudios de América Latina y el Caribe*. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina. Disponible: <<http://revistas.unla.edu.ar/perspectivas/article/view/946>>.
- OCDE (1995). “Governance in Transition: Public Management Reforms”. *OECD Countries Organisation for Economic Co-operation and Development*, Jan 1.
- Page, M.; Freille, S.; Straface, F. y Lardone, M. (2010). “Nota técnica sobre la calidad institucional y el desarrollo”. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Repetto, F. (2004). *Capacidad estatal: requisito para el mejoramiento de la Política Social en América Latina*. Banco Interamericano de Desarrollo. Serie de Documentos de Trabajo, I-52.
- Skocpol, T. (2011). “El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual”. En Carlos Acuña (comp.). *Lecturas sobre el Estado y las*

políticas públicas: Retomando el debate de ayer para fortalecer el actual. Buenos Aires: Jefatura de Gabinete de Ministros.

Subirats, J.; Knoepfel, P.; Larrue, C. y Varonne, F. (2008). *Análisis y gestión de políticas públicas.* Barcelona: Book Print Digital.

Thwaites Rey, M. (2010). “Después de la globalización neoliberal: ¿Qué Estado en América Latina?”. *OSAL*, XI(27).

Unué, M. (2012). *El Estado Argentino (1973 - 2003). Ciclos de ajuste y cambios.* Buenos Aires: Imago Mundi.

Vilas, C. (2011). “Después del neoliberalismo: Estado y procesos políticos en América Latina”. Colección Planificación y Políticas Públicas. Buenos Aires: UNLa.

___ (2013). “El poder y la política, el contrapunto entre la razón y las pasiones”. Buenos Aires: Biblos.

¿QUÉ HARÍAN HOY NUESTROS COMPAÑEROS DETENIDOS-DESAPARECIDOS? LA MEMORIA DE LA MILITANCIA PASADA EN LAS DISPUTAS POLÍTICAS DEL PRESENTE LUEGO DE LA CRISIS DEL 2001: EL CASO DE LA COMISIÓN DE HOMENAJE A LAS VÍCTIMAS DE EL VESUBIO Y PUENTE 12

Rodrigo González Tizón (CONICET/IDAES-UNSAM)

Introducción

En su edición del 4 de septiembre del 2002, el periódico Página 12 incluyó un artículo en el que se anunciaba la realización, ese mismo día a la tarde, de una nueva edición del acto anual de homenaje a los desaparecidos del centro clandestino de detención (CCD) “El Vesubio”. La nota se titulaba “Alimentando la lucha social”, e incluía una entrevista a Jorge Watts, sobreviviente de ese lugar de reclusión ilegal, referente del campo de los derechos humanos y uno de los principales impulsores del acto en cuestión. Consultado por el contenido del homenaje, Watts afirmaba que “este año en particular (...) el acto es de los que luchan”:

La situación es diferente a la de casi todos los años anteriores, por un lado, por la miseria, la degradación, el hambre y la marginalidad que han aumentado mucho, pero por otro lado también por el descrédito de la clase política y el hecho de que la gente se haya movilizado y sacado a un presidente sin tener que golpear los cuarteles por primera vez en la historia y el estado general de movilización. Lo que tratamos de poner en acto es lo que harían los compañeros desaparecidos si estuvieran entre nosotros (Ginzberg, 4 de septiembre de 2002).

La referencia a la amplia movilización social que tuvo lugar en la Argentina los días 19 y 20 de diciembre del 2001, de alcance nacional, pero con epicentro en la Plaza de Mayo, era directa en las palabras de Watts. El hambre, la miseria y el hartazgo popular ante la dirigencia política tradicionales (condensada en la consigna “que se vayan todos”) eran señalados como las causas del estallido social que había desembocado finalmente en la renuncia del presidente Fernando de la Rúa. La imagen del mandatario abandonando la casa de gobierno en helicóptero sería una de las más recordadas de las muchas que circularon entonces en los medios de comunicación, junto a la de las Madres de Plaza de Mayo reprimidas por la policía montada mientras intentaban llevar a cabo su tradicional “ronda de los jueves”.

Ahora bien, ¿qué suponía “poner en acto (...) lo que harían los compañeros desaparecidos si estuvieran entre nosotros”? Desde mediados de la década de 1990, cobró forma una nueva narrativa sobre el pasado dictatorial en la que la reivindicación de la militancia de los desaparecidos ocupaba un lugar central (Pittaluga, 2007, Lvovich y Bisquert, 2008; Messina, 2010). En el marco de las llamadas “memorias de la militancia”, los proyectos transformadores de las décadas de 1960 y 1970 fueron evocados no como meros objetos de recordación, sino en tanto instrumentos para la acción política en el presente. Este proceso dio un salto cualitativo en el año 2003, cuando, a partir la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la Nación, la memoria del pasado dictatorial y, especialmente, del activismo político se convirtió en objeto privilegiado de políticas estatales (Lvovich y Bisquert, 2008; Da Silva Catela, 2011).

Esta nueva actitud del Estado hacia el pasado dictatorial, que fue acompañada de un procedimiento de “encuadramiento” de la memoria de ese pasado (Pollack, 2006),¹ se materializó en una serie de iniciativas de carácter conmemorativo, como la construcción de monumentos, la realización de homenajes en honor a las víctimas de la represión, y la señalización y conversión en espacios de memoria de muchos de los otrora CCD. Paralelamente, la tipificación de los crímenes de la dictadura como de “lesa humanidad” y la declaración de la inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida posibilitaron, en el terreno de la Justicia, la reapertura de los procesos judiciales luego de su interrupción por poco más de una década y media. Como consecuencia, se inició una verdadera “cas-

1 Pollack denomina “encuadramiento” al proceso de producción de una serie organizada de imágenes y sentidos a partir de determinados acontecimientos pasados con el objetivo de establecer ciertos puntos de referencia compartidos. Este procedimiento se materializa a través de monumentos, museos y diversos tipos de actos conmemorativos, entre otro tipo de producciones.

cada de justicia” (Booth Walling y Sikkink, 2008) con el desarrollo de múltiples juicios a lo largo y ancho del país.

Como parte de este proceso, los organismos de derechos humanos alcanzaron un protagonismo público como no conocían desde los años iniciales de la posdictadura, cuando tuvieron lugar la investigación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) y el Juicio a las Juntas. Este fenómeno de alcance general adquirió particular intensidad en el caso de los sobrevivientes de los CCD: no solo participaron activamente en la realización de las numerosas iniciativas conmemorativas en marcha, sino que además fueron convocados a prestar declaración testimonial en los diversos juicios en curso. Haciendo uso de las nuevas posibilidades abiertas a su acción en la esfera pública y aprovechando el renovado interés social otorgado a su palabra, los sobrevivientes se convirtieron en productores activos de significados sobre el pasado reciente en el nuevo mapa de la memoria en formación.

A través del análisis del caso de un organismo particular, el de la “Comisión de Homenaje a las Víctimas de El Vesubio y Puente 12”, este artículo se propone explorar las evocaciones de la militancia de los desaparecidos por la represión dictatorial puestas en juego públicamente por los sobrevivientes de los CCD en el período de las llamadas “políticas públicas de memoria” (2003-2015). Tomando como base la noción de “usos de la memoria” (Jelin, 2002), se intentará examinar cómo una misma construcción de memoria (la reivindicación de las trayectorias de militancia de los desaparecidos) fue empleada en coyunturas políticas disímiles.

Con este objetivo, se analizarán dos intervenciones públicas de la Comisión en las que se puso en juego ese tipo de narrativa: el acto de homenaje a los desaparecidos de El Vesubio, correspondiente al año 2004, por un lado, y la señalización del predio donde había funcionado El Vesubio, ocurrida en marzo del 2016, por el otro. Mientras que, en el primero, la referencia a la crisis de comienzos de siglo era inmediata; en el segundo, lo que se ponía directamente en juego era la incertidumbre generada en torno a la continuidad de las políticas de memoria a partir del triunfo electoral de la fórmula Cambiemos.²

2 Cambiemos surgió en 2015 como fruto de la alianza entre la Coalición Cívica para la Afirmación de una República Igualitaria (Coalición Cívica-ARI), Propuesta Republicana (PRO) y la Unión Cívica Radical (UCR), con el objetivo de competir en las elecciones nacionales de dicho año.

A pesar de las diferencias evidentes que existieron entre las coyunturas específicas de cada acto, el ejercicio de memoria condensado en el interrogante acerca de “lo que harían los compañeros desaparecidos” resultó en los dos casos necesario desde la perspectiva de los propios actores para extraer del pasado una guía de acción política en el presente. Una posible explicación para esta cuestión podría partir de pensar ambos actos, más allá de las especificidades que los rodearon, como dos manifestaciones (en el terreno de la memoria) de una misma cultura política, en la cual la reivindicación de la militancia pasada ocupó un lugar privilegiado. Una cultura política que tuvo en el hito del 2001 si no su punto de partida, la ocasión para su despliegue definitivo.

La Comisión de Homenaje a las Víctimas de El Vesubio y Puente 12: los sobrevivientes y la denuncia de los crímenes dictatoriales

Ubicados a pocos metros uno del otro, en la intersección de la avenida Ricchieri y el Camino de Cintura, en el partido de La Matanza de la provincia de Buenos Aires, El Vesubio y Puente 12 funcionaron como dos CCD durante la última dictadura en la Argentina. El primero era una dependencia perteneciente al Servicio Penitenciario Federal (SPF), mientras que el segundo formaba parte de la estructura de la Policía de la provincia de Buenos Aires (PBA). Ambos quedaron inscritos, según la división realizada por las Fuerzas Armadas para llevar adelante la represión, dentro de la órbita del Primer Cuerpo de Ejército, cuyo jefe máximo fue el General Guillermo Suárez Mason.³

De estos espacios de reclusión clandestina tomó su nombre la “Comisión de Homenaje a las Víctimas de El Vesubio y Puente 12” (de ahora en más, “Comisión de Homenaje”), organismo que durante la etapa posterior a 2001 reunió a los sobrevivientes y familiares de esos CCD, abocados a la denuncia de los crímenes allí cometidos y a la recuperación de la memoria de sus víctimas. Los antecedentes más lejanos del organismo se remontan a la dictadura, cuando un grupo de sobrevivientes de El Vesubio con militancia en el partido Vanguardia Comunista (VC), junto a familiares de sus compañeros desaparecidos y a algunos organismos de la escena local, inició las primeras acciones para visibilizar los secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones ocurridos en ese CCD.

3 Resolución causa n° 14.216/03 “Suárez Mason Carlos y otros sobre privación ilegal de la libertad”. Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 3, Secretaría N° 6, 4 de diciembre de 2015.

Este primer grupo, de carácter exclusivamente partidario y circunscrito a los límites de El Vesubio dio paso, con el retorno de la democracia, a la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos (AEDD), fundada en octubre de 1984. El organismo, creado por iniciativa del grupo de VC junto a sobrevivientes de otros lugares de cautiverio, pretendió cubrir el vacío de representación experimentado por la porción específica de las víctimas de la represión encarnada en los sobrevivientes. Su primer presidente fue, justamente, un exmilitante de aquella fuerza política sobreviviente de El Vesubio: Watts.⁴ La Comisión de Homenaje, sin ser la continuación lineal de ninguna de dichas experiencias (el espacio de denuncia conformado en dictadura y la AEDD), abrevó en cierta medida en ambas.

A pesar de lo dicho, no es posible establecer una fecha precisa para el surgimiento de la Comisión de Homenaje, aunque parece plausible ubicar su constitución definitiva a mediados de la década de 1990, en el contexto de la recuperación de la memoria de la represión dictatorial que acompañó la conmemoración del vigésimo aniversario del golpe de Estado de 1976 (Guglielmucci, 2013; Lvovich y Bisquert, 2008).⁵ Por esos años, en una fecha que tampoco puede establecerse con exactitud, se produjo el alejamiento definitivo de la AEDD de quien sería uno de los impulsores y principales referentes de la Comisión de Homenaje, el ya mencionado Watts. Junto a él, pasaron a formar parte del nuevo organismo otros dos miembros de la AEDD, Syra Villalain de Franconetti y Guillermo Lorusso, este último también sobreviviente de El Vesubio.⁶

El surgimiento de la Comisión de Homenaje puede inscribirse, a su vez, en un fenómeno de alcance nacional que tuvo lugar hacia el final del segundo milenio en la Argentina, expresión de la crisis económica y social galopante de esos años: la aparición de una constelación de agrupaciones que cuestionaron los modos de organización tradicionales, encarnados en los partidos políticos. Portadores de repertorios de acción colectiva novedosos (Tilly, 2002), estos nuevos agrupamientos identificaron en la horizontalidad y la autorganización dos de sus pilares fundamentales. En el terreno social, destacó el rol cumplido por el movimiento

4 Con diversas transformaciones internas y, sobre todo, con la ida de muchos de sus miembros originarios, la AEDD se mantiene en funciones hasta el día de hoy.

5 Este reposicionamiento de la dictadura como un tópico de primera importancia en la agenda pública nacional se relacionó, además, con la aparición mediática de diversos individuos vinculados a la represión del período 1976-1983. El más resonante de estos episodios fue la participación del ex capitán de corbeta Adolfo Scilingo en el programa *Hora Clave*, conducido por el periodista Mariano Grondona, el 9 de marzo de 1995. Allí, el marino retirado afirmó haber lanzado personas vivas al Río de la Plata con aviones de dicha fuerza, en el marco de los llamados “vuelos de la muerte”.

6 En el caso de Lorusso, mantuvo su pertenencia a la AEDD, de la cual forma parte hasta el presente.

piquetero (Pereyra y Svampa, 2003; Svampa, 2008) y las llamadas “asambleas populares” barriales (Adamovsky, 2009), mientras que en el plano de los derechos humanos, el centro de la escena fue ocupado por HIJOS (Cueto Rúa, 2008; Lvovich y Bisquert, 2008).⁷ Con el estallido de diciembre del 2001, este tipo de nucleamientos “desde abajo” recibió un impulso fundamental, multiplicándose a lo largo y ancho del país.

Este espíritu horizontalista finisecular dejó su impronta en la Comisión de Homenaje, que optó por una forma de organización sin la existencia de cargos formales y por la decisión de no tramitar la personería jurídica del organismo, cuestión que al día de hoy continúa siendo debatida. La informalidad que supone esta forma de organización se expresó, además, en una escasa producción documental propia, algo que diferencia a la Comisión de Homenaje del conjunto del movimiento de derechos humanos “histórico”.⁸ Ambas cuestiones dificultan la tarea de reconstruir los orígenes del organismo.

En cuanto a su composición interna, el organismo no se limitaba solo a los sobrevivientes, sino que incorporó además a otros afectados por la represión de la última dictadura: padres, hermanos, primos, esposos, amigos e, incluso, hijos de desaparecidos. La consigna del “homenaje a las víctimas” funcionó como elemento común a esta heterogeneidad de perfiles. Estas características de la Comisión de Homenaje no impidieron que El Vesubio y sus sobrevivientes ocuparan un lugar primordial en su interior, situación que se derivó no solo de su mayor peso numérico, sino también del reconocimiento que rodeó, por su trayectoria de casi cuatro décadas en el terreno de la denuncia humanitaria, a la figura de Watts. Este papel destacado en la visibilización de los crímenes de la represión lo revistió de un liderazgo que, aunque informal, no por eso resultó menos influyente.⁹

7 Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio es un organismo de derechos humanos conformado por jóvenes afectados por la represión de diverso tipo ejercida contra sus progenitores durante la dictadura. Su primera aparición pública tuvo lugar el 23 de marzo de 1996, en el marco de un acto convocado exclusivamente por Madres de Plaza de Mayo (Lvovich y Bisquert, 2008).

8 El movimiento de derechos humanos “histórico” comprende al grupo de ocho de organismos que encabezó la lucha contra la dictadura en la Argentina: las Madres de Plaza de Mayo, las Abuelas de Plaza de Mayo, la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, el Servicio de Paz y Justicia, el Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas y Centro de Estudios Legales y Sociales (Jelin, 1995). A ellos, puede agregarse la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos, fundada en octubre de 1984.

9 A las primeras acciones emprendidas durante dictadura, se sumó su participación en los principales hitos de la denuncia de los crímenes del terrorismo de Estado: el documental *Nunca más* (a cargo

Ante la casi total falta de producciones documentales propias, la presencia de la Comisión de Homenaje en la escena pública se sustentó (y aún hoy se sustenta) casi exclusivamente en las distintas iniciativas de memoria que la misma motoriga, las cuales recibieron un empuje notable a lo largo del período examinado en este trabajo. La más importante de estas intervenciones públicas del organismo, cuya realización recae enteramente en sus manos, son los actos de homenaje a los desaparecidos en El Vesubio y en Puente 12. De carácter anual, el evento posee muchas de las características del ritual, como ser la repetición en el tiempo, la formalización de una serie de “momentos” –la lectura del documento a cargo de La Comisión de Homenaje, la convocatoria de especialistas para reflexionar sobre la actualidad de los derechos humanos en el país, el número artístico de cierre– y, no menos importante, la reunión de los miembros del organismo. Los homenajes, de manera análoga a los rituales examinados por Turner (1999), refuerzan los lazos que unen entre sí a los miembros de la Comisión, a la vez que se reafirman ciertos valores fundamentales que le dan sentido a la práctica cotidiana.

A diferencia del resto de los años, en 2016 la centralidad del homenaje quedó opacada por otro evento que, por su contenido, se convertiría en un hito en el devenir de los sobrevivientes y de la Comisión de Homenaje: el 19 de marzo, pocos días antes de cumplirse el cuadragésimo aniversario del golpe de Estado, tuvo lugar el acto de señalización del predio donde había funcionado El Vesubio. Realizado frente a lo que fuera el CCD, el evento contó con la participación activa de las autoridades del municipio y de integrantes de diversos organismos de derechos humanos de La Matanza.

Los actos, en tanto operaciones de memoria, recuperan solo una porción de los acontecimientos pasados, según un recorte que sigue los dictados de la coyuntura política presente dentro de la cual se inscribe el ejercicio de rememoración. En cada una de esas operaciones de memoria, la evocación del pasado pone en juego determinadas imágenes y sentidos con el fin de producir una intervención pública: estos son los denominados “usos” de la memoria, en categorías de Jelin (2002). Los apartados que siguen intentarán poner de relieve los usos específicos que asumió, en manos de la Comisión de Homenaje, la evocación de la militancia de las décadas de 1960 y 1970 en el escenario político posterior a 2001.

de la CONADEP, organismo con el que colaboró activamente), el Juicio a las Juntas, los Juicios por la Verdad, los procesos judiciales iniciados en el exterior y las actuales causas en el país por los crímenes de lesa humanidad son los puntos salientes de este recorrido.

La represión de la militancia pasada como condición necesaria de la miseria del presente

El 1 de septiembre del 2004, el anfiteatro de la sede Capital de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE) se preparó para albergar, como desde hacía ya varios años venía sucediendo, el acto anual de homenaje a los desaparecidos de El Vesubio y Puente 12. Detrás del escenario, una bandera recordaba la figura de Roberto Cristina, máximo dirigente de la VC, desaparecido durante la dictadura luego de su secuestro en el primero de los mencionados CCD. Junto a esta bandera había otra de la Coordinadora de Unidad Barrial (CUBa), organización surgida al calor de las movilizaciones de diciembre del 2001, así como también otra de la regional Capital de HIJOS.

La nueva cultura política gestada en torno a la crisis del 2001, con su rechazo a las representaciones políticas tradicionales, se hizo presente desde el comienzo mismo del acto, que fue presentado como de carácter “político no partidario”. El evento dio inicio formalmente con la lectura de un documento elaborado por la Comisión de Homenaje, cuya lectura estaba a cargo de Watts. El texto planteaba, en primer lugar, una breve caracterización de la situación de los derechos humanos al momento de realizarse el acto:

Este año estamos en una situación distinta: han sido derogadas las leyes de impunidad que beneficiaban a asesinos y torturadores de nuestros compañeros. Esto se debió a la larguísima lucha que organismos de derechos humanos, familiares, compañeros de las víctimas, organizaciones políticas y sociales y todos nosotros hemos sostenido a lo largo de tanto tiempo. Hechos como el acto ante la ESMA, la reapertura de las causas y la renovada participación de muchos de nosotros como querellantes abre una nueva oportunidad para terminar con la impunidad (Memoria Abierta, 2004).

La transformación operada al nivel del Estado en torno al pasado dictatorial constituía el tema central de la hora. Por un lado, la conversión del predio donde había funcionado el mayor CCD del país en un espacio de memoria mediante un acto encabezado por el propio presidente Néstor Kirchner y, por el otro, la reapertura de los procesos judiciales por los crímenes cometidos durante la dictadura surgían como indicios de un cambio de época. Se cerraba, o al menos así parecía, la etapa abierta con las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, en la que la interrupción de la investigación judicial había venido de la mano de llamados a la “reconciliación” desde el propio Estado (Alonso, 2011).

Luego de una reflexión sobre el tema, en la que se manifestaban ciertas reservas ante los pronunciamientos del presidente Kirchner,¹⁰ el documento se centraba en la grave situación económica presente:

Hubo que hacer desaparecer a treinta mil compañeros, encarcelar y exiliar a decenas de miles más, para liquidar el trabajo, privatizar los servicios e industrias del Estado, precarizar la salud y la educación y, en fin, sumirnos en la situación que hoy sufrimos (Memoria Abierta, 2004).

La catástrofe social y económica que había inaugurado el nuevo milenio en la Argentina (“la situación que hoy sufrimos”) aparecía directamente anudada con la represión de la última dictadura militar, como una de sus consecuencias directas. La devastación generada por la maquinaria de persecución puesta en marcha por las Fuerzas Armadas y de Seguridad (con su saldo de muertos, exiliados y desaparecidos) era presentada como la base sobre la cual se montó el desmembramiento económico posterior, en una interpretación en la que resonaban (resignificados) los ecos de la “Carta Abierta a la Junta Militar”, escrita por Rodolfo Walsh. Este proceso, en la lectura propuesta, habría continuado casi sin interrupciones durante los gobiernos democráticos posteriores a la dictadura: la referencia al fenómeno de las privatizaciones durante las presidencias de Carlos Menem constituía un ejemplo cabal de esta impugnación de las políticas económicas implementadas luego del retorno del Estado de derecho.

Inmediatamente después, y haciendo referencia a los desaparecidos, el documento agregaba:

Hoy no queremos homenajearlos principalmente como víctimas, sino como mujeres y hombres, luchadores, que a través de sus organizaciones políticas, sindicales, estudiantiles y barriales, buscaban un camino hacia un país diferente y más justo (Memoria Abierta, 2004).

Tal como se señaló al comienzo de este trabajo, durante los últimos años del siglo XX se produjo en el país un proceso de “repolitización” de la memoria del pasado reciente, que con el cambio de gobierno en 2003 recibió un impulso desde

10 “Nos complacen mucho los dichos del presidente. Es la primera vez que un presidente de la Nación coincide con lo que venimos diciendo desde hace tantos años”, afirmaba Watts. Y continuaba: “Deseamos que sea consecuente con sus dichos, pero por experiencia no debemos confiar en que este Estado pueda terminar con la impunidad. Somos nosotros quienes con la consecuencia de siempre debemos seguir luchando por la justicia” (*Acto de Homenaje a las víctimas de El Vesubio y Puente 12*, registro audiovisual, Memoria Abierta, 2004).

la esfera estatal. Como parte de ese fenómeno, se pusieron en cuestión ciertas imágenes fuertemente arraigadas en el imaginario social desde el retorno mismo de la democracia. Entre ellas, la que asociaba a los desaparecidos con la figura de la “víctima inocente”, construida y difundida con enorme éxito en el espacio público durante los primeros tiempos de la posdictadura (Crenzel, 2008).

La despolitización que rodeaba a dicha figura fue el argumento central para su rechazo en el nuevo contexto de reivindicación de las experiencias de militancia pasadas. Los desaparecidos, en la nueva construcción de memoria emergente, no eran meras víctimas de un “poder omnímodo” (como había llamado Sábato a la dictadura en el prólogo de la primera edición del *Nunca más*) sino, como se afirmaba en el documento de la Comisión, “luchadores”. El epíteto, de naturaleza abstracta, se materializaba en una amplia variedad de formas de militancia, entre las que se incluían organizaciones políticas, sociales, sindicales, estudiantiles y barriales. Desde esas diversas plataformas, los desaparecidos habían actuado como una alternativa al proyecto de desestructuración social y económica encarnado por la dictadura. Su derrota a manos del enorme aparato represivo estatal había clausurado esa opción.

Este “redescubrimiento” de la militancia del pasado reciente, sin embargo, se realizaba dentro de ciertos límites que, principalmente, se evidenciaban al momento de enunciar el contenido concreto de esos proyectos políticos pasados reivindicados. Así, por ejemplo, la noción de “revolución”, central en el imaginario político de las décadas de 1960 y 1970, era reemplazada en el documento por expresiones de carácter más abstracto: la lucha de aquellos años era por “un país diferente” o “más justo”. Expresiones que, como ha señalado Luciano Alonso (2011) a propósito de las memorias estatales, se inscribían mejor dentro de la constelación de sentidos democrático-republicanos instalada a partir de 1983 que de los imaginarios políticos previos.

El cierre del acto quedó en manos de la agrupación HIJOS, que a través de una de sus integrantes leyó un documento elaborado para la ocasión:

Desde HIJOS no queremos homenajear a nuestros padres y sus compañeros por su condición de desaparecidos, sino por la lucha que sostuvieron a través de esas organizaciones. Cada uno de ellos tuvo como banderas irreductibles la organización política, el compromiso y la lucha. Nosotros los reivindicamos y le decimos a cualquiera que los compañeros caídos siguen estando presentes (...). Reivindicamos la lucha que llevaron adelante desde los valores de la solidaridad, la unidad y la organización colectiva (...). Lo que queremos es

hacer una recuperación crítica y no idealizada del pasado para usarlo como herramienta de cambio en el presente (Memoria Abierta, 2004).

La reivindicación de la trayectoria militante de los desaparecidos, como en el documento de la Comisión de Homenaje, se vinculaba directamente con la necesidad de acción en el presente, asumiendo así el recuerdo ese carácter “ejemplar” (de enseñanza para las generaciones futuras) prescrito por Todorov (2008): se apelaba a una recuperación “crítica” del pasado para que se convirtiera así en “herramienta de cambio en el presente”. Esta restitución de la faceta militante de los desaparecidos, de la que la agrupación HIJOS puede contarse entre sus pioneros, iba a contramano de la imagen de pasividad que se derivaba de su evocación como simples blancos de la represión estatal.

En las cercanías del 2001, el proceso de la recuperación de las trayectorias de militancia de los desaparecidos por la dictadura se convirtió en el *leitmotiv* de las más diversas causas, como afirma Catela da Silva (2011). El acto analizado constituyó una manifestación particular, circunscrita al campo de los derechos humanos, de una modificación más amplia en el plano de la cultura política. Lejos de acotarse a los momentos inmediatamente posteriores a la crisis del gobierno de la Alianza, la reivindicación del activismo político pasado se mantendría presente también en la etapa abierta con el cambio de gobierno del 2003.

La reivindicación de la lucha pasada como defensa de “lo conquistado hasta el momento”

El cuadragésimo aniversario del golpe de Estado de 1976 trajo consigo, para los miembros de la Comisión de Homenaje, el cumplimiento de un anhelo largamente buscado: la señalización del predio donde había funcionado El Vesubio. Su identificación se había oficializado más de tres décadas atrás, pocos días antes de la asunción del presidente Raúl Alfonsín, y desde entonces los sobrevivientes y familiares de desaparecidos en ese CCD pugnaban por lograr su visibilización para el público general que transitaba cotidianamente por la zona, paso obligado en el trayecto desde la Ciudad Autónoma de Buenos Aires hacia el aeropuerto internacional de Ezeiza. Finalmente, en marzo del 2016, la municipalidad habilitó la señalización del predio, y con ese motivo se organizó un acto.

El sábado 19, una columna encabezada por los miembros de la Comisión de Homenaje e integrada también por diversos organismos de derechos humanos de

La Matanza, partió de la rotonda de San Justo con destino a El Vesubio, reeditando el recorrido de la primera manifestación realizada ante el CCD en el año 1984. Frente al predio, junto a los flamantes pilares con las inscripciones “Memoria”, “Verdad”, “Justicia” y el nombre “El Vesubio”, se había montado un escenario. El fondo estaba cubierto por una tela que portaba una gráfica de la municipalidad, explicitando la participación de las autoridades en el acto. En este punto, la señalización se diferenciaba de los homenajes, cuya realización quedaba enteramente a cargo del organismo que nucleaba a sobrevivientes, familiares y allegados de los desaparecidos.

El acto inició con la lectura de un documento conjunto por parte de representantes de los diversos organismos que participaron de la organización: además de la Comisión, ocupaban un papel destacado la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Matanza (APDH-La Matanza), HIJOS de La Matanza y la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), representada en el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación de Buenos Aires (SUTEBA). El texto recorría diversos tópicos, que iban desde la señalización propiamente dicha y el proyecto de un futuro espacio de memoria en el lugar hasta la denuncia de las políticas implementadas durante los primeros meses del gobierno de Cambiemos.

Finalizada la lectura de ese primer documento, siguió la de otro elaborado exclusivamente por la Comisión de Homenaje. En su condición de referente máximo del organismo, Watts fue el encargado de leerlo. Luego de reponer brevemente la historia de la denuncia de los crímenes de El Vesubio, el texto se dedicaba a impugnar las construcciones de sentido sobre el pasado reciente elaboradas por diversos funcionarios de Cambiemos, las cuales entraban en colisión directa con las de los organismos de derechos humanos:

Hoy el gobierno nacional discute el número de desaparecidos; los compañeros no eran números. En el memorial que proponemos deberían estar no sólo sus fotografías y sus nombres sino también los objetos personales que nos los recuerden como hombres y mujeres de carne y hueso, porque vivían como nosotros, luchaban y nos dejaron el ejemplo de su militancia política y social (Memoria Abierta, 2016).

La polémica pública en torno a “los treinta mil”, desatada a partir de las declaraciones públicas de diversos funcionarios del gobierno de Cambiemos en las que se ponía en duda la veracidad de la cifra de desaparecidos, era refutada mediante

la recuperación de la militancia pasada.¹¹ Según el documento, no se trataba de establecer una verdad de carácter cuantitativo (ciertamente imposible, dada la naturaleza clandestina que había asumido el grueso de la represión), justamente porque los desaparecidos no eran un número: cada uno era una historia particular de militancia política y social irreductible a una simple cifra.

A las renovadas posturas negacionistas, el documento de la Comisión oponía el recuerdo del activismo político pasado, y en esa clave se situaba de cara al próximo aniversario del golpe de Estado, a cumplirse cinco días después de la fecha elegida para el acto de señalización:

Este 24 de marzo no es un aniversario más: para quienes hemos luchado reivindicando la bandera de nuestros treinta mil compañeros asesinados y desaparecidos y para quienes defendemos la memoria, la verdad y la justicia es una jornada de lucha contra los que quieren terminar con lo conquistado hasta el momento. Nuestros compañeros desaparecidos estarían hoy junto al pueblo argentino que desde 1810 lucha contra patrones externos e internos y compartirían con el general San Martín, quien nos dijo “seamos libres, que lo demás no importa nada”. Ni un paso atrás, no olvidamos ni perdonamos, treinta mil compañeros asesinados y desaparecidos, presentes. Muchas gracias, compañeros (Acto de señalización del CCD “El Vesubio”, registro audiovisual, Memoria Abierta, 19 de marzo del 2016).

Durante los gobiernos kirchneristas se produjo una relectura de la historia argentina en clave nacional que, partiendo del período de las guerras de independencia, se planteaba recuperar las gestas populares emancipadoras que habían tenido lugar en el devenir histórico del país. Esta narrativa, de fuerte contenido teleológico y que tenía su desembocadura en esos mismos gobiernos que la enunciaban, se apoyaba en ciertas figuras históricas que eran reivindicadas por su contribución a la causa de la “liberación nacional”: San Martín, Rosas y Perón constituían los mojones sobresalientes de ese derrotero, en el cual se incluía como otro capítulo destacado a la militancia de las décadas de 1960 y 1970. La recupe-

11 En el mes de enero de 2016, en el transcurso de una entrevista radial, Darío Lopérfido (entonces ministro de Cultura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires) sostuvo enfáticamente que “en Argentina no hubo treinta mil desaparecidos”, agregando que esa cifra había sido “arreglada en una mesa cerrada” por los integrantes de los organismos de derechos humanos con la finalidad de obtener subsidios del Estado. Un año después, durante un debate en un programa televisivo, el excarapintado y titular de la Aduana Juan José Gómez Centurión afirmó que “no se trató de ‘un plan sistemático’ ni de un plan para desaparecer personas (...) Fue una reacción desmedida combatiendo un plan de toma del poder concretamente”.

ración de esta última experiencia, como señala Montero (2012), se constituyó en uno de los elementos centrales del discurso político del kirchnerismo.

Para dar respuesta al interrogante sobre la hipotética actitud de los desaparecidos en el contexto del inicio del gobierno de Cambiemos, la Comisión de Homenaje echaba mano de ese relato histórico. En un ejercicio de memoria que pasaba por alto la especificidad de cada etapa histórica, la militancia de las décadas de 1960 y 1970 era incluida en un continuo de luchas que se remontaba al estallido revolucionario de mayo de 1810. Los desaparecidos por la represión de la última dictadura estarían, en la coyuntura abierta por el triunfo de Cambiemos, luchando junto al “pueblo argentino” (convertido en esencia) en otro episodio de las luchas por la emancipación nacional.

La apelación a la frase de José de San Martín, popularizada con el estreno de la película sobre su figura,¹² sellaba de forma rotunda la asociación establecida entre la gesta independentista, las luchas de los militantes desaparecidos durante la dictadura y las disputas políticas del poskirchnerismo. Dentro de esta misma cadena de asociaciones elaborada por la Comisión de Homenaje, la fórmula Cambiemos quedada del lado de la regresión, como la principal amenaza a “lo conquistado hasta el momento” en materia de derechos humanos.

Esta imagen del “retroceso”, que iba asociada al triunfo de Cambiemos en las elecciones del 2015, podía aplicarse también a otros terrenos. Por ejemplo, al económico, tal como lo evidenciaba otro pasaje del documento elaborado por la Comisión de Homenaje:

¿Qué harían hoy nuestros compañeros detenidos-desaparecidos? Con la llegada de Macri al gobierno se ha abierto una nueva etapa política en la Argentina: el poder económico local asociado al imperialismo se ha hecho cargo de los principales cargos ejecutivos en el Estado y nuevamente impulsan políticas neoliberales que tanto sufrimiento han ocasionado a nuestro pueblo en décadas anteriores (Memoria Abierta, 2016).

Como en el escenario inmediatamente posterior a la crisis del 2001, la pregunta por la postura que asumirían los desaparecidos por la represión dictatorial se reactualizaba en el horizonte político incierto que abría la llegada de Mauricio

12 En 2010, se estrenó la película *Revolución: el cruce de Los Andes*, del director argentino Leandro Ipiña. En esta se reconstruía el episodio histórico del paso a través de la cadena montañosa organizado por José de San Martín como parte de su campaña independentista en los actuales Chile y Perú.

Macri a la presidencia de la Nación. Esta apelación a los compañeros de militancia, que se planteaba como una suerte de “qué hacer” que tomaba como base la memoria de las luchas pasadas, se proponía extraer de esa experiencia algunas claves para evitar la descomposición social y económica futura. A diferencia de lo que sucedía en el escenario posterior al 2001, sin embargo, el objetivo en la nueva coyuntura no era suturar un tejido social ya roto, sino evitar (o al menos moderar) la fragmentación por venir, insinuada en las primeras medidas del nuevo gobierno:

Despidos masivos, quitas de retenciones a los sojeros y a la minería, aumento de servicios públicos, endeudamiento externo y eterno con los organismos internacionales de crédito para pagarles a los buitres y una política de desmalvinización. Esto es la política del gobierno macrista, a todas luces una descarada transferencia de los recursos hacia los grupos de poder. Nuestros compañeros lucharían como lo hicieron antes, como lo harían siempre (Memoria Abierta, 2016).

Ante la identificación de políticas regresivas de diverso tipo que se traducían, en definitiva, en una “descarada transferencia de recursos hacia los grupos de poder”, el documento apelaba a la rememoración de la militancia de los desaparecidos. En la evocación propuesta, su activismo no quedaba restringido al contexto histórico en el que había emergido, sino que era convertido en una suerte de estado permanente, tornándose así operativo para la coyuntura del presente del 2016: “nuestros compañeros lucharían como lo hicieron antes, como lo harían siempre”. La frase podía ser escuchada a la vez como un vaticinio y como un llamado a la acción política.

Palabras finales

Las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001 se configuraron en la memoria social como una suerte de punto de quiebre en el devenir histórico nacional: las imágenes de la represión en diversos puntos del país (como la de las Madres de Plaza de Mayo, citada al comienzo), de los cacerolazos y los carteles con la consigna que rezaba “que se vayan todos” (los políticos), de los cortes de rutas y las asambleas barriales y, especialmente, la del presidente escapando de la Casa de Gobierno en helicóptero reforzaron la percepción de que con la caída del gobierno de la Alianza finalizaba una era en la historia argentina para dar comienzo a otra nueva.

Esta imagen, aunque seductora, no es totalmente precisa, ya que muchos de los procesos que tradicionalmente se asociaron al estallido que puso fin al gobierno de De la Rúa tuvieron en realidad su origen en los años precedentes, como una reacción al aumento de la degradación social, económica y política de la segunda etapa de gobierno menemista. Quizás resulte más productivo, entonces, no pensar a la crisis del 2001 como el punto final de “lo viejo” y el comienzo efectivo de “lo nuevo”, sino como el momento en el que terminó de cobrar visibilidad en el espacio público nacional una nueva cultura política, con manifestaciones en las más diversas esferas de la actividad humana.

En el terreno de la memoria, objeto de indagación de este artículo, las evocaciones del pasado centradas en nociones como la “reconciliación” o en la asociación de la figura de los desaparecidos con la de “víctimas inocentes” fueron definitivamente desplazadas de la escena pública. En su lugar, se estableció una rememoración del pasado reciente en la que la reivindicación del activismo político de las décadas de 1960 y 1970 ocupaba un lugar central: se produjo, en otras palabras, el auge de las llamadas “memorias militantes”.

Esta recuperación de las identidades políticas pasadas, al igual que ocurre con cualquier ejercicio de memoria, fue puesta al servicio de la acción en el presente, como se intentó demostrar a partir del caso de la Comisión de Homenaje. A partir de la pregunta acerca de lo que harían los compañeros desaparecidos, el organismo (expresión pública de la voz de un conjunto de sobrevivientes de la represión dictatorial) ensayó respuestas posibles para las incertidumbres de su presente, en dos momentos tan alejados en el tiempo como 2004 y 2016. A pesar de las diferencias planteadas por cada una de esas coyunturas (la desintegración social y económica en un caso, la clausura de cierto tipo de políticas públicas en el otro), en ambas fue posible extraer una respuesta. Un principio de explicación a esta cuestión, quizás, podría rastrearse en esa constelación de sentidos políticos comunes cristalizados en el espacio público en torno al hito del 2001, entre los cuales la recuperación de la militancia de las décadas de 1960 y 1970 ocupó un lugar destacado.

Referencias bibliográficas

Adamovsky, E. (2009). *Historia de las clases populares en Argentina. Desde 1880 hasta 2003*. Buenos Aires: Sudamericana.

Alonso, L. (2011). “Vaivenes y tensiones en la institucionalización de las memorias

- sobre el terror de Estado. El caso de Santa Fe, Argentina, entre 1983 y la actualidad”. *Cuadernos de Historia*, Serie Ec. y Soc., (12), 35-70.
- Balé, D. C. (2016). *La Comisión de Trabajo por la Reconstrucción de Nuestra Identidad y los procesos de encuadramiento estatal de las memorias sobre la represión*. Tesis de maestría. IDAES-UNSAM, Buenos Aires, Argentina.
- Booth Walling, C. y Sikkink, K. (2008). “La cascada de justicia y el impacto de los juicios de derechos humanos en América Latina”. *Cuadernos del CLAEH*, 96-97.
- CONADEP (1984). *Nunca más: informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de las Personas*. Buenos Aires, Eudeba.
- Crenzel, E. (2008). *Historia política del Nunca más. La memoria de las desapariciones en Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cueto Rúa, S. (2008). *Nacimos en su lucha, viven en la nuestra. Identidad, justicia y memoria en la agrupación HIJOS-La Plata*. Tesis de maestría. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.
- Da Silva Catela, L. (2011) “Pasados en conflicto. De memorias denegadas, subterráneas y dominantes”. En AA.VV., *Problemas de historia reciente del Cono Sur*. V. Buenos Aires: UNGS-Prometeo.
- Ginzberg, V. (4 de septiembre de 2002). “Alimentando la lucha social”. *Página 12*. Disponible: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-9707-2002-09-04.html>>.
- Guglielmucci, A (2013). *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Jelin, E. (1995). “La política de la memoria. El Movimiento de Derechos Humanos y la construcción de la democracia en Argentina”. En Carlos H. Acuña y otros (1995). *Juicio, castigo y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura militar desde 1984: Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Buenos Aires: UNGS/Biblioteca Nacional.
- Memoria Abierta (2004). Acto de Homenaje a las víctimas de El Vesubio y Puente 12 [registro audiovisual].
- Memoria Abierta (2016). Acto de señalización del centro clandestino de detención El Vesubio [registro audiovisual].
- Messina, L. (2010). *Políticas de la memoria y construcción de memoria social: acontecimientos, actores y marcas de lugar. El caso del ex centro clandestino de detención "Olimpo"*, Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Montero, A. S. (2012). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pittaluga, R. (2007). "Miradas sobre el pasado reciente argentino". En Marina Franco y Florencia Levín (comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Pereyra, S. y Svampa, M. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Pollack, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tilly, C. (2002). "Repertorios de acción colectiva". En Mark Traugott. *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*. Barcelona: Hacer.
- Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Turner, V. (1999). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual Ndembu*. México: Siglo XXI.

Tercera P A R T E



**NUEVAS INTERPRETACIONES
DEL 2001 A LA LUZ DEL
TRIUNFO DE CAMBIEMOS**

AMBIVALENCIAS DEL CAMBIO. EL LEGADO DEL 2001 TRAS EL TRIUNFO DE MACRI

Daniel Bernardo Szabón (UBA-UNAJ-UNLP)

Introducción

A más de 15 años de producido, el acontecimiento del 2001 parece seguir proporcionando para muchos la clave de lectura con la que se puede —y más aún: se debe— analizar el escenario político y social del presente. Esta coincidencia no supone una similar valoración de los alcances del estallido que signó los últimos días del gobierno de De la Rúa, como tampoco implica un acuerdo en la forma en la que se debería trazar la senda que nos conduciría de esas jornadas a las que atravesamos hoy en día, ni, finalmente, una misma apreciación de la naturaleza de la forma política actualmente imperante. La coincidencia refiere fundamentalmente a la colocación de todo análisis sobre la escena contemporánea bajo el signo de una experiencia cuyas marcas parecen ser tan ubicuas y persistentes como, al mismo tiempo, ambiguas e inciertas.

Si tal ambigüedad (“argentinazo”, “sublevación”, “rebelión”, “levantamiento popular”, “crisis de hegemonía”, “crisis de representación”, etc.) fue prácticamente constitutiva de la interpretación que se hiciera sobre el 2001 desde el momento mismo de su eclosión —en un escenario que parecía haber decretado la definitiva decadencia de la “política en las calles” (Romero, 2000)—, la deriva posterior sobreimprimió a la disputa acerca de su sentido último la discusión acerca del grado de realización o frustración que suponían las novedades (y continuidades) políticas y económicas respecto a las perspectivas que se habrían abierto en ese verano de asambleas, cacerolas y piquetes. Tal discusión estuvo inevitablemente condicionada por el juicio que mereciera para los distintos observadores la consolidación del nuevo equilibrio político construido alrededor de las figuras de Néstor y Cristina Kirchner a partir de 2003.

La ecuación, desde luego, es reversible: la valoración del kirchnerismo dependió en gran medida de la imagen que se tuviera del 2001 como contexto de origen con el cual contrastar sus resultados. Tanto para celebrarlo como realización de los reclamos de renovación política y alteración del rumbo económico que habrían motorizado los movimientos de protesta que clausuraron el ciclo iniciado en 1976 (el kirchnerismo como expresión del fin del neoliberalismo) como para lamentar el cierre de las esperanzas emancipadoras o revolucionarias que alimentaron la rebelión popular (el kirchnerismo como restauración del orden tras el “¡que se vayan todos!”), en ambos casos se afirmaba una asociación entre ambos objetos históricos que se iluminaban recíprocamente para definir sus rasgos intrínsecos.

Sin embargo, si hasta 2015 las interpretaciones alrededor del 2001 estuvieron así condicionadas principalmente por la experiencia kirchnerista, distinto parece ser el panorama abierto a partir de la nueva coyuntura política que se inaugura con el triunfo del movimiento político encabezado por Mauricio Macri. A la luz de este nuevo foco, la potencia disruptiva de la protesta aparece ahora para algunos como el comienzo de una configuración distinta cuyos rasgos recién ahora se podrían comenzar a apreciar con nitidez. ¿Cuánto del espíritu del “¡que se vayan todos!” vive en las imágenes del perro Balcarce sentado en la Casa Rosada, gozosamente difundidas por el sistema de medios semioficial? ¿Hasta qué punto la impugnación a “los políticos” que sirvió como expresión verbal de gran parte de los reclamos colectivos hace más de quince años encontró su satisfacción en el “gobierno de los CEO” bajo el que vivimos en la Argentina de 2017?

En este trabajo, intentaremos señalar algunas observaciones sobre el triunfo del dispositivo cultural y discursivo de Cambiemos, generadas por algunos de los analistas del movimiento del 2001 que se caracterizan por haber escrito sobre él en el pasado (y también en la actualidad) desde posturas claramente identificadas con algunas de sus banderas y reivindicaciones. Nos interesará analizar la lectura que hacen del momento político vigente desde el 2015 a partir de lo que suponemos es para ellos un desafío: el intento de captura de algunas de sus banderas por parte de sectores ubicados en posiciones ideológicas claramente alejadas de las suyas.

Por lo tanto, no hablaremos aquí (al menos no directamente) del fenómeno histórico-político del 2001 en sí mismo, sino de su caracterización por parte de algunos autores, seleccionados en función de su cercanía (política, teórica, ideológica, afectiva) con la experiencia en cuestión. En realidad, no nos interesa revisar las formas que adoptó esta caracterización en el momento mismo de ocurridos los he-

chos, sino más bien las que adquiere en la actualidad, para precisar hasta qué punto toma contornos nuevos en función de la coyuntura política que nos atraviesa.

Los autores

Nos concentraremos en tres grupos de trabajos, provenientes también de tres autores distintos: Ezequiel Adamovsky, Diego Sztulwark y Verónica Gago. Sus posiciones no son idénticas (ni sobre el caso histórico ni sobre la situación actual), así como también son disímiles sus trayectorias políticas, su campo profesional de pertenencia, las instituciones en las que se encuentran encuadrados y las formas que adoptan sus intervenciones. Si los hemos asimilado en este trabajo es porque consideramos que los une una común caracterización positiva de la situación abierta en las jornadas del 19 y 20 de diciembre, a la que identifican como un espacio de apertura en el que se encontraban, desplegadas o en germen, las condiciones para una potencial transformación profunda de la política, la economía y las relaciones sociales en general en nuestro país. En los tres casos, la referencia al período se ha hecho (al menos en alguna ocasión) desde un *nosotros* que incluye a los analistas en el fenómeno analizado.

Otro rasgo común a los tres autores remite a la atención privilegiada que le prestan a uno de los múltiples componentes del complejo 2001: la experiencia autonomista y anti (contra) estatal, tal como aparecía reflejada en fenómenos como la participación de vecinos en las asambleas barriales, el movimiento “Que Se Vayan Todos!” (QSVT) o las fábricas recuperadas y controladas por sus trabajadores. Esta predilección no implica una falta de atención a otras expresiones de la protesta que tuvieron lugar a fines de ese año, como las protagonizadas por el movimiento piquetero, los cacerolazos de ahorristas estafados contra las entidades financieras o los saqueos llevados a cabo por sectores de las clases bajas urbanas a lo largo del país. Pero la clave con la que estos autores tendían a condensar todos estos elementos en el 2001 estaba cifrada principalmente en este aspecto de la revuelta: el estallido era así para ellos tanto una crítica al neoliberalismo de los años 90 (y más en general: al sistema capitalista) como un intento de superación de las formas tradicionales de representación política imperantes, basadas en la delegación de la autoridad en un sistema institucional que parecía irremediabilmente quebrado.

Un último rasgo común a los tres autores que permite su colocación en el mismo plano analítico es el que refiere a sus consideraciones respecto a la experiencia política posterior a 2001, es decir, a los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Aunque con matices relevantes de acuerdo al momento y a la coyuntura puntual

en cada caso, todos los autores han tendido a coincidir en sus críticas al fenómeno político kirchnerista, pero con un expreso cuidado tanto en señalar su adhesión a medidas gubernamentales concretas (como las referidas a las políticas de derechos humanos) como en criticar a sus opositores en episodios clave (como ocurrió en el decisivo año 2008 en ocasión del conflicto que lo enfrentara a las patronales rurales).

En otras palabras, han sido todos ellos críticos de los gobiernos del Frente Para la Victoria (FpV) desde posiciones ubicadas a su izquierda, pero intentando no quedar atrapados en una lógica binaria (la remanida “grieta”) que los terminara asimilando a sus opositores “por derecha” (como ocurrió con no pocas figuras provenientes del mismo espacio en el espectro ideológico). Mérito no menor, que les ha permitido escapar de los lugares comunes transitados por muchos de los exponentes de la izquierda política y social frente al kirchnerismo, al que acusaban de usar una retórica tan inflamada de radicalidad como vacía de contenido, para enmascarar su identidad de intereses con las fuerzas a las que decía enfrentar.¹

Yendo a los nombres, Verónica Gago es politóloga, investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA); Diego Sztulwark, sociólogo, es también docente e investigador en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Comparte con Gago su pertenencia al Colectivo Situaciones, un grupo creado hacia el año 2000 y que se define por la práctica de lo que denominan “investigación militante”, término bajo el cual intentan subsumir la reflexión teórica y el ejercicio de los saberes propios del campo académico de pertenencia con las intervenciones políticas “en situación” (Colectivo Situaciones, 2009). Ambos también participan en una importante tarea de difusión de textos e ideas a partir de su emprendimiento editorial Tinta Limón, así como a través de distintas plataformas digitales (como el blog *Anarquía Coronada*). Gago y Sztulwark han firmado muchos textos en común.²

1 Aunque tales señalamientos se filtren en algunos de los pasajes de los textos: “El setentismo del discurso oficial funcionaba [...] como una ideología: no era la expresión de la línea política del momento [...] sino que servía para dar satisfacción a los anhelos de cambio que latían desde 2001 [...] Como ideología fue sin dudas efectiva: consiguió generar entusiasmo y lealtades apasionadas. Pero la continuidad de su efectividad encontró problemas progresivos para enfrentar el careo con una realidad que no cambiaba en el sentido radical que anunciaba el discurso. El desacople se volvió cada vez más evidente...” (Adamovsky, 2017).

2 Además del libro comentado aquí, Verónica Gago es también autora de *Controversia. Una lengua del exilio* (2012). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Ezequiel Adamovsky, por su parte, es historiador, investigador independiente en el Conicet y, al igual que los arriba mencionados, también docente universitario (Universidad de Buenos Aires y Universidad de San Martín). Aunque bajo formas distintas, también ha logrado aunar en su actividad la reflexión teórica, la investigación historiográfica y la acción política. Sus muchos trabajos editados así como sus intervenciones públicas en medios de comunicación y redes virtuales se han repartido en estos dos planos.³

Los tres autores han venido produciendo una gran cantidad de textos y reflexiones públicas acerca del tópico 2001, prácticamente desde las mismas fechas en las que tuvo lugar. Artículos en espacios periodísticos o en revistas o publicaciones periódicas especializadas (como *El Rodaballo*, *Apuntes para la memoria*, *Crisis* o *Herramienta*) o, más recientemente, en blogs y revistas digitales. Algunos de estos artículos han aparecido editados en libros o compilaciones.

Los trabajos

Como se indicó, aunque tendremos en cuenta otros trabajos de alcance más restringido, en estas líneas nos concentraremos fundamentalmente en tres libros de estos autores, aparecidos en los últimos años, dos de ellos luego de producido el triunfo macrista y el tercero, si bien algo anterior (2014), anticipaba algunas de las coordenadas político-ideológicas que terminarían contribuyendo a tal victoria. Los textos, en orden de aparición, son: *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular* (Gago, 2014); *Macri es la cultura*, compilación de autores varios de la que seleccionaremos tres artículos de Sztulwark (2016), y el recientemente aparecido *El cambio y la impostura. La derrota del kirchnerismo, Macri y la ilusión PRO* (Adamovsky, 2017).

Estos textos son también desiguales en su alcance y en su composición interna. Mientras que la compilación *Macri es la cultura* reúne escritos de varios autores producidos al calor de la novedad política del triunfo de Mauricio Macri en el plebiscito de noviembre de 2015, intentando explicar(se) tanto la propia posibilidad de ese triunfo como la facilidad y velocidad con la que encaró sus reformas en los primeros meses de su gobierno, el libro de Adamovsky, que comparte algunas de

3 Mencionemos sus conocidos trabajos sobre la clase media —*Historia de la clase media argentina* (2009). Buenos Aires: Planeta—, los sectores populares en la historia —*Historia de las clases populares en Argentina* (2012). Buenos Aires: Sudamericana—, el peronismo —*La marchita, el escudo y el bombo* (2016). Buenos Aires: Planeta, junto con Esteban Buch) o la compilación *Historia y sentido. Exploraciones en teoría historiográfica* (2001). Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

esas preocupaciones, elige apuntar más bien hacia el futuro que hacia el pasado, a partir de la posibilidad que sugiere de que tal triunfo signifique un “parteaguas” en la historia política nacional. En cuanto al trabajo de Gago, aparecido como se indicó a fines del gobierno de Cristina Kirchner, es una sofisticada apuesta teórica sobre las formas de subjetividad propias de la economía neoliberal, a partir de una investigación sobre las estrategias llevadas adelante por los trabajadores, puesteros y comerciantes de la feria de La Salada.

2001 en 2015: ya no sos igual

¿Qué lectura común se desprende de estos tres trabajos respecto del fenómeno del 2001 y de su deriva histórica posterior? Como se observa por la síntesis temática ofrecida, el lugar que tendrá dicho objeto no es el mismo en los tres casos; es más central en los trabajos más “políticos” de Sztulwark y Adamovsky, mientras que en Gago funciona más veladamente, casi como referencia epocal presupuesta acerca de las características del trabajo y la economía informal en el período pos-2001. Sin embargo, creemos apreciar un “tono” similar en los tres casos, una entonación más reflexiva que celebratoria acerca del episodio histórico, que en aproximaciones anteriores aparecía iluminado por una prosa más confiada en sus posibilidades emancipatorias.⁴

Para decirlo en forma clara: aunque en los textos rara vez se la pronuncie la palabra, flota en los tres casos la imagen de una *derrota*.⁵ La frustración de las promesas del 2001, la “normalización” (término como veremos central en sus análisis sobre el kirchnerismo) de la situación abierta con el estallido del 19 y 20, la “persistencia de la lógica neoliberal” y, por supuesto, el triunfo de Mauricio Macri en las elecciones de 2015 como coronación del cierre (o al menos de la postergación) de las esperanzas depositadas en dicho acontecimiento; todo ello está de alguna manera en el trasfondo de la escritura de estas obras, aunque no obturando la reflexión crítica o volviéndola lamento nostálgico, sino más bien imprimiéndole (como ocurre en tantas ocasiones similares en el pensamiento político) la forma de la develación del enigma: ¿cómo fue posible que se llegara a

4 Debe señalarse que ya, en 2004, Adamovsky escribía acerca de los “alcances y limitaciones del movimiento de asambleas populares”; sin embargo, el tono sombrío de este escrito parece referirse más a las limitaciones inherentes a la propia forma organizativa autonomista y horizontal adoptada por los protagonistas de la protesta que al contenido mismo de sus demandas, como entendemos ocurre en la actualidad (Adamovsky, 2004; véase también: Adamovsky, 2007).

5 “Macri es [...] la derrota o la consumación [...] de todo aquello que aspiró en algún momento a la crítica”, (Sztulwark, 2016a).

esto? Ensayar una respuesta a ese angustiado interrogante presupone una segunda pregunta: ¿es posible que veamos *mejor* al 2001 desde 2015?⁶

La luz que arroja el triunfo macrista del 2015 parece obligar a los autores a volver sobre el episodio del 2001 para hacer de él una caracterización más atenta a aquellos elementos que permitan colocarlo en sintonía con el momento histórico en el que se sitúan. Nada sorprendente, por otro lado, si recordamos con Croce el lazo indisoluble que liga la operación historiográfica con la contemporaneidad del historiador, cuya mirada hacia el pasado está siempre atada a las condiciones de su presente. Un primer punto a destacar, entonces, es la conclusión común a la que llegan los tres textos acerca de una *continuidad* entre los dos extremos de este arco temporal: 2001 y 2015, el estallido insurreccional y rebelión, por un lado, y el triunfo del novedoso proyecto político-empresarial adornado con terminología *new age* y técnicas del marketing comunicacional, por el otro, están de alguna manera conectados. Tal conexión debe de algún modo explicarse.

Al señalar que entre ambos extremos existe una continuidad no estamos queriendo indicar que suponga una inevitabilidad o tendencia histórica irrefrenable, por la cual el único desenlace posible de lo iniciado en las revueltas de diciembre hubiera sido el triunfo macrista de noviembre. Tal conclusión sería incompatible con las posiciones políticas (y teóricas) que sostienen las intervenciones de nuestros autores. Lo que queremos decir es que encontramos en las tres, si bien en formas y grados diversos, la conciencia de que el devenir efectuado encontró sus “condiciones de posibilidad” en algunos de los elementos que *ya estaban presentes* en la situación originaria, si bien combinados y obstaculizados por otros.

Cada uno a su modo, el macrismo y el kirchnerismo son hijos de la profunda crisis y la rebelión que marcaron el 2001 (Su razón de ser [...] fue la reconstrucción de la autoridad del Estado y de las condiciones mínimas para la acumulación capitalista, luego de una crisis económica terminal, acompañada de [...] poderosas formas de auto-organización de la sociedad por fuera del sistema político-formal (Su) suerte [...] se jugó en su capacidad relativa de proponer tal reconstrucción [...] pero sin dejar de conectarse [...] con los anhelos de cambio que alimentaron la rebelión (Adamovsky, 2017).⁷

Más simple: el 2001 no suponía *necesariamente* el 2015, pero por alguna razón a explorar, 2015 es “hijo” del 2001. Tal filiación supone (implícitamente) que

6 “...el macrismo nos muestra algo que sólo veíamos como entre la neblina” (Ídem).

7 En este y en todos los casos en los que no se indique lo contrario, el resaltado es de mi autoría.

las condiciones que permitieron llegar a este triste presente estaban ya, de algún modo, contenidas en ese hasta ahora auspicioso pasado. Y si el macrismo aborrecido logró “conectarse” con los “anhelos de la rebelión”, esto supone que de algún modo existían elementos en esa revuelta que, quizás sin saberlo (como ocurre con los síntomas), *querían* llegar a este presente “normalizado”.

La relectura del 2001 adquiere formas diversas en los tres autores, tanto en el aspecto del fenómeno en el que elijan detener su mirada como en su mayor o menor explicitación en los textos. Su revisión del episodio puede centrarse en las limitaciones del movimiento para producir transformaciones perdurables o bien en las potenciales derivas implícitas en esas mismas transformaciones buscadas. El trabajo de Gago (del cual hablaremos con mayor detenimiento más adelante) comparte ambas dimensiones, la relativa a la capacidad de resistencia del “neoliberalismo” para enfrentar la crisis del 2001 y la que refiere a la dirección “pro-mercado” que estaba contenida (aunque implícitamente) en los ánimos de los protagonistas de la revuelta.

En el caso de Sztulwark, las menciones al 2001 para dar cuenta de la situación reinante en 2015 principalmente son para señalar los “límites” de la protesta y, sobre todo, de las formas de pensar lo que estaba en juego en ese entonces:

...hemos subestimado el llamado neoliberalismo [...] por muchos años el neoliberalismo pasó por un conjunto de políticas macroeconómicas: ajuste, pago de deuda externa, apertura de importaciones, privatizaciones de empresas [...] esa comprensión del neoliberalismo puede haber sido muy útil en el año 2001 [...] pero visto desde hoy el neoliberalismo parece tener una persistencia, una complejidad, y un nivel de corporeidad en la sociedad, mucho mayor que si hubiera sido simplemente una receta macroeconómica para un momento del desarrollo de América Latina (Lang, 2017).

Esta redefinición del “neoliberalismo” (de mera “receta macroeconómica” a forma “corpórea” que atraviesa la sociedad) supone un reconocimiento tardío de una incomprensión sobre la capacidad real de la protesta para enfrentarlo (o más aún, como veremos: contiene la peligrosa posibilidad de que *ella misma* estuviera inficionada de algún modo por estos valores “persistentes y complejos”). Primera forma de relectura entonces: la relativa a las capacidades *reales* del movimiento para conectarse con otros sectores de la vida colectiva; es interesante que términos clave para la filosofía política que sostiene las posiciones de Sztulwark,⁸ como

8 No es el lugar para desarrollar las complejas y sofisticadas influencias filosóficas y teóricas que se

“deseo”, “voluntad”, “fuerza” y “masividad” sean utilizados no para referir a los participantes en la revuelta, sino por el contrario para hablar de quienes buscaban su cancelación:

...sólo el deseo de orden legitimará el orden [...] esta estructura [...] parece conectar con un deseo de normalidad tras el quiebre de 2001. Licenciando al kirchnerismo como fuerza normalizante de la crisis, el macrismo nos muestra algo que sólo veíamos como entre la neblina: la fuerza y la masividad de ese deseo normalizante; el contenido mercantil e intolerante con cualquier vestigio de la crisis que tiene esa Voluntad de Normalidad; la mutación profunda que podría sobrevenir si el macrismo es exitoso en la canalización de ese deseo, llevándose puesto tanto al peronismo como al social-liberalismo; el carácter real de enfrentamiento entre deseo de normalidad y subjetividades de la crisis... (Sztulwark, 2016).

De estas afirmaciones, se desprende una imagen de un 2001 más “encapsulado” en sí mismo, incapaz de conectar sus “subjetividades” con el “deseo” de quienes, más que sumarse a la “crisis” para profundizarla en un sentido transformador a nivel estructural, son movidos por esta “voluntad de normalidad” que parece ser más “masiva” que la propia protesta.

En el libro de Adamovsky, en cambio, la resignificación de la protesta aparece más bien en forma velada; se la puede apreciar en su tratamiento de las fuerzas que según él llevan su marca: el kirchnerismo y el macrismo. Siendo el episodio “2001” la fuerza que habría moldeado los destinos de todos los gobiernos posteriores, las características de sus demandas se pueden apreciar de modo indirecto a partir de la sombra proyectada sobre las fuerzas que lograron con cierto éxito “sintonizar” con ellas. Y la clave que une ambos proyectos políticos bajo el mismo signo está en la palabra *cambio*:

...lo más novedoso del primer kirchnerismo fue su propuesta de “transversalidad” [...] en los primeros años, la apuesta parecía orientada a trascender el peronismo tradicional, diluyéndolo en una nueva fuerza con una identidad política diferente... Kirchner consiguió entrar en sintonía con las demandas de nueva política del 2001 y ganó una enorme popularidad [...] la reperonización

dan cita en los trabajos de estos autores; señalemos algunos nombres que aparecen frecuentemente en los escritos de Sztulwark y Gago, como Friedrich Nietzsche, Gilles Deleuze o Michel Foucault (por supuesto, junto con los de Karl Marx, Antonio Gramsci o Ernesto Laclau).

del gobierno irritó a los no kirchneristas... La derrota electoral de 2009 terminó de confirmar que [...] sus credenciales de representar una nueva política habían perdido credibilidad....

Que el PRO aprendió la lección de 2001 se hizo evidente en su retórica y en el modo en que planteó su campaña electoral [...] todo el aparato comunicacional del PRO se esforzó por destacar que Macri “no viene de la política”, lo que —en clave de la antipolítica de 2001— lo volvía especialmente apto para “limpiar” lo que en ese ámbito permanecía sucio [...]. el PRO buscó [...] posicionarse como una fuerza progresiva que venía a satisfacer los anhelos de cambio tal como ellos se habían expresado en 2001 (Adamovsky, 2017).

La rebelión popular expreso así un ansia colectiva de cambio que tanto posibilitó como condicionó las salidas políticas a las que dio lugar. Ahora bien, si la transversalidad kirchnerista y la alternativa macrista pudieron de algún modo satisfacer —aunque sea coyunturalmente— tales expectativas de renovación, esto indirectamente pone una sombra de duda sobre la radicalidad de sus pretensiones. Si su voluntad de cambio se pudo ver colmada por esta renovación de las estructuras partidarias, sustituidas por otras más frescas y remozadas, pero igualmente inscriptas en el modelo tradicional representativo, entonces la fuerza motora de la protesta parece haber sido más el sistema bipartidista que dominara la política argentina hasta los años 80 que las bases mismas del modelo de representación sobre el que se asientan.

Reconvertido así en impugnación del viejo sistema de partidos hegemónico por el Partido Justicialista (PJ) y la Unión Cívica Radical (UCR), el acontecimiento del 2001 gana en historicidad (al quedar en línea con las transformaciones que ya se venían dando en la política partidaria en la década que lo precedió, caracterizada por una bien conocida “crisis” de tales estructuras, traducida tanto en su debilidad organizativa como por las mutaciones de sus identidades político-ideológicas)⁹ lo que pierde de contenido transformador.

Asimismo, la asociación con el término “antipolítica” no deja de ser significativa, si se la compara con el prisma con que era vista la movilización por Adamovsky en trabajos anteriores, en los que contrastaba el sentido “neoliberal” de la crítica a la actividad política con la hiperpolitización que suponía la acción colectiva en calles y asambleas de los participantes de la rebelión popular:

9 Véase por ej., Novaro, M. (1998). “Los partidos argentinos en los 90: los desafíos de la competencia, la sucesión y la alternancia”. *Estudios Sociales* 8 (15), 117-147.

Es probable que la consigna [“¡Que se vayan todos!” - QSVT] haya surgido [...] de una mutación de sentido de mensajes neoliberales previos [...una] campaña sistemática de desprestigio de los políticos y del Estado en general, con el fin de legitimar el proyecto privatizador y antisocial del neoliberalismo... la gente que participó en el cacerolazo la noche del 19 de diciembre de 2001 retomó y llevó al extremo el mensaje aprendido en años de campaña antipolítica, y acuñó el QSVT. Pero el cambio en el acto de enunciación del mensaje antipolítico abrió las puertas a un profundo desplazamiento de sentido [...] Para los neoliberales, “fuera los políticos” significaba un mundo de consumidores, sin ciudadanos; los vecinos que cantaban QSVT [...] ocupando el espacio público por toda la ciudad, por el contrario, afirmaban su soberanía política a través de ese mismo acto (Adamovsky, 2017).

Si bien es evidente que para Adamovsky los “anhelos de cambio” del 2001 no se agotan en las formas políticas que lo sucedieron (las cuales más bien cancelaron buena parte de sus potencialidades), el hecho de que hayan podido encontrar una canalización circunstancial en la breve “transversalidad” kirchnerista y aún más significativamente en el experimento Cambiemos triunfante en 2015 hace pensar que tal “desplazamiento de sentido” fue o bien más limitado en su extensión (en términos del peso relativo de los vecinos que ocupaban el espacio público frente al del resto del conjunto social) o bien más permeado por tales contenidos neoliberales de lo que se podía apreciar en su evaluación inicial.

Igualmente, también Sztulwark se preocupa por distinguir entre el sentido del 2001 del movimiento QSVT y las formas neoliberales que adoptó posteriormente, en manos de las fuerzas de derecha. No obstante, al igual que en el caso de Adamovsky, es imposible dejar de pensar que tal precaución por distinguir entre uno y otro sentido del “que se vayan todos” supone, aunque sea simplemente en el terreno de lo tendencial, una cercanía entre ambas formas de “micropolíticas”, las destituyentes del discurso neoliberal y las que por el contrario estaban informadas precisamente por ese *ethos*.

El 2001 [...] produjo (subjetividades, con) figuras emblemáticas como los piqueteros, los escraches de la época [...] las fábricas recuperadas... todos aquellos que intentan subjetivarse no en los mecanismos neoliberales, en estas micropolíticas neoliberales, sino que se inventa algo por fuera y se ponen en crisis [...] estos dispositivos. Por ejemplo el “que se vayan todos”. No el que fueron tomando después nuestras derechas sino el de aquel momento, que era un “que se vayan todos” destituyente, en general, de todo el discurso neoliberal del período... (Lang, 2017).

2001 y kirchnerismo: *put the blame on mame, boy...*

Puestos a explicar el presente del 2015 en función del pasado abierto en el 2001, es evidente que un factor crucial para una explicación histórica que pueda conectar la revuelta popular con el gobierno macrista debe pasar necesariamente por una valoración de la etapa que medió entre ambos extremos. La sucesión de fechas entonces (2001 – 2003 – 2015) no es un simple recorrido cronológico: de la evaluación que se haga sobre los gobiernos kirchneristas dependerá la ubicación del triunfo de Cambiemos en relación con el contenido que se le adjudicó al movimiento que eclosionó los días 19 y 20 de diciembre.

La posición de Adamovsky en este sentido es clara: el kirchnerismo es un producto de la rebelión, no sólo en el sentido de su factibilidad (dada por la crisis que afectaba a los partidos tradicionales, en particular al justicialista, fragmentado en tres candidaturas en las elecciones del 2003), sino sobre todo en su potencialidad, que se basó en “capturar” las posibilidades abiertas por los reclamos populares. Si bien el kirchnerismo estuvo siempre movido, como se indicó más arriba, por el ánimo de reconstruir “la autoridad del Estado y las condiciones mínimas para la acumulación capitalista”, tuvo un innegable contenido “progresista”, a partir de su propia necesidad de mantenerse cercano al espíritu original de los reclamos de los que fue hijo. Tal contenido, que le permitió mantenerse en el centro del sistema de decisiones políticas, le fue impuesto entonces por las condiciones que fijaban esas reivindicaciones:

...los pilares centrales de lo que los kirchneristas llamaron “el modelo” se apoyaron sobre cambios que impuso de hecho la rebelión, antes de que Néstor Kirchner asumiera el gobierno [...] Ninguna de estas medidas estaba en el horizonte de lo posible antes de 2001 [...] Fue la amenaza constante del saqueo, del escrache, de la desobediencia callejera, de la ocupación, del piquete, de las “asambleas-soviet” [...] lo que disciplinó a los sectores patronales y financieros locales e internacionales, abriendo un espacio impensado para la política. Ese fue el espacio que aprovechó el kirchnerismo para proponer “un capitalismo en serio”, que significaba... la renegociación [...] de la relación entre mercado y Estado (Adamovsky, 2017, cursivas en el original, el resaltado en negrita es mío).

Verdadero demiurgo del kirchnerismo, el 2001 queda colocado así en el centro de la vida política del país durante el período gobernado por Néstor y Cristina Kirchner. La negativa de Adamovsky a otorgarle algún grado de autonomía a las políticas del kirchnerismo respecto de las condiciones de las que fue hijo es un

argumento de doble filo, ya que si la centralidad del movimiento de protesta le permite explicar lo que tuvieron de transformadores los gobiernos del FpV (por más limitado que haya sido en relación con las expectativas de las que partió), entonces también lo obligan a entender desde esa matriz al conjunto de medidas adoptadas por el gobierno surgido de las elecciones del 2015, idénticamente animado, como se señaló, por un afán de “cambio”.

Las únicas alternativas a esta deriva serían o bien reconocerle un carácter progresista a la experiencia kirchnerista *independiente* del fenómeno del 2001, o bien, relativizar la importancia de este último en la explicación del recorrido histórico que lleva hasta 2015. Ambas posibilidades están alejadas de los presupuestos de los que parte el autor: la primera porque supondría implícitamente que la revuelta popular no tenía un contenido inherente radicalmente transformador de las condiciones sociales y políticas en un sentido contrario al neoliberalismo imperante en la década anterior (es decir: que lo que tuvo de “izquierda” el kirchnerismo no estaba por “fuera” de él, sino en sus propias decisiones de gobierno); la segunda, porque restringiría al movimiento de protesta a un acontecimiento limitado en su alcance histórico, acotado a la coyuntura y tendencialmente en vías de absorción por el sistema de representación política.

Precisamente una voluntad de “normalización” de la anomalía del 2001 es lo que Sztulwark le adjudica al gobierno macrista, pero con el importante agregado de ubicar la raíz de tal búsqueda de normalidad precisamente en el kirchnerismo triunfante en 2003:

...en el período anterior se practicó también un modo de la normalización de las fuerzas de la crisis del 2001. Este es un punto clave de continuidad profunda. El kirchnerismo conjugó una voluntad de inclusión inseparable de una voluntad de normalización de la crisis, subestimando y/o encuadrando a las organizaciones sociales, y ese punto no se puede omitir para entender la voluntad reaccionaria de orden que el macrismo expresa hoy. Los modos de construir autoridad política sólo reconocidos desde arriba y en función de la obediencia y el encuadramiento con que se dijo se salió de la crisis de 2001 desde el gobierno, consolidaron la idea de que el sistema de la decisión política [...] es el nudo intocable de la estabilidad democrática. Por eso se trató a todo impulso autónomo [...] como “antipolítica” (Pereira Covarrubias, 2016).

El kirchnerismo, entonces, como “salida” de la crisis, es decir, como estrategia de reconstrucción de la autoridad política (en línea con lo arriba mencionado por Adamovsky) que canalice algunas de sus demandas (inclusión social) ob-

turando al mismo tiempo la realización de las más radicales (expresadas por las organizaciones sociales y por todos aquellos que no deseaban quedar sometidos al “sistema de decisión política” vertical condensado en el Estado). Idéntico planteamiento aparece en otra intervención de Sztulwark al respecto:

Las dos dimensiones de esta paradójica politización-despolitizante son: el esfuerzo por compatibilizar el elemento de confrontación con el del respeto por ciertas directrices duras del modo de acumulación y consumo; la inclusión abusiva en el paquete de la “antipolítica” de todo protagonismo no obediente a la reducción del par público-privado con las que piensa el estado de diseño liberal. La dificultad para identificar y radicalizar los límites que esta paradoja planteaba resulta hoy día capitalizada por el tipo de consenso que actualmente intenta consolidar el macrismo (Sztulwark, 2016b).

Así, el kirchnerismo aparece en estos autores más ligado al macrismo en lo que tienen ambos de “voluntad normalizadora” de la protesta social que al 2001 como acontecimiento fundacional del que surgiera. Para Sztulwark, la intención de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner parece haber sido la de domesticar de algún modo la revuelta, capturando parte de sus reclamos, incorporándolos a su agenda gubernamental como políticas “inclusivas”; y, al mismo tiempo, disciplinando a sus participantes más reacios a aceptar esta subsunción, ubicándolos en la exterioridad de la “antipolítica”. La exitosa consecución de estos fines es lo que, implícitamente, permitiría el triunfo del macrismo: una vez satisfechos buena parte de los reclamos que empujaron a los participantes a la movilización del 2001 por las políticas económicas “inclusivas”, el espacio quedó abierto para que el deseo normalizador que animaba a buena parte de la sociedad encontrara su forma de expresión en el movimiento político encabezado por Mauricio Macri.

De la emancipación al emprendedorismo: ¿neoliberalismo para todos?

Uno de los puntos donde se puede apreciar con mayor claridad la influencia del momento actual de la política argentina en la reelaboración del tema 2001 es, paradójicamente, el trabajo de Verónica Gago que, como señalamos, difiere de los otros dos grupos de intervenciones por ser anterior a las elecciones del 2015. Su investigación de las formas de trabajo y acumulación de los hombres y mujeres que participan de modos diversos del fenómeno de La Salada, la gigantesca feria textil clandestina del Gran Buenos Aires, así como de las estrategias vitales de los habitantes de la villa 1-11-14 y de las condiciones de trabajo en los talleres textiles

clandestinos, le sirve de fundamento para proponer una audaz reinterpretación del fenómeno económico y cultural del neoliberalismo que le permite no solo entender su supervivencia luego del estallido insurreccional del 2001, sino sobre todo reconocerle un papel transformador y creativo a los hombres y mujeres a los que atraviesa en sus prácticas y experiencias:

...el neoliberalismo es una forma anclada en los territorios, fortalecida en las subjetividades populares, expansiva y proliferante en términos organizativos en las economías informales [...] nos interesa pensar a nivel molecular en el que la racionalidad neoliberal se ha expandido, pero también mutado, degenerado y se ha vuelto parte de combinaciones novedosas con otras racionalidades [...] vinculado a dinámicas sociales de actores que suelen verse más como víctimas del neoliberalismo que como decisivos articuladores de una heterogeneidad social cada vez más veloz... (Gago, 2014).

En Gago, el sujeto del neoliberalismo no es una estructura económica que opera con un impulso motor propio, imponiendo condiciones a los individuos que produce; tampoco es una mera dominación ejercida por un polo concentrado sobre otro, que la recibe con impotente pasividad. Muy por el contrario, su territorialidad se sostiene en el nivel de las personas que los habitan, verdaderos agentes a los cuales las modalidades de trabajo y explotación económica obligan a —pero también, permiten— transformar creativamente sus formas de vida, manteniendo elementos comunitarios (vinculados con la raíz migrante de buena parte de los trabajadores y vendedores de feria, talleres y villa), pero articulándolos de modo novedoso —posmoderno— con el mercado.

Lejos de aceptar el lugar tradicional en el que las miradas clásicamente críticas del liberalismo encuadraban a este tipo de trabajadores y habitantes —como víctimas del sistema—, Gago se esfuerza por destacar la racionalidad específica que estos actores ejercen a la hora de elaborar sus estrategias. Esta es la específica racionalidad neoliberal que se despliega en todo el conjunto, no solo “por arriba”, es decir, al nivel de Estados, clases y decisiones políticas macroeconómicas (lugar en el que tradicionalmente se la ubicaba), sino sobre todo a nivel molecular, esto es, por abajo”:

Por neoliberalismo desde abajo me refiero [...] a un conjunto de condiciones [...] sobre las que opera una red de prácticas y saberes [...] que funciona como motor de una poderosa economía popular que mixtura saberes comunitarios autogestivos e intimidad con el saber-hacer en la crisis como tecnología de una autoempresarialidad de masas. La fuerza del neoliberalismo [...] acaba

arraigando en los sectores que protagonizan la llamada economía informal como una pragmática vitalista [...] A esa pragmática vitalista no pueden atribuirse a priori premisas anti-capitalistas [...] pone en evidencia un nivel de autogestión para la producción de la vida social que se organiza sin la mediación política de las instituciones tradicionales (Gago, 2014).

El sugestivo trabajo de Gago, como se observa, apunta en la misma dirección que las afirmaciones de Sztulwark citadas más arriba, acerca de la persistencia y complejidad del fenómeno neoliberal. Lo que en 2001 no podría verse, parecen decir ambos, es que el neoliberalismo no ha muerto porque su vida no está atada a un proyecto de gobierno o una forma de estatalidad, como las que pueden haber caído el 19 y 20 de diciembre, sino a una forma de ser, una pragmática de vida, cuya sede principal en el cuerpo social no está en los sectores empresariales o en las clases altas, sino muy por el contrario en la economía popular, en las masas.

Si bien el trabajo de Gago no alude más que circunstancialmente al momento 2001, y cuando lo hace no es más que para asociarlo al momento de crisis a partir del cual las estrategias vitalistas autogestivas tuvieron que desplegarse con mayor creatividad para enfrentar la situación, no podemos dejar de asociar su diagnóstico acerca de la pregnancia de este neoliberalismo de masas, desprovisto *a priori* de todo carácter anticapitalista, con las características de la revuelta popular. ¿Estaban animados los hombres y las mujeres que participaron de las movilizaciones del 2001 de un espíritu anticapitalista? ¿Eran reactivos al neoliberalismo, o estaban también atravesados por sus valores?

Aquí, nuevamente, el argumento parece conducir a una encerrona: o bien se reconocen estos elementos neoliberales moleculares en las masas que participaron del fenómeno del 2001, lo cual evidentemente supone una caución sobre su radicalidad y sobre la real voluntad colectiva de transformaciones profundas, o bien se relega a la protesta a un lugar marginal, aislado de los sectores populares de la economía informal, de la autoempresarialidad de masas, y, por lo tanto, condenada de antemano a no tener un efecto más que limitado en la política y las relaciones sociales.

Adamovsky también aborda este tema, a partir de su preocupación por un concepto presente en el trabajo de Gago que condensa el espíritu de este “neoliberalismo desde abajo”: el emprendedorismo, tópico central del discurso del cambio cultural enarbolado por el triunfante macrismo a partir del 2015. De modo más explícito que en Gago, Adamovsky señala con bastante claridad el nudo que liga el 2001, “neoliberalismo desde abajo” y macrismo:

El habitante ideal de la comunidad imaginaria (macrista) [...] es el “emprendedor” [...] la figura protagónica del cambio que el PRO viene a proponer [...] en su interés por el emprendedorismo se nota el impacto de 2001. La crisis [...] obligó a millones de personas de sectores medios y bajos a buscarse un sustento alternativo [...] entre las experiencias de autoorganización [...] se contaron las múltiples formas de autogestión económica que desarrollaron las clases bajas para sobrevivir [...]. eran experiencias ambivalentes [...] hombres y mujeres buscando ser autónomos a la hora de producir mercancías o recursos monetarios para sí. Pero [...] no era un impulso [...] inevitablemente individualista [...] La ideología del emprendedorismo buscó intervenir [...] en esa ambivalencia [...] Los valores de la “cultura emprendedora” ofrecían un marco interpretativo [...] para esas iniciativas económicas populares [...] el movimiento del emprendedorismo identificó la potencialidad política de la situación [...] para “capturar” en favor de un programa liberal los impulsos que se habían desplegado en las clases populares... (Adamovsky, 2017).

El emprendedorismo de los sectores bajos no es, entonces, en Adamovsky una situación de hecho, sino el resultado buscado por una operación cultural ejercida por ciertos sectores para capturar y direccionar los impulsos populares, colocados ahora en el lugar de la “ambivalencia”. Esta categoría resulta muy significativa, ya que su alcance podría dilatarse hasta el punto de referir no solo a la vinculación entre las experiencias de quienes debieron autoorganizarse bajo las reglas del mercado para lograr sobrevivir durante la crisis y el “espíritu emprendedor” individualista y promercantil del “neoliberalismo de masas” referido por Gago, sino también al objeto mismo del 2001. La revuelta popular se nos presentaría, así, teñida de una ambivalencia que parece oscilar entre su potencial rupturista, transformador, emancipatorio, y su deriva individualista y neoliberal.

El macrismo en triunfo

Indicamos más arriba que las tres reflexiones se nos aparecían como sombreadas por un aire melancólico, atribuible quizás más que a la derrota propia, a la victoria de las fuerzas que representan los valores contrarios a los enarbolados por los autores, corporizados en las expectativas depositadas en el levantamiento popular del 2001. Donde más puede apreciarse esta tonalidad es en la mezcla de perplejidad y reconocimiento que merece a los autores el triunfo obtenido por el experimento Cambiemos, tanto en las elecciones del 2015 como en la exitosa imposición de su agenda política y cultural en los meses inmediatamente posteriores a la asunción presidencial de Mauricio Macri. Al decir de uno de ellos: “El macris-

mo parece entender cómo canalizar y darle forma cultural... a estas **fuerzas presentes y dominantes desde hace años...** en nuestra sociedad” (Sztulwark, 2016c).

Esta es la tesis de Sztulwark (referida ya desde el título de su libro, *Macri es la cultura*): el macrismo es la expresión de una forma de pensar, hacer, sentir y vivir, que ha demostrado gozar de una masividad tal en la sociedad argentina que ni siquiera necesita articularse discursivamente, ya que la atraviesa casi íntegramente.¹⁰ El macrismo “entiende” (mientras a otros parecería costarles entender), y de tal superior comprensión surge su victoria, que por momentos adquiere contornos de condena inescapable:

...no alcanza con insistir en que bajo estos hechos de cultura se esconde la barbarie. Ya somos bárbaros cuando somos parte de esta cultura [...] Macri es la cultura, la derrota o la consumación [...] de todo aquello que aspiró en algún momento a la crítica [...] de todo aquello que la crítica durante estos años se negó a pensar... Macri es lo vencedor en la cultura. Lo banal mismo nos desafía o nos aplasta (Sztulwark, 2016a).

Una interesante constatación del impacto que significa para Sztulwark el inapreciable triunfo macrista se encuentra en un texto que no forma parte de la compilación que venimos recorriendo, pero que coincide tanto en su fecha de aparición como en el espíritu que la anima. Se trata de un breve artículo donde comenta el reciente libro del filósofo oficial del macrismo, Alejandro Rozitchner (2016). Si ya el hecho de considerar seriamente el trabajo de este personaje es digno de nota, más aún lo es el que el análisis lo conduzca a admitir con una mezcla de dolor y admiración la superioridad de los presupuestos sobre los que se basa la obra del filósofo experto en entusiasmo:

La tesis central del libro es verdadera y da la razón a todas sus posiciones: existe un diferencial de eficacia en favor del tipo de subjetivación de las micropolíticas neoliberales [...] por sobre las culturas críticas y argumentativas que sustentan posiciones progresistas sobre el plano de lo simbólico (los procesos de articulación de demandas, teorizados con rigor conceptual por Ernesto Laclau, resultaron mejor efectuados por las técnicas de marketing y comunicación del menos argumentoso Jaime Durán Barba) (Sztulwark, 2017).

10 “Macri es la cultura: fútbol, televisión, empresa, Policía Metropolitana, Awada, celebridad, voluntariado, transparencia y negocio textil; Rabino Bergman; ‘equipo’ [...] onda Pro, beca en el exterior y Balcarce” (Sztulwark, 2016).

Nuevamente, el triunfo del neoliberalismo aparece reconocido, ahora no ya en el ámbito de la economía autogestiva del emprendedorismo, sino en el de la comunicación política y la subjetivación de los deseos individuales. En la superioridad de Durán Barba sobre Laclau se condensa la ya referida victoria de la banalidad de la cultura macrista sobre los intentos críticos y argumentativos del progresismo para no ya transformar, sino siquiera resistir la oleada restauradora.

Párrafo aparte merece la constatación, del mismo autor, de la común pertenencia entre ambos (Diego Sztulwark —DS— y Alejandro Rozitchner —AR—) a un mismo universo de lecturas e influencias filosóficas, condensadas en tres nombres clave para ambos: Friedrich Nietzsche, Michel Foucault, Gilles Deleuze. Las diferentes interpretaciones que haga cada uno de estos autores, si, por un lado, parecen explicar las ubicaciones diametralmente opuestas que ocupan en el espectro político-ideológico, por el otro, no dejan de marcar una incómoda cercanía teórica. Así como Ernesto Laclau fue “vencido” por Durán Barba, Rozitchner parece simétricamente haber leído “mejor” sus textos que Sztulwark, por lo menos medido de acuerdo al parámetro de la victoria de la “banalidad” macrista en su intento por “desarmar” el episodio 2001:

Lo notable del autor [...] es la solvencia [...] con que asimila y vuelca sus lecturas teóricas sobre el plano político [...] hay un programa de lecturas, que se inició en la UBA a comienzos de los años ochenta, con la introducción de la obra de pensadores laicos y libertarios como Foucault y Deleuze. AR es el lector más histriónico y arbitrario que haya producido el más fascinante de los libros de Deleuze: Nietzsche y la filosofía. Un libro [...] reinterpretado varias décadas después por AR como base filosófica para la justificación de un gobierno de empresarios, intentando desarmar la herencia populista y los últimos brotes de rebeldía provenientes de 2001 (Sztulwark, 2017).

Conclusión: ¿qué pasó anoche?

¿Qué imagen de los sucesos del 2001 nos deja este apresurado cotejo entre tres obras tan diferentes entre sí? En términos sintéticos, una que nos parece que se aparta de la que sostenían los autores en el pasado en, por lo menos, dos puntos clave:

1. La ambivalencia de la protesta, en términos de su potencial transformador y su contenido político-económico frente al liberalismo por entonces hegemónico. Más que un hecho unívocamente caracterizado por una frontal oposición a los valores en los que se sostenía y

reproducía el modelo neoliberal, la experiencia aparece ahora sujeta a la posibilidad de estar atravesada por esa misma lógica económico-cultural, y por lo tanto ser, más que una rebelión “anticapitalista”, un movimiento protagonizado por hombres y mujeres animados por un espíritu tendencialmente promercado.

En otras palabras, el sentido de la protesta pasa a ser ahora un campo en disputa, en el cual tanto unos como otros intentaron con mayor o menor éxito operar para dirigirla en una determinada dirección. El presente macrista parece sugerir la mayor fortaleza o capacidad táctica para imprimirle este cariz, pero tal deriva no era en absoluto inevitable (como tampoco lo era la inversa, evidentemente).

2. La maleabilidad que presenta la revuelta, en el sentido de carecer de una fijeza formal que precise sus contornos y detenga siquiera transitoriamente sus derivas potenciales, lo cual le permite tanto moldear los gobiernos posteriores (FpV y Cambiemos) como también ser objeto de los intentos más o menos exitosos de tales fuerzas, interesadas en canalizar hacia ellas las energías transformadoras de la rebelión.

Este carácter magmático, asimismo, es también el que le permite al fenómeno 2001 su supervivencia y perdurabilidad, a más de una década y media de ocurrido el acontecimiento. Mutable, inestable, el espíritu del 2001 parece, de acuerdo a nuestros autores, seguir siendo la clave de lectura para entender la política local.

Redefinido de esta suerte, el 2001 pasa de cifra que condensaba las posibilidades de transformación abiertas por la irrupción de la acción colectiva a acontecimiento colocado bajo el signo de la interrogación, cuyo sentido último queda aún por determinar. A la luz de este esfuerzo de elucidación, el episodio ya no mira solo al futuro al que se abre, sino también al pasado histórico (los años 90) donde hunde sus raíces, y del que puede ser tanto clausura como coronación.

Referencias bibliográficas

Adamovsky, E. (2004). “El movimiento asambleario en Argentina: Balance de una experiencia”, *El Rodaballo*, 15, 12-20.

____ (2007) *Más allá de la vieja izquierda. Seis ensayos para un nuevo anticapitalismo*. Buenos Aires: Prometeo.

____ (2017). *El cambio y la impostura. La derrota del kirchnerismo, Macri y la ilusión PRO*. Buenos Aires: Planeta.

Colectivo Situaciones (2009). “Sobre el Militante Investigador”. En *Eipcp. European Institute For Progressive Cultural Policies* [blog]. Disponible: <<http://eipcp.net/transversal/0406/colectivosituaciones/es>>.

Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Lang, S. (2017): “La normalización de la cultura I: *Macri es la cultura*. Conversación pública con Diego Sztulwark”. *Campo de Prácticas Escénicas* [blog]. Disponible: <<http://www.campodepracticasescnicas.blogspot.com.ar/2016/12/lanormalizacion-de-la-cultura.html>>.

Pereira Covarrubias, A. (2016). “Verónica Gago y libro *Macri es la cultura*: ‘Este es un escenario que expresaba ya un tipo de derrota’”. *El Desconcierto*. Disponible: <<http://www.eldesconcierto.cl/2016/05/15/veronica-gago-y-su-libro-macri-es-la-cultura-este-es-un-escenario-que-expresaba-ya-un-tipo-de-derrota/>>.

Romero, L. A. (2000). “Apogeo y decadencia de la política en las calles, 1969-1999”. En Romero J. L. y Romero, L. A. (dirs.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*. Buenos Aires: Altamira.

Rozitchner, A. (2016). *La evolución de la Argentina*. Buenos Aires: Mardulce.

Sztulwark, D. (2016a). “Macri y el deseo de ‘normalidad’”. En AA. VV. *Macri es la cultura*. Buenos Aires: Tinta Limón.

____ (2016b). “El concepto de lo político”. En AA. VV. *Macri es la cultura*. Buenos Aires: Tinta Limón.

____ (2016c). “Teoría del grito”. En AA. VV. *Macri es la cultura*. Buenos Aires: Tinta Limón.

___ (2017). “El materialismo amputado: notas sobre *Evolución Argentina* de Alejandro Rozitchner”, *Agencia Paco Urondo*. Disponible: <<http://www.agencia-pacourondo.com.ar/relampagos/el-materialismo-amputado-notas-sobre-evolucion-argentina-de-alejandro-rozitchner>>.

LA CRISIS NO RESUELTA. UN ANÁLISIS DE LAS LECTURAS DE CAMBIEMOS EN TORNO AL 2001 Y LA HISTORIA

Mauricio Schuttenberg (CONICET-UNAJ-UNLP)

Introducción

Luego de los años neoliberales y como consecuencia de ellos, se operó en la sociedad argentina (y latinoamericana) una reconfiguración de fuerzas sociales y políticas que este capítulo intentará poner en escena para marcar algunos posibles ejes de interpretación. El período se inicia con la crisis del 2001 y con la posterior evolución del proceso de recomposición política. Estos hechos marcaron el fin de una etapa de predominio de una forma de concebir el orden económico y político de la sociedad que había generado pobreza, concentración e inequidad, y dieron lugar a un nuevo modelo de desarrollo en el cual el mercado interno y la recuperación de la industria ocupan un lugar central. A su vez, estas transformaciones han ido al compás de la constitución de un bloque de países latinoamericanos que fue ganando en autonomía frente a los Estados Unidos y las grandes corporaciones globales. No obstante, en 2015 se da un quiebre de ese proceso de avance con la llegada de una nueva alianza de derecha.

Como marcan algunos autores, las elecciones del 2015 expresan el acceso al poder de una fuerza política que se fue articulando en espejo al kirchnerismo. Ahora bien, las ciencias sociales produjeron una serie de trabajos que se centraron en las dinámicas de los movimientos populares y en las estrategias de los sectores populares ante el nuevo panorama. Asimismo, otros enfoques debatieron sobre el carácter y las particularidades del kirchnerismo. Teniendo en cuenta lo anterior, el presente trabajo propone abordar el período en cuestión desde el estudio de las identidades de centroderecha y sus interpretaciones sobre el 2001 como momento fundante de sus colectivos. Profundizar en las dinámicas políticas de estos es-

pacios es fundamental a la hora de pensar el proceso en su conjunto. Como señala McGee Deutsch (2005), los investigadores se sienten más atraídos por las revoluciones que por los grupos que se oponen a ellas. Estas ideas y posicionamientos no han sido lo suficientemente indagados y resulta indispensable producir un conocimiento en esa área para dar cuenta del proceso abierto en 2003.

Teniendo en cuenta lo anterior, la profundización en la investigación de estos sectores apunta también a la comprensión del proceso de reconfiguración política pos-2001. La mayoría de los estudios se han concentrado en el kirchnerismo y en la conformación de una hegemonía posneoliberal; no obstante, si bien estos trabajos han realizado un gran aporte, es necesario analizar los otros discursos que se construyen en relación y en oposición a este.

Lo anterior cobra mayor relevancia puesto que, recientemente la alianza Cambiemos logró acceder al gobierno argentino por elecciones e incluso ganar un histórico bastión del peronismo como lo era la provincia de Buenos Aires. Este triunfo del PRO rompe con la histórica dificultad de la derecha de lograr acceder al poder por medios electorales. Desde la recuperación de la democracia en 1983, diferentes experiencias de la derecha intentaron llegar al gobierno y ninguna tuvo éxito como partido “puro”. Esta situación que resultó inesperada por un sector amplio de las ciencias sociales reabre indudablemente el debate en torno a los alcances y naturaleza del proceso político en ciernes. Uno de esos desafíos es pensar la política de un discurso que reescribe una historia que parte de la crisis del 2001.

Nos proponemos pensar al PRO como una identidad política que fue construyéndose a través de una cadena de equivalencias que consolidó una frontera antagonica con el kirchnerismo y, que en un segundo momento, comienza a poner en escena su identidad y relato. En este trabajo, proponemos un avance en el análisis de la alianza gobernante como una fuerza política que deja su primer núcleo ideológico sustentado en el antikirchnerismo y comienza a plantear un proyecto ideológico propio.

La hipótesis que guía el trabajo es que uno de los ejes sustanciales en este nuevo relato es la visión de la historia. Este discurso se constituye, como intentaremos demostrar, en un relato que tiende a ocultar la dimensión conflictiva de la política y reemplazarla por una concepción consensualista a la vez que se construye desde una mirada deshistorizadora del pasado siglo XX. No obstante, la búsqueda de un fundamento en el 2001 resulta sumamente interesante puesto que la inter-

pretación que Cambiemos realiza de esos acontecimientos no ha sido del todo profundizada. Es en esa coyuntura donde se ordena, o sobre lo cual se articula, una nueva visión de la historia y de la política. El trabajo pretende profundizar el análisis en el mapa ideológico construido por la alianza gobernante a partir de revisar textos producidos por sus referentes e intelectuales.

Conceptos teóricos y metodología

El artículo se basa en un análisis político del discurso desde una mirada teórica metodológica posfundacional. Esta perspectiva, que presentaremos a continuación, se construyó a partir de diversos autores y algunas categorías centrales de esta línea analítica. Conceptos como identidad, hegemonía, relato, significantes vacíos, fronteras identitarias, cadenas de equivalencias y articulación política fueron los que resultaron particularmente sensibles para abordar las fuentes y dar cuenta de los objetivos del trabajo.

Introducimos en el análisis del discurso implica pensar las formas en las cuales las identidades buscan construir consensos en torno a sus ideales, esto es, la disputa por la hegemonía que supone la significación de la totalidad. Una totalidad que aspira a partir de un particular que, sin dejar de serlo, comienza a vaciarse de contenido, inscribiendo y articulando otras particularidades (Laclau, 2005).¹ Estas particularidades se construyen como cadenas de equivalencias que articulan distintas especificidades. En este sentido, interesa analizar cómo se intenta consolidar una nueva formación ideológica y disputar la hegemonía (Schuttenberg, 2014).

Desde esta perspectiva toda identidad política se constituye en referencia a un sistema temporal en el que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente. Para una sociología de las identidades políticas la identidad de historia y política queda de manifiesto en el hecho de que el pasado, siempre abierto, puede ser reconstruido en función de un presente y un porvenir. Los hechos no hablan por sí mismos, son significantes flotantes que podrán siempre ser rearticulados conforme al devenir de una identidad (Aboy Carlés, 2001: 46).

1 La cuestión de la hegemonía desde la perspectiva de Laclau puede ampliarse en Howarth (2008) y en Barros (2006).

Las identidades se constituyen en la conformación de un relato que busca su trascendencia en un pasado y un futuro acordes a sus concepciones. Para este abordaje, es fundamental pensar en cómo los mitos (Barthes, 1999) pueden suturar la dislocación a través de la conformación de un nuevo espacio de significación. Interesa pensar cómo cada fuerza política intenta refundar el espacio político a través de un mito inaugural donde pone en juego su identidad. Coincidimos con Barthes (1999) en señalar que el relato está presente en todos los tiempos, en todas las sociedades y en todas las ideologías. No es posible construir una identidad sin relatos que le den sentido. Esto apunta justamente a uno de los objetivos centrales de nuestro aporte: tratar de analizar el discurso de la alianza gobernante en tanto relato que niega su propia condición. La negación de la politicidad de su propio discurso es justamente una de las formas de construir una identidad.

Para ello, es central la noción de identidad, puesto que a partir de esta podríamos recortar dos dimensiones significativas: la representación de la sociedad y el programa político (Eccleshall, 1993). Según este autor, las identidades ofrecen una visión de la sociedad inteligible y para ello acentúan y contrastan distintos aspectos del mundo social a fin de ilustrar cómo actúa la realidad en todo su conjunto y también cómo se debería organizar desde el enfoque propuesto. A partir de este desarrollo, se transmite un programa de acción en busca de acercar el ideal y la realidad planteados, que otorga una perspectiva coherente (Schuttenberg, 2014).

A la hora de proponer el análisis de los discursos, debemos definir esta noción. Teun Van Dijk (1999) plantea que el discurso se interpreta como un evento comunicativo completo en una situación social. Lo que distingue el análisis del discurso de la gramática de la oración es que el primero, en la práctica, se concentra específicamente en los fenómenos detrás de la oración (Van Dijk, 1999; Maingueneau, 1984). Otra cuestión fundamental es que el discurso político está signado por su carácter polémico e incorpora el conflicto como su componente enunciativo primordial (Pérez, 2004: 184). En esta misma línea, para Verón (1987), el campo discursivo de lo político implica enfrentamiento, relación con un enemigo, lucha entre enunciadores, lo que determina una dimensión polémica del discurso político y la construcción de un adversario.

Interesa abordar estos discursos desde la óptica de la argumentación. El análisis ideológico es diferente del análisis de la argumentación en el discurso (Amosy, 2000). Se distinguen en la medida en que el primero pretende esencialmente denunciar una visión de mundo alienada, en tanto que el análisis argumentativo, si es crítico, no se asimila por ello a una desmitificación, sino que busca comprender cómo los elementos construyen una operación de persuasión.

En el mismo sentido, Grüner (2010) señala que la interpretación no está destinada a disolver “falsas apariencias”, sino a mostrar de qué manera esas apariencias pueden expresar una cierta verdad que debe ser construida por la interpretación. Esas verdades son, para el autor, espacios de inteligibilidad desde el cual todo el mapa de la cultura se recompone. El artículo propone entonces un análisis de la ideología pensada como espacio de inteligibilidad para comprender a partir de allí la acción política (Verón y Sigal, 2004).

En términos metodológicos, el artículo se fundamenta en un análisis político del discurso sostenido en las categorías desarrolladas en el apartado. Esto se realiza a partir de un corpus empírico basado en declaraciones y notas de opinión de intelectuales vinculados a la alianza gobernante en los medios de mayor circulación, artículos, entrevistas a referentes, notas de opinión, documentos de coyuntura y publicaciones partidarias. El criterio de recorte de los textos apunta a dar cuenta del objetivo central del trabajo de sumergirse en el universo ideológico de Cambiemos, por lo que se incluyeron artículos de opinión de figuras vinculadas a este espacio político como intelectuales, en el sentido en que aportan a la conformación de un diagnóstico, a la construcción de interpretaciones de coyuntura y de planes de acción.

Para la conformación del corpus, se efectuó un seguimiento exhaustivo de los posicionamientos de los referentes del gobierno, así como de algunos de sus principales intelectuales en los diarios de circulación nacional más importantes. Se realizó una búsqueda periódica desde el 2007 en esos medios de tirada nacional (en los diarios *Clarín*, *La Nación*, *Página 12*, *Perfil* y la revista *Noticias*) para recuperar los posicionamientos ideológicos. Asimismo, se tomaron documentos que la alianza Cambiemos publicó en la coyuntura preelectoral del 2015 y una vez en el gobierno. Toda la búsqueda apuntó a responder a la pregunta acerca de cómo se construye el nuevo relato ideológico. El artículo muestra entonces extractos significativos de ese corpus para sostener la hipótesis central que guía el trabajo, a saber, es la conformación de un nuevo relato en torno a la política.

2001 el punto de partida

Algunos analistas (Natanson, 2015; Vommaro y Morresi, 2015) suelen marcar que al igual que el kirchnerismo, el PRO es un hijo de la crisis de diciembre del 2001. Ambas expresiones políticas se estructuran poco tiempo después de los agitados años del 2000 (Schuttenberg y Rosendo, 2015). La crisis del 2001 produjo diversos cambios en amplios sectores de la sociedad, los que dieron lugar al

surgimiento de diferentes actores colectivos como las agrupaciones de izquierda independiente en las universidades, los nuevos movimientos sociales y la renovación de los organismos de derechos humanos a través de Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (HIJOS), sino también una serie de ONG de filo tecnocrático que están en el seno del fenómeno PRO.

Como bien apunta Natanson (2015), el PRO nació al mismo tiempo que el kirchnerismo y ha sabido atraer a la política a dirigentes y militantes que antes la miraban con recelo. Su crecimiento se inscribe, como el del oficialismo, en una tendencia regional que lo excede. Así se da a nivel continental y, a la par de los gobiernos nacional-populares, la conformación de una nueva derecha, que demostró su potencia en las elecciones presidenciales de Brasil, en las que Aécio Neves quedó a solo tres puntos de Dilma Rousseff, y en las de Venezuela, en las que Henrique Capriles estuvo cerca de derrotar a Nicolás Maduro, a lo que podríamos sumar el triunfo de Sebastián Piñera en las elecciones chilenas del 2010.

Este origen del PRO, si bien se nutre de distintos sectores de los partidos tradicionales, se funda sobre el cataclismo político que significó la crisis del 2001. Desde allí, se fue articulando a dirigentes del Partido Justicialista (PJ) y la Unión Cívica Radical (UCR), a adherentes de la antigua Unión del Centro Democrático (UCeDé) y Acción por la República, técnicos y profesionales de fundaciones y ONG y hombres de negocios que seguían a Mauricio Macri desde el mundo empresario. El PRO es una propuesta de salida de la crisis del 2001 diferente a la del kirchnerismo (Vomaro y Morresi, 2015).

En este sentido, el PRO se fue construyendo al calor de un antagonismo constitutivo con el kirchnerismo. Es decir, frente a un discurso que procuró darle una tónica de superación de la década larga de neoliberalismo en las políticas económicas y sociales. El nuevo gobierno de Kirchner aparecía prestando escasa atención a los partidos políticos, incluido el oficialista, y a otros componentes tradicionales del sistema de poder, se mostró decidido a construir alianzas con parte de los nuevos actores, a condición de que moderaran la modalidad y frecuencia de sus protestas, y asumieran un grado de compromiso con la gestión pública.

Diversos estudios (Biglieri y Perelló, 2007; Retamozo, 2006; Retamozo y Muñoz, 2008) muestran cómo, en sus primeros discursos, Kirchner fue construyendo un campo antagonico. Los enemigos fueron las grandes corporaciones, la cúpula de las Fuerzas Armadas, las empresas concesionarias de los servicios públicos privatizados, la Corte Suprema de Justicia, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y una posición latinoamericanista en política exterior. El gobierno comenzó a

absorber demandas circulantes en el entramado social. De esta manera, la nominación de los enemigos implicó también la de los amigos. Si las corporaciones, los militares acusados de crímenes en la última dictadura, las empresas de servicios públicos privatizados, la Corte Suprema y el FMI fueron señalados como los “enemigos del pueblo argentino”, necesariamente quedaron dentro del campo de los “amigos” quienes estaban de acuerdo con el Presidente.

Ante esto, en la primera etapa pos-2001, uno de los ejes centrales donde la vertiente liberal intentó centrar su discurso al comienzo del 2003 fue en la cuestión de recomponer la relación de la Argentina con el mundo y romper con lo que entendían como una postura aislacionista posdefault del 2001. En una entrevista a *La Nación*, Manuel Solanet² señaló que, si triunfaba su partido, un punto central en su gestión sería el crecimiento basado en la recomposición de las relaciones de la Argentina con el mundo para restablecer el crédito, la recreación del ahorro para que se dirija a la inversión y la restauración de la seguridad jurídica y el respeto a los contratos. Asimismo, retomaba la idea de una reforma y modernización del Estado, no solo para llegar a equilibrarlo, sino para lograr generar un superávit primario del orden de los cuatro puntos del producto bruto interno. Esta reforma apuntaba a reforzar dos puntos básicos que eran, por un lado, bajar el gasto público improductivo en el Estado y, por el otro, equilibrar las cuentas públicas.

En este plano, *Recrear para el Crecimiento*³ proponía una profundización de las políticas de los 90 interpretando que en esos años la Argentina se habría distanciado del liberalismo. Para ello, marcaban: “lo primero que debemos hacer es recomponer el imperio de las normas. Que se sepa que el costo de violarlas es gigantesco. La Argentina lo necesita desesperadamente. Es improbable que una economía funcione sin contratos y marcos de referencia”. Esta lectura iba acompañada de insertar al país en la comunidad internacional a partir de retomar los pagos de la deuda externa.

En los primeros años, el 2001 se construye como un hecho disruptivo que obliga a sumarse a la política. Luego, en la segunda presidencia de Cristina Fernández

2 Es consejero académico de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL). Fue secretario de Hacienda de la Nación (1981/82) y secretario técnico del Instituto Nacional de Planificación Económica (1977/81). Actuó en la Dirección Nacional de Política Económica (1967/68) y en el Consejo Nacional de Desarrollo (1963/67). Luego convocado por López Murphy en 2001 junto a Federico Sturzenegger.

3 Luego de abandonar la Unión Cívica Radical en 2002, López Murphy fundó el partido *Recrear para el Crecimiento* (Recrear). En 2003, se presentó a las elecciones como candidato a presidente de la Nación, en el que obtuvo el tercer lugar con el 18% de los votos.

(2011-2015), el PRO continuó estructurando un discurso articulado sobre los significantes como “inseguridad”, “caja”, “política populista”; estos fueron los puntos nodales en torno a los cuales el partido intentó construir una frontera con lo que se construía como enemigo, esto es el populismo. Desde este discurso fuertemente confrontativo, fue virando a una posición más consensualista con el avance de la presidencia de Cristina. De esta forma, el PRO se posicionó como la expresión de una tercera vía en discusión con la “vieja política del siglo XX” (Devoto, 2014). En ese marco, el PRO se construye como un heredero del 2001, como una fuerza absolutamente escindida de las disputas, legados y tradiciones anteriores, dando lugar a una memoria de corto alcance en la conformación de su identidad. El 2001 se constituye como mito fundante de lo que identifican un nuevo acercamiento a la política.

El año 2001 marcó a fuego a la Argentina. En aquel diciembre terminaba algo más que un gobierno y una política económica. Los expertos lo llamaron “crisis de representación”. En efecto, la sociedad civil percibió que sus representantes se habían alejado de quienes los habían legitimado una y otra vez con el voto. La realidad que se había intentado ocultar salía a la luz y las opciones políticas clásicas dejaron de dar respuestas. Derecha e izquierda, capitalismo y socialismo, peronismo y radicalismo, populismo y neoliberalismo se habían convertido en falsas opciones. Los planteos de unos y de otros se habían convertido en algo ajeno. Sus reglas, sus formas, su vocabulario y sus reivindicaciones habían perdido su contacto con la realidad que se vivía (Devoto, 2014).

En ese relato histórico, la crisis del 2001 es un parteaguas, una divisoria, aunque diferente de los relatos nacional populares que interpretaban dicha crisis como el fin del proyecto neoliberal. El PRO construye un discurso en el cual la significación del 2001 está vinculada más al fracaso de una forma “antigua” de concebir la política, es la demostración del fracaso de las ideologías del siglo XX. Este fracaso en la forma de concepción política conforma lo que denominamos la “memoria de corto plazo”. Allí, donde no había tradición ni legados políticos válidos hacia atrás, se construye la idea del ciudadano que abandona la comodidad de su hogar y se brinda al espacio público y a la vida política.

Después de años de trabajo, cada uno encerrado en su propio proyecto personal, familiar y profesional, sentíamos que el mayor o menor éxito alcanzado en la vida nos dejaba un sabor amargo. Lo que veíamos alrededor dejaba a la mayoría de los argentinos fuera del sistema, excluidos. Por acción u omisión, nos sentíamos responsables (Devoto, 2014).

Desde esa interpretación surge el vínculo con lo político. En ese contexto, el significativo “revolución” cobra el sentido de romper con las viejas tradiciones políticas e imponer otras formas vinculadas a los ideales de bondad, decencia y sensibilidad. En frente, para el PRO, los viejos relatos y consignas como felicidad del pueblo, grandeza de la nación, justicia social, independencia económica, soberanía política, inclusión, república, democracia, igualdad de oportunidades, etc., no eran otra cosa que arengas para obtener poder. Es decir que en esta lectura los partidos políticos tradicionales habrían construido con base en estas divisiones y disputas, según Devoto (2014): “Diseñaron sus relatos, herramientas y burocracia partidaria alrededor de esta lógica. Cuando llegaban al poder trasladaban relato, herramientas y burocracia al aparato estatal”.

En búsqueda del fundamento

La crisis del 2001 es, en el discurso de Cambiemos, un significativo nodal del relato de la fuerza. Desentrañar y profundizar en los sentidos que ese acontecimiento histórico en el discurso es fundamental para entender también la concepción sobre la política y la historia del nuevo gobierno.

Muchas de las discusiones que estamos teniendo hoy son las de la crisis de 2001, de la que no salimos hasta la elección de diciembre. La Argentina tiene la ventaja de lo que fue una desventaja en su momento, el incendio del sistema político en 2001, que permitió que crezca un fenómeno político nacido en el tiempo que vivimos y que tiene que readaptarse, que creo que es la complejidad que tienen muchos sistemas exitosos de Europa, de América Latina o de los Estados Unidos. Durante los primeros años, no éramos conscientes y teníamos esa visión de ser un espacio que fuera como el Frepaso al peronismo, una versión modernizante. Cuando Duhalde le ofrece la presidencia a Macri, estaban pensando en esa lógica. Varios compañeros peronistas y radicales que hoy siguen con nosotros decían: “¿Para qué van a crear un partido en el momento que se están destruyendo?”. Cuando se incorpora la visión más conceptual y empezamos a jugar un poco más con la innovación y cada vez más con la identidad propia, terminamos de ir por esa tercera vía de lo propio que confluye en Cambiemos. Fue una profundización de la convicción de que estábamos construyendo la representación para una parte de la sociedad que quería una oferta política distinta y, en alguna manera, somos un emergente de una época, no los creadores (“Para Marcos Peña de la crisis de 2001...”, 2016).

En el discurso de Cambiemos, el 2001 es un acontecimiento fundante de la política y el PRO es la resultante de un largo pasaje desde la crisis hasta la llegada al poder. Así, la construcción del nuevo partido obedece al intento de sutura de esa crisis a partir de la representación de aquellos sectores que habían quedado sin huérfanos de la ruptura política de fin de siglo.

En ese marco, reconocen al kirchnerismo como espacio político resultante de la misma crisis. Pero en ese aspecto, el kirchnerismo representa la continuidad del antiguo sistema político por otros medios. Esa es la construcción de sentido que les permite presentarse como una fuerza revolucionaria, a diferencia de su oponente que sería conservador.

El kirchnerismo terminó de profundizar ese fenómeno de confrontarnos con algo que no nos representaba, pero que nos ponía frente a un abismo de no retorno. El kirchnerismo tuvo intuiciones contemporáneas resueltas desde una visión reaccionaria y conservadora. Profundamente conservador es el kirchnerismo. Fue transformador en lo discursivo pero, en la realidad, hoy vivimos en una sociedad más cerrada, más atrasada, más injusta y más desigual que la que teníamos antes, por más que algunos indicadores se apropiaron positivamente del crecimiento. Mentalmente, fueron muy reaccionarios. La ejecución, con los problemas de corrupción y la incompetencia, generó una brecha enorme entre lo que decían y lo que hacían (Entrevista a Marcos Peña, El cronista viernes 28 de Octubre de 2016).

Así el kirchnerismo es lo conservador y reaccionario frente a lo verdaderamente nuevo que emerge de la crisis. Esto se articula con otro significativo sobre la idea de la no verosimilitud del discurso. Así, se construyó uno de los puntos nodales del discurso del PRO, que continuó durante todo el período: el denunciar una utilización demagógica del discurso, una construcción ad hoc de la historia para seducir a sectores políticos del progresismo. Este movimiento tiene en esta visión una capacidad de rearticularse y construir un relato, entendido este en términos ficticios o manipuladores.

Ya pasó más de una década, pero la historia es bien conocida. Con la crisis de 2001 y el final del gobierno de la Alianza colapsó el sistema de partidos. Era la época del "Que se vayan todos", el radicalismo había desaparecido del escenario político y el peronismo, con el gobierno de Eduardo Duhalde, pasaba por una enorme crisis de legitimidad. Ese contexto de crisis y descreimiento fue el terreno en el que surgieron los dos grandes emergentes políticos del siglo XXI argentino: el kirchnerismo y PRO. Sin embargo, lo particular y peculiar de

PRO es que no surgió dentro de una fuerza ya existente, como el kirchnerismo dentro del peronismo, sino por fuera de la política tradicional. Este arribo de outsiders a la política es un rasgo común en los últimos años en América Latina. En este sentido, muchas veces se dice que el PRO es moderno. Habría que agregar que lo es no solo como un deseo, sino también como una realidad inevitable: es el único de los grandes actores de la política argentina que nació plenamente en este siglo y no en el pasado o en el anterior. Por eso le suenan tan externas y extrañas las críticas que lo vinculan con gobiernos y experiencias políticas con los que nunca convivió; críticas que además lo desconciertan, porque, paradójicamente, esa es la situación de sus contrincantes y sus denunciantes que sí formaron parte de gobiernos y experiencias políticas por lo menos erráticas (Petrella, 2015).

La crisis marca en el discurso dos irrupciones, en el que solo el PRO es verdaderamente rupturista, puesto que el kirchnerismo en realidad es un reacomodamiento de lo anterior, más allá de compartir el tiempo político. Ser la novedad es un elemento destacado del discurso, ya que se construye una articulación con la superación de la crisis. El irrumpir en el siglo XXI los desplaza por fuera de los agitados años neoliberales y de las consecuencias y responsabilidades políticas de las fuerzas que participaron en esa etapa.

Que nos critiquen por derecha y por izquierda muestra que algo estamos haciendo bien, porque en la Argentina los que decían ser de izquierda fracasaron, y los que venían de la derecha, también. Lo que demuestra que en el país hacía falta algo distinto. Cambiemos es algo nuevo, es el primer partido político que surge de la crisis de 2001-2002, el emergente de una nueva época, con gente más joven que tiene otra visión, que no piensa la política en los términos tradicionales del siglo XX, etiquetas fáciles de derecha-izquierda. Que nos critiquen de ese lado significa que estamos haciendo algo bien y que vamos a poder gobernar llegando a las necesidades reales de la gente. Macri y Cambiemos gobernamos para toda la Argentina, lo cual significa tomar herramientas de cualquier espectro ideológico mientras solucione la vida de la gente.

El 2001 es un punto de inflexión en la historia construida por Cambiemos, es uno de los hechos disruptivos más significativos de nuestro pasado. El siglo XIX es representado como la promesa incumplida de la gran nación que,

(...) junto con Australia, se posicionaba para ser una potencia del siglo XX. Más impactante que la percepción de los extranjeros, sin embargo, era la de

nuestros tatarabuelos, que se atrevían a soñar con una Argentina a la par de los países más desarrollados (Petrella, 2016).

El segundo hito son los sangrientos años 70 como instancia frustrante de nuestro destino. En este plano, el discurso no profundiza, sino más bien se construye la significación de una violencia irracional.

También nos paraliza la macabra década del 70, muy presente en gran parte de la clase política, periodistas, intelectuales, figuras del espectáculo y demás formadores de opinión. Desde mi punto de vista, la década del 70 representa el rotundo fracaso de la política argentina para dirimir las diferencias y la apelación a la violencia como herramienta pública preponderante de casi todos los actores de la época, y en particular del mismo Estado.(Petrella, 2016).

El tercer eje histórico lo constituye el 2001, que es representado como una crisis terminal del sistema político. Volveremos sobre esta idea un poco más adelante, no obstante, esta mirada del 2001 se articula con la explicación del kirchnerismo como apropiación y conducción de ese proceso abierto que habría permitido restablecer un sistema político herido de muerte.

Finalmente, el tercer punto preponderante de nuestra historia es la crisis de 2001, un golpe que resquebrajó nuestro tejido social y que recordamos vívidamente aún casi 15 años después. Los gobiernos kirchneristas hicieron un fuerte uso político de esa memoria colectiva, comparando toda situación negativa de sus años con una peor que hubiera ocurrido antes. El miedo a volver a una crisis como la del final del gobierno de la Alianza es, entonces, un tercer motivo de parálisis: detrás de cada cambio de políticas públicas o rumbo económico se podría ocultar una nueva caída en desgracia. En ese caso es tal vez mejor seguir apostando a lo malo conocido que comprometerse por un futuro potencialmente mucho mejor pero que por nuevo es, necesariamente, más incierto (Petrella, 2016).

La reflexión en torno a esos sucesos y a la historia en general es un ejercicio que se puede transformar en un arma de doble filo, puesto que, en el discurso de Cambiemos, el ejercicio de memoria puede catapultar lo que denominan una “mirada nostálgica del mundo”. La historia es algo a dejar atrás debido a que no solo no nos sirve a futuro, sino más bien produce ataduras nostálgicas. El futuro se construye entonces en el discurso como desvinculado de las tradiciones, los procesos anteriores que son más bien obstáculos para la evolución; en su lugar, se propone el desarrollo. Este solo podría darse según el relato desde el abandono de la polí-

tica y la historia, estos son pesados lastres que impiden la “positividad”, cuestión necesaria para el avance. La historia se construye en articulación con un discurso pesimista y obstaculizador del cambio. La revolución es entonces romper con ese tradicionalismo. De esta forma, en la argumentación se da una inversión de los significantes históricamente vinculados al cambio y a la transformación, esta ya no está dada por recuperar las tradiciones emancipatorias latinoamericanas, sino que en su lugar se propone un abandono, un olvido como momento fundante de un nuevo relato. Sin embargo, no es olvido absoluto, sino más bien la construcción de una historia corta. Todo comenzó así, en esta mirada, en 2001.

Es en ese momento donde, en el relato, el PRO es el partido de la gente sin trayectoria partidaria que “se mete en política”. Allí, se construye la figura de los emprendedores, los profesionales y la “gente nueva” que llega a la política sin intereses. Ellos aportan, en esta visión, el saber de sus experiencias y no estarían contaminados de la práctica política. Son los ciudadanos sin trayectoria política, por lo tanto, virtuosos. Ese es uno de los ejes del mito fundante del PRO y su relectura del 2001. En el relato, la crisis habría despertado un deber cívico en una porción de la sociedad que hasta el momento no había participado: es así como se forma el partido. La política se construye como la contracara de la eficiencia y agilidad del sector privado de donde emergen las virtudes ciudadanas. La política es ideología y eso la hace lenta y la aleja de la técnica, de lo que se debería hacer. La superación de esta etapa necesitaba un cambio de paradigma, pasar a una mirada optimista que olvide el pasado de desencuentro y construya “la agenda de lo posible desde la empatía y la propuesta superadora”. En este plano, los intelectuales tienen una labor que es “aumentar la confianza de la gente en su capacidad de cambio”, puesto que, desde el discurso es ir “contra la democracia describir la realidad de tal manera que parezca que no tenemos capacidad para mejorar”.

Todas las sociedades reflexionan sobre su pasado. Los argentinos no somos ajenos a esto. Miramos puntos de nuestra historia, pero tal como sucede cuando las personas piensan su biografía, hacemos un recorte y unos fragmentos pesan más que otros. Nunca falta la referencia a años prósperos y a épocas de potencia incipiente. Tampoco esquivamos nuestros sangrientos años 70, y tenemos muy presente la crisis del año 2001. Pero a veces los argentinos somos un Jano con una de las caras tapadas: esos pasados nos paralizan, no podemos dejar de mirarlos y por eso el futuro parece algo que se nos viene encima en vez de algo que podemos proyectar confiados en nuestras capacidades de mejorar. Y creo que es una melancolía de creencias que nunca se terminaron de plasmar en la realidad. Creemos que pudimos ser otra cosa, no lo fuimos, y oscilamos entre culparnos o culpar a otros por un supuesto fracaso de hace

ya más de un siglo atrás. Eso nos paraliza. Toda esa melancolía y temor nos impiden, muchas veces, mirar al futuro (Petrella, 2016).

Aquí, se da una articulación compleja en términos ideológicos que anuda el pasado conflictivo y populista con la necesidad de olvidar los aprendizajes de la historia para entrar de manera optimista en el futuro. Un futuro en donde los intelectuales no deben denunciar las condiciones de opresión, sino más bien ser agentes dinamizadores de la confianza de la gente. El problema es que la mayoría de los intelectuales, tanto los kirchneristas como los antikirchneristas, se habrían formado políticamente durante gobiernos de facto y en el contexto ideológico de la Guerra Fría.

¿Qué fue la crisis del 2001?

Como señalan distintos autores, la crisis del 2001 fue una ruptura hegemónica que se expresó como crisis ideológico-cultural, la cual apareció insinuada en la deslegitimación de algunos aspectos de la concepción del mundo imperante promovida por las usinas de pensamiento neoliberal. Estos estaban relacionados, bajo la hegemonía neoliberal, al criterio de no participación pública exaltando la reclusión en la vida privada ligada, asimismo, con valores egoístas y consumistas. Además, frente a un Estado caracterizado por su supuesto gigantismo e ineficiencia, se postulaba al mercado como mejor distribuidor de recursos, vinculado a una perspectiva individualista, donde cada uno debía procurar por sí mismo la subsistencia, conllevando ideas de Estado mínimo. La crisis de estos pilares de la concepción neoliberal se expresó en las exigencias de una mayor presencia del Estado y de cambios en sus funciones. También dio aliento a distintas formas de participación popular, contrastantes con el patrón individualista de no involucramiento en la vida pública, dando lugar a múltiples experiencias de acción colectiva tales como asambleas, movilizaciones, piquetes y ollas populares, así como en el proceso de recuperación de empresas por parte de los trabajadores. No obstante, esa interpretación común a las tradiciones del pensamiento nacional y popular, de izquierda y progresista, tiene poco que ver con las interpretaciones que la derecha construyó de ese fenómeno. Esta sección intenta responder a la pregunta planteada en el subtítulo.

En este sentido, destacamos dos ejes centrales en las interpretaciones del 2001 por parte de los intelectuales vinculados a Cambiemos. Una tiene que ver con caracterizar los sucesos de diciembre como una crisis estrictamente política y no de paradigma económico. La segunda, relacionada a la anterior, es la exclusión

del término neoliberalismo de las explicaciones y pensar las insuficiencias republicanas de la Argentina posdictadura. Esta segunda línea, claramente, traza una dirección entre lo que se construye como crisis y el modo de superarla.

Desde el primer eje, la crisis fue ante todo resultado de la profunda involución que afecta a la sociedad argentina desde mediados del siglo XX. ¿Qué valores se perdieron en ese más de medio siglo? Los valores del bien común, aquellos que darían forma y sentido a una comunidad.

Los valores de la supervivencia han desplazado a los valores del desarrollo. Durar y perdurar parecen hoy exigencias más preeminentes que crecer y progresar. El consumidor y el consumido ocuparían hoy el vacío social dejado por la figura del ciudadano. Ambos son espectros del ciudadano. Representan lo que sigue a su agonía. El ciudadano se volatiliza con la ley del bien común que se extingue. La ley del bien común debería ser el valor superlativo del Estado. Por eso, con su extinción, desaparece también el sentido del Estado (“Los valores argentinos...”, 2003).

El 2001 expresó, en esta lectura, la ausencia de valores compartidos que conduce a la lucha por la “hegemonía implacable de valores segmentados: los de cada grupo, los de cada corporación, los de cada individuo”. Así, la crisis desembocó en un proyecto fuertemente anárquico que planteaba “que se vayan todos”, lo cual revelaba un posicionamiento caracterizado como desesperado y peligrosísimo. Esto ocurría debido a que la transición del autoritarismo a la república había quedado incumplida y hasta generado nuevos desaparecidos, no ya como fruto del terror político de parte del Estado, sino como parte de la brutalidad con que el Estado administró los recursos de la sociedad: “Fue la desaparición cívica de miles y millones de personas”. La desaparición cívica y ciudadana es entonces el elemento disparador que permite explicar la crisis del 2001, que aparece vinculada a una cuestión moral y a una desviación en el proceso de reconstrucción republicana. La lectura plantea que con el gobierno radical de 1983 se recuperaron nuestras instituciones democráticas y con la crisis del gobierno radical de diciembre del 2001 se habría hecho evidente que no habíamos recuperado lo que denomina una subjetividad capaz de sustentar esas instituciones: “No hemos construido en veinte años de democracia una subjetividad que le dé valor a la ley: hemos habitado las instituciones en la ilegalidad” (“Los valores argentinos...”, 2003).

El tipificar a los sucesos del 2001 como una crisis moral y estrictamente política se articula con la idea de no resolución de la crisis. Es decir, en el discurso, el 2001 expresa una pérdida de republicanismo, entendido esto como práctica ciudadana

en referencia a lo político, una suerte de desvío del camino marcado por el ex-presidente Ricardo Alfonsín. La crisis del año 2001 le quitó credibilidad a la vida política argentina. Esto les permite argumentar contra la salida de ese proceso, es decir, contra la resolución “populista” de las jornadas de diciembre. Así en la interpretación, el kirchnerismo capitalizó el descrédito de la democracia republicana reinstalando el “ideal del personalismo caudillista”. Esta articulación entre la crisis y el kirchnerismo construye a este movimiento como la “manifestación del Estado en la expresión de un partido y luego de un individuo poniendo la ley al servicio del poder”. El significante “populismo” permite articular una cadena de significación de elementos contrarios a lo que sería la buena práctica republicana, para tratar

...de generar otro concepto de la democracia en el cual no importaba la existencia de los tres poderes sino que se tendió a la reducción del Estado a un solo poder y la sujeción de la ley a las decisiones de ese mismo (“Los valores argentinos...”, 2003).

El punto de inflexión que significó el 2001 se vincula con un proyecto futuro. Ese proyecto es la aspiración de dejar atrás las causas de la debacle y comenzar un proceso de reconstrucción de la República como única posibilidad de que el “futuro derrote al pasado y se debe también al reconocimiento de que el kirchnerismo ha abusado de la ley, la puso al servicio de su proyecto autoritario”. En el discurso, la crisis se prolongó en el tiempo y el kirchnerismo es la manifestación de esa lenta descomposición que fracaso de la República, entendida como frontera discursiva frente al populismo. La recuperación de la República para por volver al bipartidismo y la alternancia.

Esto está relacionado con la situación del sistema político argentino. En primer término, diría que estamos asistiendo a dos situaciones que son excepcionales: la pérdida del equilibrio del sistema, a partir de la crisis del 2001 –que nunca se recompuso – rompió con un bipartidismo que –mal o bien – funcionó desde la segunda mitad del siglo pasado. Es decir, la posibilidad de la alternancia. Ese desequilibrio de transmite al resto de la sociedad, afectando la economía y las instituciones. De cara al 2015, es necesario recuperar el bipartidismo y la posibilidad del control recíproco y la alternancia (“Entrevista a Ernesto Sanz”, 2014).

De manera que salir de este esquema populista va a requerir mucho tiempo y gobiernos sucesivos, de allí que hay una nueva incertidumbre. En un país de discontinuidades gubernamentales tan marcadas, ¿podrá haber complementación entre gobiernos sucesivos? (“Los valores argentinos...”, 2003).

La solución en la argumentación es salir del 2001 y su herencia, que se expresa en el populismo kirchnerista. Allí, el 2001 es una crisis más dentro de un conjunto de episodios de rupturas que son asimilados. De esta forma, las jornadas de diciembre, la hiperinflación de 1989, la dictadura aparecen vinculados detrás de las “discontinuidades” institucionales, elemento que desvincula la mirada económico estructural como variable explicativa de la ruptura del 2001.

¿El 2015 es la resolución del 2001?

Otro de los debates centrales en las interpretaciones desde los sectores que conforman el nuevo gobierno es si, efectivamente, la crisis del 2001 se habría resuelto con la asunción de Macri; así como si esta crisis continúa todavía marcando el escenario político. En este aspecto, la propia idea de crisis es reivindicada como instancia de posibilidad de transformación. El cambio es un significante que se vincula a la positividad, es decir, a una suerte de dejar atrás la pesada historia y proponer un avance de la sociedad, no en una mirada del pasado, sino “hacia el futuro”.

Las crisis permiten reintroducir en nuestro escenario vital la certeza del límite (en última instancia la muerte) y la necesidad de actuar frente a él. Dicho de otra forma: nos hace salir del error de creer que la vida es o debe ser una línea constante de crecimiento sin accidentes y hacer presente en la escena un primer criterio de realismo productivo: el camino de la civilización es accidentado y depende de nuestra acción la posibilidad de ciertos logros. Las crisis llevan gente a la participación social. En el 2001 pasó eso de forma muy notoria. ¿Volverá a pasar esta vez? ¿Tendremos otra oleada de personas que, conscientes de la necesidad de involucrarse en la marcha de las cosas, decidan no permanecer al margen de todo? (Rozitchner, 2008).

La idea central es que las crisis producen realidades mejores y abren posibilidades. Además, esta posibilidad en términos de positividad se vincula a que las crisis no aparecen vinculadas a disputas políticas o económicas, sino más bien expresan nuestra cultura poco afectada a las reglas. En el discurso, se invierte la argumentación del campo nacional y popular. Es decir, la denuncia del imperalismo y de los grupos económicos locales e internacionales como los culpables del atraso económico es cuestionada desde la ironía puesto que los “culpables de nuestra situación somos todos”.

La situación de la Argentina es resultado de las acciones de los argentinos. Si nosotros hemos involucrado, o hemos adquirido una deuda enorme, o no hemos sido capaces de desarrollarnos como hubiéramos querido, es absoluta responsabilidad nuestra. Creo que Kirchner, tal como le ocurre a la mayor parte de los argentinos, y por eso él logra una imagen positiva importante entre la población, prefiere suponer que padecemos las cosas, que nos suceden por culpa de otros, evitando la propia responsabilidad. Él prefiere no comprender que los gobiernos son expresión de la ciudadanía, y esto ocurre siempre, aun cuando se trate de un gobierno cívico-militar, también en este caso autoritario tiene que haber habido una ciudadanía capaz de compartir su espíritu. Pueden contrarrestar mi argumento afirmando que hay intereses poderosos detrás de la crisis nacional, o que el FMI y los Estados Unidos desean apropiarse de nuestra riqueza, y yo debo responder que en igual situación están Chile, Brasil, España... y son países que saben hacer las cosas un poco mejor que nosotros (Rozitchner, 2008).

De esta forma, el conflicto político y económico fundante del orden social queda solapado tras una suerte de determinismo cultural de los procesos en donde se borran los intereses económicos, políticos y sectoriales. Así, el kirchnerismo sería la expresión de una sociedad que no quiso hacerse cargo de los costos de sus propias decisiones y representa la negación a evolucionar como sociedad madura y compleja. Este punto es central puesto que el kirchnerismo expresa en este discurso la continuidad no resuelta de la crisis del 2001. Ahora bien, el triunfo de Cambiemos en las presidenciales del 2015 ¿es la ansiada superación del 2001? En este aspecto, el discurso plantea el interrogante de si la sociedad va a, por fin, enfrentar la dura realidad o si va a volver a la comodidad. El planteo es dicotómico en ese plano, la verdad es dura y exige esfuerzos de la ciudadanía, en cambio, la mentira es acogedora y nos invita a vivir en el engaño.

Me preocupa que el país no esté a la altura de las decisiones (de Mauricio Macri). Creo que el país, cuando eligió a Cambiemos, eligió un cambio, un rumbo ligado a la verdad y a la productividad y a la transformación de un montón de estructuras y costumbres muy antiguas. Me preocupa que, si el país por un lado quiere eso y está dispuesto a hacerlo, por el otro lado se amedrente respecto de las dificultades que todo ese proceso [sic].

Yo no plantearía el problema en términos de comunicación, sino que lo plantearía en estos términos que te digo: la capacidad de una sociedad de hacerse cargo de sí misma y pagar los precios de la evolución. Hay un precio de la evolución. Sincerar las cuentas, porque no se puede seguir mintiendo. Ahora si querés hacer un planteo realista de la economía, hay que subir tarifas, no

se puede seguir imprimiendo billetes, porque la inflación te termina matando. El gobierno anterior dejó un país quebrado, y el gran mérito en 2016 fue haber evitado la crisis, porque estábamos muy cerca de vivir algo parecido a lo de 2001, con un costo social altísimo y que hubiera mucha gente que quedaría en bancarota (“Alejandro Rozitchner...”, 2017).

La paradoja entre lo que deberíamos aceptar como real frente a lo ilusorio que habría sido el país pos- 2001. La aceptación del costoso camino hacia la República es, en este discurso, la superación final de la crisis del 2001. No obstante, ese trayecto a recorrer no está exento de obstáculos puesto que si no se logra por fin la conciencia cívica se volvería a la “barbarie”.

Algunas reflexiones finales

En 2015, el panorama político argentino se modificó sustancialmente al llegar al poder una fuerza política de derecha por la vía electoral. Cambiemos logró articular una serie de demandas dispersas en la superficie política y anudarlas detrás de un significativo vacío vinculado al cambio, a las buenas prácticas políticas. La aparente paradoja de esto es que el primer gobierno de derecha democráticamente elegido de la historia argentina llegó al poder con un discurso que logró consolidar un antagonismo en el populismo, identificando esta forma como una manera de hacer política confrontativa, de naturaleza corrupta y, a su vez, se construyó como la otra herencia del 2001, es decir, el ciudadano preocupado, sin experiencia política, pero bien intencionado.

Pensar la política en términos relacionales nos permite dar cuenta del complejo reagrupamiento de las identidades en la Argentina pos-2001. El artículo da cuenta de cómo se constituyó un relato, una visión coherente del mundo, del presente y el pasado de la Argentina. El objetivo propuesto por el trabajo apuntó a profundizar el análisis en el mapa ideológico construido por la alianza gobernante a partir de revisar textos producidos por sus referentes e intelectuales. El propósito no fue señalar sus “errores” o “falsedades”, sino hacer un análisis de cómo esta lectura busca argumentar sobre la necesidad de transformar la sociedad y la política después de 12 años de gobiernos populares de signo contrario.

El artículo propone pensar cómo las construcciones discursivas sobre el pasado reciente construyen identidades y otorgan sentido a las acciones políticas. La apuesta por pensar las identificaciones y relatos que la derecha construyó del 2001 es también un desafío y un aporte a repensar nuestros tiempos presentes. El

triumfo de Cambiemos es una bisagra en la historia y a partir de finales del 2015 estamos asistiendo a la implementación de un nuevo modelo político, económico y cultural que se sustenta en una lectura, no siempre explícita, de nuestro pasado. Desentrañar esas articulaciones de sentido es fundamental para comprender nuestro presente y, en ese sentido, profundizar sobre las representaciones del 2001 como mito fundante y momento de irrupción contribuye a la comprensión del proceso en desarrollo.

Durante los años posteriores a 2001, se fue consolidando una interpretación sobre lo que habían significado esas jornadas de lucha. Así se estructuró un relato sobre la crisis de la hegemonía neoliberal que fue compartido tanto por gran parte de las ciencias sociales como por gran parte del arco político nacional y popular, progresista y de izquierda. La irrupción de esta interpretación de Cambiemos rompe con esa construcción y propone una lectura distinta que, por supuesto, plantea acciones políticas diferentes a las que en algún momento se habían establecido. Indagar en esos interrogantes y en estas nuevas respuestas es fundamental para dar cuenta de la complejidad de los agitados tiempos del regreso neoliberal.

Referencias bibliográficas

Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

___ (2005). "Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación". *Estudios Sociales*, XV.

Aboy Carlés, G. y Canelo, P. (2011). "Dossier: Identidades, tradiciones y élites políticas". *Papeles de trabajo*, 5(8).

"Alejandro Rozitchner: 'Me preocupa que el país no esté a la altura de las decisiones de Mauricio Macri'" (20 de marzo de 2017). *Clarín*. Disponible: <www.clarin.com/politica/alejandro-rozitchner-preocupa-pais-altura-decisiones-mauricio-macri_0_H1C-Pp6ox.html>.

Alemán J. (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Buenos Aires: Granma.

Alessandro, M. (2009). "Clivajes sociales, estrategias de los actores y sistema de partidos: la competencia política en la Ciudad de Buenos Aires (1995-2005). *Revista SAAP*, 3(4).

- Amossy, R. (2000). *L'argumentation dans le discours. Discours politique, littérature d'idées, fiction*. París, Nathan.
- Barros, S. (2006). "Inclusión radical y conflicto en la constitución del Pueblo populista". *Confinés*, 2-3, 65-74.
- Barthes R. (1999). "El mito hoy". En *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2007). *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo Kirchnerista*. Buenos Aires: UNSAM.
- Bobbio, N. (1995). *Izquierda y derecha. Razones y significados de una distinción política*. Barcelona: Taurus.
- Casullo, N. (2007). *Las cuestiones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cavarozzi, M. (2011). "El peronismo kirchnerista... el peronismo de siempre". *Estudios*, 26, UNC.
- Conno, D. (2012). "Hacia una democracia biopolítica". *Sociedad & Equidad*, 4.
- Devoto, M. (2014). *La vía PRO*. Disponible: <<http://mauriciodevoto.com.ar/tag/via-pro/>>.
- "Marcos Peña: 'No encuentro coincidencias con lo que hizo Cavallo' (28 de octubre de 2016). *El cronista*..
- "Entrevista a Ernesto Sanz" (5 de febrero de 2014). "Entrevista a Ernesto Sanz" (5 de febrero de 2014). Escenarios Alternativos. Disponible: Escenarios Alternativos. Disponible: Disponible: <http://www.escenariosalternativos.org..>
- Eccleshall, R. (1993). *Ideologías políticas*. Madrid: Tecnos.
- Franzé, J. (2016). "La negación del populismo como fenómeno político". *Público* [blog]. Disponible:<<http://blogs.publico.es/dominiopublico/15956/la-negacion-del-populismo-como-fenomeno-politico/>>.
- Grüner, E. (2010). *La oscuridad y las luces*. Buenos Aires: Edhasa.
- Hobsbawm, E. (1994). *Historia del siglo XX*. España: Crítica.

Howarth, D. (2008). "Hegemonía, subjetividad política y democracia radical". En Simón Crichley y Oliver Marchart (comps.). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (1985a). "Tesis acerca de la Forma Hegemónica de la Política". En Julio Labastida Martín del Campo (comp.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI, 19-44.

___ (1985b). "Ruptura populista y discurso". En Julio Labastida Martín del Campo (comp.). *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI.

___ (1994). "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?". En *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

___ (1998). "Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía". En Chantal Mouffe (comp.) *Deconstrucción y Pragmatismo*. Bs. As: Paidós.

___ (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

___ (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, FCE.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.

Lipset, S. y Stein, R. (1967). "Cleavage structures, party systems and voter alignments: an introduction". En Seymour Lipset y Rokkan Stein (eds.). *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*. Nueva York: Free Press.

"López Murphy pretende renegociar la deuda. La carrera presidencial: las propuestas económicas de los candidatos" (2 de marzo de 2003). *La Nación*.

"López Murphy: Lo que hizo Menem no fue liberalismo" (2 de marzo de 2003). *La Nación*.

"Los valores argentinos, en su laberinto" (23 de noviembre de 2003). *La Nación*. Disponible: <<http://www.lanacion.com.ar/547621-los-valores-argentinos-en-su-laberinto>>.

- Maingueneau, D. (1984). “La polémica como interincomprensión”. En *Genèses du discours*. Bruselas: Mardaga.
- Mc Gee Deutsch, S. (2005). *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile. 1890-1939*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Muñoz, A. (2011). “Debates sobre la caracterización del giro a la izquierda en América Latina”. En *Todo aquel fulgor. La Política Argentina después del Neoliberalismo*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Montero, A. (2011). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Natanson, J. (28 de abril de 2015). “Zoom a los globos amarillos”. *Página 12*.
- Novaro, M. (2011). “La cultura política y el sentido común bajo el kirchnerismo”. En Andrés Malamud y Miguel de Luca (coords.). *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires, Eudeba.
- Olivera, G. (2002). “El análisis político del discurso: entre la teoría de la hegemonía y la retórica. Ernesto Laclau entrevistado por Guillermo Olivera”. *De Signis*, 2.
- Ostiguy, P. (1997). “Peronism and anti-peronism: class-cultural cleavages and political identity in argentina”. Tesis de doctorado. Universidad de California, Berkeley, Estados Unidos. Mimeo.
- ____ (2005). “Les gauches en Amérique Latine: un état des lieux”. *Revue Internationale de Politique Comparée*, 12(3).
- ____ (29 de mayo al 1 de junio de 2013a). “Politics, Populism, and Drama: On the Fusion of the Leader and the People”. Ponencia presentada en la reunión de la *Latin American Studies Association (LASA)*. Columbia, Estados Unidos.
- ____ (27 al 28 de junio de 2013b) “Flaunting the ‘Low’ in Politics: A Cultural-Relational Approach to Populism”. Ponencia presentada en el *Workshop on the Concept of Populism*. Universidad de Sussex, Brighton, Reino Unido.
- “Para Marcos Peña de la crisis de 2001 se salió ‘recién en diciembre’ cuando asumió Macri” (15 de octubre de 2016). *Informe Político*. Disponible: <http://

- informepolitico.com.ar/para-marcos-pena-de-la-crisis-de-2001-se-salio-re-cien-en-diciembre-cuando-asumio-macri/>.
- Petrella, I. (13 de agosto de 2015). “El desafío de ser mayoría”. *Infobae*. Disponible: <<http://opinion.infobae.com/ivan-petrella/2015/08/13/el-desafio-de-ser-mayoria/index.html>>.
- ____ (27 de febrero de 2016). “Que el pasado no nos paralice”. *La Nación*. Disponible: <<https://www.lanacion.com.ar/1874770-que-el-pasado-no-nos-paralice>>.
- Pérez G. (2004). “Entre el poder del discurso y el discurso del poder: aproximaciones teóricas y metodológicas al estudio del discurso político”. En Ana Lía Kornblit (coor.), *Metodologías Cualitativas en Ciencias Sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblio, 173- 195.
- Retamozo, M. (2006). “El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social”. Tesis de doctorado, FLACSO, México. Mimeo.
- Retamozo, M. y Muñoz, M. A. (2008). “Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de ‘pueblo’ en la retórica de Néstor Kirchner”. *Perfiles Latinoamericanos*, 31, 121-149.
- Rozitchner A. (7 de noviembre de 2008). “¿Las crisis tienen lados buenos?”. 100 volando [blog]. Disponible: <<http://100volando.blogspot.com.ar/2008/11/el-lado-bueno-de-la-crisis.html>>.
- ____ (2015). *Querido Mauricio*. Disponible: <http://www.queridomaucicio.com/Querido_Mauricio_Febrero2015_AlejandroRozitchner.pdf>.
- Schmitt, C. (1999). *El concepto de lo político*. Barcelona: Alianza.
- Schuttenberg, M. (2008a). “Identidades y subjetividades. Planes y política en barrios del Gran La Plata”. *Question*, 19.
- ____ (2008b). “Sociedad, trabajo y política. Un análisis desde la teoría social contemporánea sobre el proceso de globalización”. *Relaciones Internacionales (IRI)*, 175-195.
- ____ (2014). “La oposición al kirchnerismo. Una aproximación a los posicionamientos y reconfiguraciones de la centro derecha (2003-2011)”. *Revista Sudamérica*, (3), 5-74.

- Schuttenberg, M. y Fontana, J. (2013). “La Nación y la herencia perdida de la revolución, 2008-2011”. En Guillermo Quinteros (comp.). *La conmemoración de la Revolución de Mayo. Prensa gráfica, historia y política, siglos XIX-XXI*. La Plata: EDULP.
- Schuttenberg, M. y Rosendo, J. P. (2015). “El kirchnerismo antes del kirchnerismo: aproximaciones ideológicas en los albores del gobierno de Néstor Kirchner” . *Estado y Políticas Públicas*, dossier, 3 (5): 63-80.
- Retamozo, M. y Schuttenberg, M. (2016). “La política, los partidos y las elecciones en Argentina 2015: ¿hacia un cambio en el campo político?”. *Análisis Político*, 86.
- Tato, M. I. (2013). “El conservadurismo argentino: ¿una categoría evanescente?”. En Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría (comps.). *Las derechas en el Cono sur, siglo XX. Actas del tercer taller de discusión*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Van Dijk, T. (1999). “El análisis crítico del discurso”. *Anthropos*, 186, 23-36.
- Verón, E. (1987). “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”. En AA. VV. *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*, 13-26. Buenos Aires: Hachette.
- Verón, E. y Sigal, S. (2004): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Vommaro, G. y Morresi, S. (2014). “Unidos y diversificados: la construcción del partido PRO en la CABA”. *SAAP*, 8(2).
- ____ (2015). *Hagamos equipo: PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Vommaro, G.; Morresi S. y Belloti, N. (2014). *Mundo PRO*. Buenos Aires: Planeta.

SOBRE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS

Mauricio Schuttenberg. Doctor en Ciencias Sociales (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Argentina). Magíster en Ciencia Política (Universidad Nacional de La Plata). Investigador Adjunto del CONICET en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de La Plata. Profesor asociado de Problemas de Historia Argentina en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y profesor adjunto de Historia de las Ideas y los Procesos Políticos en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Dicta clases en el Doctorado en Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado *Las políticas sociales en los barrios. Relaciones y actores del Plan Más Vida en el Gran La Plata* (EDULP, 2008); *Las identidades nacional populares. De la resistencia noventista a los años kirchneristas* (EDUVIM, 2014) y compiló, junto a Aníbal Viguera y Martín Retamozo, *Peronismos, izquierdas y organizaciones populares. Movimientos e identidades políticas en la Argentina contemporánea* (EDULP, 2013). Ha publicado también diversos artículos en revistas académicas nacionales e internacionales. Actualmente dirige y participa de proyectos de investigación en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y la Universidad Nacional de La Plata.

Julián Delgado. Doctorando en Historia (Universidad de Buenos Aires, Argentina - Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, Francia). Magíster en Ciencias Sociales con especialidad Música (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, Francia). Profesor de Enseñanza Media y Superior en Historia (Universidad de Buenos Aires). Becario interno doctoral del Conicet en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Jefe de trabajos prácticos de la materia Problemas de Historia Argentina en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y profesor instructor de la materia Historia de la Música I en la Escuela Universitaria de Artes de la Universidad Nacional de Quilmes. Participa de proyectos de investigación en la Universidad Nacional de San Martín y en Universidad Nacional Arturo Jauretche. Ha publicado el libro *Tu tiempo es hoy. Una historia de Almendra* (Eterna Cadencia, 2017).

Paula Nazarena Amaya. Doctora en Políticas Públicas y Transformación Social (Universidad Autónoma de Barcelona). Magister en Gobierno y Desarrollo (Universidad Nacional de San Martín). Licenciada en Ciencias de la Educación (Universidad Nacional de la Plata). Docente e investigadora, directora del Programa “Gobierno, políticas públicas y transformación social” y la Especialización en Evaluación de Políticas Públicas de la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Fue Secretaria de la Comisión de Reforma Política y Reforma del Estado de la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires y Directora de Planificación y Evaluación - Subsecretaría de la Gestión Pública – Provincia de Buenos Aires.

Mariano Emilio Fernández Ameghino. Profesor de Enseñanza Media y Superior en Ciencias de la Comunicación (Universidad de Buenos Aires). Maestrando en Ciencias Sociales con mención en Historia Social en la Universidad Nacional de Luján. Es Jefe de Trabajos Prácticos de la asignatura Problemas de Historia Argentina en el Instituto de Estudios Iniciales de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, en la misma institución se desempeña como Director de Relaciones Internacionales. Fue docente titular de los talleres de prácticas territoriales en comunicación en el Instituto Universitario de Derechos Humanos Madres de Plaza de Mayo y ejerció la docencia en colegios secundarios.

Carolina Bartalini. Doctoranda en Teoría Comparada de las Artes (Universidad Nacional de Tres de Febrero). Magíster en Estudios Literarios Latinoamericanos (UNTREF). Licenciada en Letras (Universidad de Buenos Aires). Becaria interno doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Forma parte de proyectos de investigación en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y en la Universidad Nacional Arturo Jauretche donde, además, es docente de la materia “Taller de Lectura y Escritura” del Instituto de Estudios Iniciales.

Daniela Losiggio. Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Magíster en sociología de la cultura (Instituto de Altos Estudios Sociales/Universidad Nacional de San Martín). Licenciada en Ciencia Política (UBA). Becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Jefa de trabajos prácticos regular en la materia “Prácticas Culturales” de la Universidad Nacional Arturo Jauretche y ayudante de primera en la materia “Teorías contemporáneas del poder” de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Participa en diversos grupos de investigación (UNAJ Investiga, UBACyT, PICT). Coordina el Programa de Estudios de Género (UNAJ).

María Laura Nieto. Maestranda en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (Instituto de Altos Estudios Sociales/Universidad Nacional de San Martín). Diseñadora Gráfica y Diseñadora de Imagen y Sonido (Universidad de Buenos Aires). Desde 1998 se desempeña como profesora e investigadora en la UBA. Se especializa en teoría y curaduría del Diseño. Beca Orlando Fals Borda IDAES-UNSAM, 2017. Premio de interés cultural Mecenazgo, 2015 para editar (en colaboración) el libro *Diseño Social* (título provisorio), *Prometeo* (en prensa). En 2014 se especializó en curaduría: Primer programa PAC Curadores. Es autora (en colaboración) de *Activismo Gráfico, Conversaciones sobre diseño, arte y política* (Wolkowicz editores, 2017)

Daniel Bernardo Sazbón. Doctorando de Historia (Universidad de Buenos Aires). Magister en Ciencias Sociales con orientación en Sociología (FLACSO). Profesor de Historia (UBA). Es docente concursado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata y el Instituto de Estudios Iniciales de la Universidad Nacional Arturo Jauretche. En estas instituciones dicta cursos vinculados con la historia y las ciencias sociales e integra proyectos de investigación.

Rodrigo González Tizón. Doctor en Historia (Instituto de Altos Estudios Sociales – Universidad Nacional de San Martín). Profesor de Enseñanza Media y Superior en Historia (Universidad de Buenos Aires). Becario interno doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Profesor adjunto de las materias Historia Argentina e Historia General en el Centro Universitario San Martín de la Universidad Nacional de San Martín. Miembro del Centro de Historia e Historia del Arte del Instituto de Altos Estudios Sociales y de la Red de Estudios sobre Represión y Violencia Política.



La crisis del 2001 no solo reveló las trágicas secuelas del neoliberalismo sino que fue y sigue siendo un punto de referencia inevitable para los distintos actores que intervinieron en la realidad nacional durante los últimos años. Esa es la hipótesis que conecta a los nueve artículos reunidos en *Construir sobre los escombros. Política y cultura en la Argentina poscrisis del 2001*. A través de diversos enfoques teórico-metodológicos y estudios de caso, los autores y las autoras proponen distintas indagaciones sobre las complejidades políticas y culturales de los años recientes en la Argentina.

A veces de forma explícita, aunque muchas otras de un modo más tácito, los ecos de aquella gran fractura histórica que fue 2001 repercuten aún en nuestros convulsionados días contemporáneos: la sociedad argentina construye sobre sus escombros.

